

CLAUDIA PIÑEIRO

Elena sabe

De la autora de
LAS VIUDAS DE LOS JUEVES



Poco después de que Rita aparece muerta en la iglesia que suele frecuentar, la investigación se da por cerrada, y su madre es la única que no renuncia a esclarecer el crimen. Pero, jaqueada por la enfermedad, es también la menos indicada para encabezar la búsqueda del asesino.

Un penoso viaje de los suburbios a la Capital, una vieja deuda de gratitud, una conversación reveladora. Éstos son los hechos que pone en escena esta novela que, como *Las viudas de los jueves*, no sólo desnuda los secretos de sus personajes sino también las facetas ocultas del autoritarismo y la hipocresía que conforman nuestra sociedad.



Claudia Piñeiro

Elena sabe

ePub r1.4

Titivillus 24.11.2018

Título original: *Elena sabe*
Claudia Piñero, 2007

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: r1.3 Josebagotxon
ePub base r2.0



A mi madre

Ahora conocía realmente, dijo, a la que, mientras vivió a su lado, había querido sin lugar a dudas, pero nunca conocido. El ser humano sólo era capaz de estar con otro ser cuando éste había muerto y se encontraba verdaderamente dentro de él.

THOMAS BERNHARD, *Trastorno*

Una construcción de cemento no es sino un castillo de naipes. Basta que llegue la ráfaga precisa.

THOMAS BERNHARD, *Tinieblas*

I
LA MAÑANA

(segunda pastilla)

1

Se trata de levantar el pie derecho, apenas unos centímetros del suelo, moverlo en el aire hacia adelante, tanto como para que sobrepase al pie izquierdo, y a esa distancia, la que sea, mucha o poca, hacerlo bajar. Apenas de eso se trata, piensa Elena. Pero ella piensa, y aunque su cerebro ordena movimiento, el pie derecho no se mueve. No se eleva. No avanza en el aire. No vuelve a bajar. No se mueve, no se eleva, no avanza en el aire, no vuelve a bajar. Eso apenas. Pero no lo hace. Entonces Elena se sienta y espera. En la cocina de su casa. Tiene que tomar el tren que sale para la Capital a las diez de la mañana; el siguiente, el de las once, ya no le sirve porque la pastilla la tomó a las nueve, entonces piensa, y sabe, que tiene que tomar el de las diez, poco después de que la medicación logre que su cuerpo cumpla con la orden de su cerebro. Pronto. El de las once no, porque entonces el efecto de la medicación habrá declinado hasta desaparecer y ella estará igual que ahora, pero sin esperanza de que la levodopa actúe. Levodopa se llama eso que tiene que circular por su cuerpo una vez disuelta la pastilla; conoce el nombre desde hace un tiempo. Levodopa. Así le dijeron, y ella misma lo anotó en un papel porque sabía que no iba a entender la letra del médico. Que la levodopa circule por su cuerpo, sabe. Eso es lo que espera, sentada, en la cocina de su casa. Esperar es todo lo que puede hacer por el momento. Cuenta calles en el aire. Recita nombres de calles de memoria. De atrás para adelante y de adelante para atrás. Lupo, Moreno, 25 de Mayo, Mitre, Roca. Roca, Mitre, 25 de Mayo, Moreno, Lupo. Levodopa. Sólo la separan cinco cuadras de la estación, no es tanto, piensa, y recita, y sigue esperando. Cinco. Calles que todavía no puede andar con sus pasos esforzados aunque sí repetir sus nombres en silencio. Hoy no quiere encontrarse con nadie. Nadie que le pregunte por su salud ni que le dé el pésame tardío por la muerte de su hija. Cada día se le aparece alguna persona que no pudo velarla o no pudo estar en el entierro. O no se atrevió. O no quiso. Cuando alguien muere como murió Rita, todos se sienten invitados a su funeral. Por eso las diez no es una buena hora, piensa, porque para llegar a la estación tiene que pasar por delante del banco y hoy se pagan las jubilaciones, entonces es muy probable que se cruce con algún vecino. Con varios vecinos. Aunque el banco abra recién a las diez, cuando su tren esté entrando en la estación y ella con el boleto en la mano se acerque al borde del andén para tomarlo, antes de eso, Elena sabe, ya va a encontrar jubilados haciendo la cola como si tuvieran miedo de que la plata alcanzara sólo para pagarle a los que primero llegan. Sólo podría evitar el frente del banco dando una vuelta manzana que su Parkinson no le perdonaría. Ése es el nombre. Elena sabe desde hace un tiempo que ya no es ella la que manda sobre algunas partes de su cuerpo, los pies por ejemplo. Manda él. O ella, y se pregunta si al Parkinson habría que tratarlo de él o de ella, porque aunque el nombre propio le suena masculino no deja de ser una enfermedad, y una enfermedad es femenina. Como lo es una desgracia. O una condena. Entonces decide que lo va a llamar Ella, porque cuando la piensa, piensa «qué enfermedad puta». Y puta es ella, no él. Con perdón de la palabra, dice. Ella. El doctor Benegas se lo explicó varias veces pero Elena todavía no termina de entender; sí entiende lo que tiene porque lo lleva en el cuerpo, pero no algunas de las palabras que usa el médico. La primera vez estaba Rita presente. Rita, que hoy está muerta.

Les dijo que el Parkinson es una degeneración de las células del sistema nervioso. Y a las dos les cayó mal la palabra. Degeneración. A ella y a su hija. El doctor Benegas seguramente se dio cuenta, porque enseguida trató de explicarles. Y dijo, una enfermedad del sistema nervioso central que degenera, o hace mutar, o cambia, o modifica de manera tal algunas células nerviosas que dejan de producir dopamina. Y Elena se enteró entonces de que cuando su cerebro ordena movimiento, la orden sólo puede llegar a sus pies si la dopamina la lleva. Como un chasqui, pensó aquel día. Entonces el Parkinson es Ella, y la dopamina el chasqui. Y el cerebro nada, piensa, porque sus pies no lo escuchan. Como un rey derrocado que no se da cuenta de que ya no gobierna. Como el emperador sin traje del cuento que le contaba a Rita cuando era chica. Rey derrocado, emperador sin traje. Y ahora está Ella, no Elena sino su enfermedad, el chasqui y el rey derrocado. Elena repite sus nombres como antes repitió los de las calles que la separan de la estación; esos nombres comparten su espera. De atrás para adelante y de adelante para atrás. Emperador sin traje no le gusta porque si no lleva traje está desnudo. Prefiere rey derrocado. Espera, repite, combina de a pares: Ella y el chasqui, el chasqui y el rey, el rey y Ella. Prueba otra vez, pero los pies siguen ajenos, ni siquiera desobedientes, sordos. Pies sordos. A Elena le encantaría gritarles, pies muévanse de una vez por todas, hasta carajo les gritaría, muévanse de una vez por todas, carajo, pero sabe que sería en vano, porque sus pies no escucharían tampoco su voz. Por eso no grita, espera. Repite palabras. Calles, reyes, otra vez calles. Incluye palabras nuevas en su rezo: dopamina, levodopa. Intuye que la dopa de dopamina, y la dopa de levodopa, deben ser la misma cosa, pero sólo intuye, no tiene certeza, repite, juega, deja que su lengua se trabe, espera, y no le importa, sólo le importa que el tiempo pase, que esa pastilla se disuelva, circule por su cuerpo hasta sus pies y éstos se enteren, por fin, de que tienen que ponerse en marcha.

Está nerviosa, lo cual no es bueno, porque cuando se pone nerviosa la medicación tarda más en actuar. Pero no puede evitarlo. Hoy va a jugarse la última carta para tratar de averiguar quien mató a su hija, hablar con la única persona del mundo a la que cree que puede convencer de que la ayude. A cambio de una deuda lejana en el tiempo, casi olvidada. Va intentar cobrar esa deuda, aunque Rita, si estuviera, no estaría de acuerdo, la vida no es un trueque, mamá, hay cosas que se hacen porque sí, porque Dios manda. No va a ser fácil, pero lo va a intentar. Isabel se llama la mujer a la que busca. No está segura de si se acordará de ella. Cree que no. De Rita sí, le manda una postal cada fin de año. Tal vez no sepa de su muerte. Si nadie le dijo, si no leyó el único aviso fúnebre que pusieron recién dos días después del entierro en nombre del colegio parroquial donde trabajaba Rita, el cuerpo directivo y docente, alumnos y padres acompañan a Elena en este momento tan difícil, si ella no la encuentra al fin de ese día, seguramente este diciembre esa mujer que Elena hoy busca enviará una postal dirigida a un muerto, deseándole feliz Navidad y un próspero Año Nuevo. De Rita se acuerda, pero de ella, de Elena, Elena piensa, seguramente no. Y si se acordara no la reconocería, así doblada, con ese cuerpo viejo que no se corresponde con los años que tiene. Será su tarea, le va a explicar quién es y por qué está allí, frente a ella, cuando la enfrente. Le va a contar de Rita. Y de su muerte. Aunque sea le dirá lo poco que entiende en medio de todo lo que le contaron. Elena sabe dónde encontrar a Isabel, pero no cómo llegar. Allí donde ella misma la llevó hace veinte años, siguiendo a Rita. Si la

suerte está de su lado, si Isabel no se mudó, si no murió como murió su hija, allí la encontrará, en una vieja casa en Belgrano, con puerta de madera pesada y herrajes de bronce, justo al lado de unos consultorios médicos. No se acuerda del nombre de la calle, si se acordara al menos de la pregunta que le hizo entonces su hija, ¿vos escuchaste alguna vez una calle que se llame Soldado de la Independencia, mamá?, entonces sabría. Pronto va a saber, porque sí se acuerda de que es a una o dos cuadras de la avenida que corre bordeando Buenos Aires desde Retiro hasta la General Paz, cerca de una plazoleta, y de las vías de un tren. No vieron el tren, pero escucharon su marcha y Rita preguntó, ¿qué ramal es?, pero Isabel no contestó, porque lloraba. Para saber cómo volver a viajar, esta segunda vez, casi veinte años después, Elena fue a la remisería de la esquina de su casa, la que pusieron hace unos años en el local donde antes había estado la panadería en la que Elena compró para su familia el pan de cada día desde que llegó al barrio, recién casada, hasta que desapareció el pan y aparecieron los autos de alquiler. El chofer no sabía, soy nuevo, se disculpó y le preguntó al dueño. Repitió las palabras de Elena, dijo, la avenida que bordea Buenos Aires, de Retiro a la General Paz, cerca de una vía, y el dueño le contestó, Libertador, y Elena que sí, que se llamaba Libertador, ahora que se lo dice se acuerda, y que tenía que ir hasta Belgrano, hasta una plazoleta. Olleros, dijo otro chofer que acababa de llegar de un viaje, eso ya no estoy segura, dijo Elena, Olleros, repitió el hombre con seguridad, pero ella no se acordaba del nombre de la calle, sí de la puerta de madera, y de los herrajes de bronce, de Isabel, y de su marido, poco de su marido. ¿La llevamos?, le preguntaron y Elena dijo que no, que era mucho viaje, mucho gasto, que iba a ir en tren y en todo caso, si ya no podía consigo misma y su cuerpo no se animaba al subte, tomaría un taxi en Constitución, le hacemos precio, propuso el dueño, no, gracias, contestó ella, le podemos fiar, insistió, en tren, dijo Elena, no me gustan las deudas, y no dio lugar a otra insistencia, subte cerca no la deja ninguno, señora, el de Carranza, pero de ahí tiene como diez cuadras, le dijeron, si toma taxi tenga cuidado de que no la paseen, dígame al taxista que vaya derecho por 9 de Julio hasta Libertador y de ahí otra vez todo derecho hasta Olleros, bueno, no, corrigió el chofer que sabía, porque Libertador se convierte en Figueroa Alcorta, antes de llegar al Planetario se va a tener que fijar que doble a la izquierda, hasta el Monumento a los Españoles, y que retorne Libertador, o en el Hipódromo de Palermo, aclaró el dueño, pero no deje que la paseen, ¿en serio no quiere que la llevemos? Elena se fue sin responder, porque la misma pregunta ya la había contestado antes y demasiado esfuerzo era para ella todo como para contestar dos veces lo mismo.

Constitución, 9 de Julio, Libertador, Figueroa Alcorta, Planetario, Monumento a los Españoles, Libertador, Olleros, una puerta de madera, herrajes de bronce, una puerta, Olleros, Libertador, 9 de Julio, Constitución. De atrás para adelante, de adelante para atrás. No recuerda en qué lugar del rezo tiene que meter el Hipódromo. Espera, piensa, cuenta otra vez las calles. Las cinco que la separan de la estación y las otras, las que no conoce, o no se acuerda, aquellas hacia donde va para cobrar una deuda en la que cree a fuerza de necesidad. Rey sin corona. Ella. Desde su posición, sentada, trata de levantar el pie derecho en el aire, y el pie ahora se da por enterado y se eleva. Entonces está lista, sabe. Apoya la palma de cada una de sus manos sobre sus muslos sentados, junta los dos pies para que sus piernas queden en un ángulo de noventa grados a la altura de la rodilla, luego cruza la mano derecha al hombro izquierdo y la mano izquierda al hombro derecho, empieza a balancearse en la silla y, con el impulso, se levanta. Así la hace levantar el doctor Benegas cuando la revisa, y ella sabe que es más difícil de esa manera

pero lo intenta cada vez que puede, practica, porque quiere estar entrenada para la próxima visita. Quiere impresionar al doctor Benegas, mostrarle que puede, a pesar de las cosas que le dijo la última vez que la vio, quince días antes de que Rita apareciera muerta. Parada frente a la silla que acaba de dejar levanta el pie derecho, lo eleva en el aire, apenas unos centímetros, lo mueve hacia adelante hasta que sobrepasa el pie izquierdo lo suficiente como para que ese movimiento signifique un paso, entonces lo baja, y ahora es el turno del pie izquierdo que debe hacer lo mismo, exactamente lo mismo. Elevarse. Avanzar en el aire. Bajar. Elevarse, avanzar en el aire, bajar.

De eso se trata. Apenas de eso. De caminar, para llegar a tomar el tren de las diez.

2

Rita murió una tarde en que amenazaba lluvia. En la repisa de su cuarto había un lobo marino de vidrio que se ponía rosa violáceo cuando la humedad ambiente se acercaba a la centena y entonces no quedaba otra alternativa más que el agua precipitada. Ese color tenía el día de su muerte. Se lo había comprado un verano en Mar del Plata. Elena y Rita habían salido de vacaciones como cada año par. Veraneaban todos los años pares hasta que la enfermedad de Elena convirtió sus movimientos en intentos indignos. Los impares se quedaban en casa y usaban los ahorros para pintar o hacer arreglos impostergables, como reparar un caño roto, cavar un nuevo pozo ciego cuando el detergente había acabado con todos los gusanos que aireaban las paredes de tierra del viejo, cambiar el colchón vencido. El último año impar tuvieron que cambiar casi la mitad de las baldosas del patio trasero que habían levantado las raíces de un árbol que ni siquiera era de ellas, un paraíso que desde el otro lado de la medianera se metía subrepticia y subterráneamente dentro de su casa. Alquilaron un departamento de dos ambientes en la calle Colón, una cuadra antes de que la avenida empezara a subir sobre la loma que luego cae al mar. Rita dormía en el cuarto y Elena en el living comedor, te levantás tan temprano, mamá, que mejor que estés cerca de la cocina así no molestás. Como todos los años pares Rita había marcado sobre el diario los avisos clasificados que ofrecían departamentos dentro de su presupuesto, para luego elegir aquel cuyos dueños vivían más cerca de su casa, y así no tener que ir a pagar y buscar la llave demasiado lejos, si total todos son más o menos iguales, un plato más o un plato menos, o el tapizado de los sillones, no nos van a cambiar las vacaciones. Fueron juntas a cerrar el trato. A pesar de que lo iban a alquilar de cualquier manera pidieron fotos y los dueños se las mostraron, unas fotos que resultaron ser bastante poco fieles a la realidad, donde la mugre no aparecía. Pero eso tampoco fue un problema, porque a Elena le gustaba refregar cuando todavía su cuerpo podía, la tranquilizaba y hasta milagrosamente le hacía disminuir sus dolores de espalda. En una tarde el departamento fue el que era pero limpio. No iban a la playa. Demasiada gente, demasiado calor. A Rita no le gustaba cargar la sombrilla, y Elena no se aventuraba a la arena si no tenía sombra garantizada. Pero cambiaban de aire, y eso era bueno. Dormían un poco más, desayunaban con medialunas recién hechas, cocinaban platos con mucho pescado fresco, y todas las tardes, cuando el sol se escondía detrás de los edificios de departamentos, salían a caminar por la Rambla. Caminaban de sur a norte por la vereda del mar, y volvían de norte a sur por la que bordeaba la avenida. Discutían. Siempre, todas las tardes. De cualquier cosa. Lo importante no era el asunto sino esa elegida manera de comunicarse a través de la pelea, una pelea que disfrazaba otra disputa, la que se movía oculta y a su antojo dentro de ellas, y que excedía cualquier tema en cuestión. Discutían como si cada palabra lanzada fuera un látigo, primero pegaba una, luego la otra. Latigazo tras latigazo. Quemaban el cuerpo de la rival con palabras, como si fueran cuero en movimiento. Ninguna acusaba el dolor, sólo se limitaban a pegar. Hasta que una de las dos, generalmente Rita, abandonaba la lucha, más por miedo a las propias palabras que a ningún dolor sentido o provocado, y terminaba caminando dos metros delante de la otra, mascullando.

Vio el lobo marino de vidrio el primer día de aquellas vacaciones, en un negocio donde vendían collares de caracoles, ceniceros con la forma del Torreón del Monje, alhajeros con conchillas incrustadas intentando algún dibujo, sacacorchos donde el resorte erecto ocupaba un lugar de la anatomía de un niño, un cura, o un gaucho que ninguna de las dos se atrevía a mirar, y otros recuerdos similares. Rita se paró en la vidriera y golpeando sobre el vidrio con la uña recién limada de su dedo índice le dijo a Elena, antes de irnos me lo voy a comprar. Lobito del tiempo: azul sol, rosa lluvia, decía el cartel escrito a mano, con birome azul en imprenta mayúscula, que habían pegado a la vidriera. Elena no estuvo de acuerdo, no gastes tu plata en pavadas con lo que te cuesta ganarla, la voy a gastar en darme un gusto, mamá, gusto atrofiado, no hablemos de atrofiados, cierto, para atrofiado está tu amigo del banco, al menos tengo un hombre que me quiere, si eso te hace feliz, hija, difícil ser feliz al lado tuyo, mamá, lanzó Rita creyendo que era un latigazo final y la dejó atrás, avanzando dos metros con pasos exagerados. Desde la retaguardia Elena siguió el camino trazado por su hija manteniendo la distancia establecida, y apenas unos pasos después lanzó otra vez su látigo, con ese carácter podrido nunca vas a ser feliz, lo que se hereda no se roba, mamá, será, retrucó Elena y ya no hablaron más. A la altura del Hotel Provincial pegaron la vuelta en dirección sur. Repitieron la misma rutina el resto de los días. La caminata, los latigazos, la distancia, y por fin el silencio. Cambiaban las palabras, el motivo de la pelea, pero el canto, el tono, la rutina, eran siempre los mismos. No volvieron a mencionar el lobo, aunque una tarde al pasar frente al local de los recuerdos y caracoles Elena se rió y dijo, ¿por qué no le llevás el sacacorcho del cura al Padre Juan?, a su hija no le causó gracia, sos un animal, mamá.

Antes de terminar la quincena, tal como lo había sentenciado, Rita se compró el lobito del tiempo. Lo pagó en efectivo. Tenía una tarjeta de débito que le habían dado en el colegio cuando la blanquearon y empezaron a pagarle el sueldo en una caja de ahorro, pero nunca llevaba la tarjeta con ella por temor a que se la robaran. Pidió que lo embalaran con mucho papel para que no se rompiera. En lugar de papel, usaron ese plástico lleno de burbujas infladas que con el tiempo Rita se ocupó de hacer explotar una por una. Y en el colectivo el lobo viajó en lugar privilegiado, sobre su regazo.

Elena todavía lo conserva, como conserva cada cosa que fue de Rita. Metió todo en una caja de cartón que le regaló un vecino; una caja de televisor de 29 pulgadas. El vecino la había sacado para que se la llevaran con la basura y Elena se la pidió. Para guardar lo de Rita, le dijo, y él se la dio sin decir más nada, pero como si le diera el pésame. Hasta la ayudó a entrarla en su casa. Elena metió todo ahí dentro. Todo menos la ropa; la ropa no pudo, conservaba su olor, el olor de su hija. La ropa siempre conserva el olor que tuvo en vida el muerto, Elena sabe, aunque se la lave mil veces con distintos jabones, un olor que no responde a un perfume determinado, ni a un desodorante, ni al jabón blanco con el que se la lavaba cuando todavía había quien la ensuciara. Un olor que no es el de la casa ni el de la familia porque la ropa de Elena no huele de la misma manera. Olor al muerto cuando estaba vivo. Olor a Rita. No iba a soportar sentirlo y que detrás de ese olor no apareciera su hija. Le pasó con la ropa de su marido, pero entonces no sabía cuánto más podía doler ese olor cuando el muerto era un hijo. Entonces, la ropa no. Tampoco

quiso dársela a la iglesia y que un día apareciera el pulóver verde de Rita dando vuelta la esquina abrigando otro cuerpo. Quemó la ropa en una pila que ordenó en el patio de atrás. Necesitó cuatro fósforos antes de que prendiera. Lo primero en arder fueron unas medias de nylon, que desaparecieron derretidas por el calor convertidas en lava sintética, luego poco a poco fue ardiendo todo; en medio de las cenizas aparecían los alambres de un corpiño, algunos broches machos y hembras, cierres. Metió el amasijo en una bolsa de residuos y lo sacó para que se lo llevara el basurero. La ropa no fue a la caja que le dio el vecino. Sí los zapatos, un par de guantes de lana sin estrenar que no olían a nada, fotos viejas, su libreta de teléfonos, los documentos, todos menos el DNI, que hubo que entregarlo a la empresa de servicios fúnebres para que se ocupara de su entierro, su agenda, las tarjetas del banco, el tejido a medio terminar, la foto del diario local donde aparece en el patio del colegio parroquial con todo el personal docente el día en que inauguraron las aulas del secundario, la Biblia dedicada que le regaló el Padre Juan, ojalá la palabra de Dios te acompañe tanto como acompañó a tu padre, los anteojos de leer, las pastillas de la tiroides, una estampita de San Expedito que le había regalado la secretaria del colegio cuando tardaba en salir la pensión de Elena, el recorte del diario del día en que nació la hija de Isabel. Isabel y Marcos Mansilla tienen el agrado de participar del nacimiento de su hija María Julieta, en la ciudad de Buenos Aires, a los veinte días del mes de marzo de 1982. Un aviso cortado a mano, respetando los bordes tanto como el pulso lo había permitido. El bibliorato con las tarjetas que les mandaron los Mansilla cada Navidad. La caja de bombones con forma de corazón que le había regalado su amigo del banco y que, vacía de chocolate, guardaba pirotines inútiles y un manojito de cartas, mal dobladas y atadas con una cinta de raso rosa, que Elena no se atreve a leer no por respeto a la intimidad de su hija sino por ella, por no venirse a enterar a esta altura de detalles de una historia que nunca quiso conocer. Puede ser que en algunos casos leer las cartas de amor de un novio a su hija sea para una madre, aunque prohibido, un asunto placentero, Elena piensa, confirmar que la hija se ha hecho mujer, que es deseada, que va camino a cumplir con su deber con la especie, nacer, crecer, reproducirse y morir, que continúa en el mundo la posta que ella deja. Elena mira el manojito de cartas y se pregunta de dónde le viene esa palabra, posta. Posta. No era el caso, Rita ya no era una joven que encuentra su pretendiente ni Roberto Almada estuvo ni siquiera años atrás a la altura de las circunstancias. Eran dos desahuciados, dos perdedores del amor, o ni eso, dos que nunca jugaron, que se conformaron con mirar desde la platea y para Elena, habría sido más digno que a esa altura su hija se hubiera abstenido de jugar. Pero jugó, a una edad en la que ella ya había quedado viuda. Sospecha que poco, no más que algunos besos y manoseos torpes, toqueteos en la plaza cuando el sol desaparecía detrás del monumento a la bandera, o en la casa de Roberto antes de que llegara la madre de la peluquería. Sea lo que fuere, prefiere no saber, mucho menos leerlo en esas cartas, le tiene más miedo a las palabras que haya escrito Roberto en respuesta a las de su hija, que a lo que hayan hecho. Por eso no desanudó la cinta de raso, no dejó que el lazo y el moño se deshicieran y dejaran libres esos papeles llenos de palabras, apenas las tocó para ponerlas otra vez dentro de la caja de bombones que depositó en esa otra caja que le dio el vecino, junto con todo lo que quedó de su hija después de que el fuego se llevó lo que olía a ella.

Todo menos el lobito. El lobito del tiempo lo puso sobre el mueble del comedor, entre la radio y el teléfono, pero unos centímetros más adelantado. Una distancia proporcional a la que

mantenían Rita y Elena después de cada pelea. En un lugar destacado. Para verlo todos los días, para nunca olvidarse de que esa tarde, en la que murió Rita, amenazaba lluvia.

3

Elena avanza hacia la estación. Son sólo cinco cuadras. Eso es lo que le espera. Lo que tiene por delante. Ahora, lo inmediato. Caminar cinco cuadras para luego poder buscar con el rabillo del ojo la ventanilla abierta de la boletería, decir ida y vuelta a Plaza Constitución, abrir el monedero, sacar las monedas que apartó la noche anterior por el importe exacto del boleto, extender la mano, dejar que el boletero retire las monedas y apoye el boleto sobre ella, apretar fuerte ese papel que la habilita a viajar para que no se le caiga, meterlo en el bolsillo de su saco, y una vez segura de que no lo perderá, bajar la escalera del lado del pasamanos, si es posible del lado derecho porque ése es el brazo que mejor responde a lo que su cerebro pide, bajar todos los escalones, doblar a la izquierda, atravesar el túnel, ignorar el olor a orina que impregna las paredes, el techo y el piso sobre el que Elena arrastrará sus pasos, el mismo olor agrio desde el día en que atravesó ese túnel por primera vez cuando todavía no necesitaba ninguna pastilla que le ayudara a andar, cuando no sabía de reyes derrocados ni de chasquis, con Rita de la mano mientras era una niña o dos metros delante de ella cuando dejó de serlo, siempre ese olor a orina que le arde en la nariz de sólo pensarlo, siempre la boca cerrada y apretada para no tragarlo, y sin dejar de apretar la boca esquivar a la mujer que vende ajos y pimientos, al chico que vende cedés copiados que ella no tendría dónde escuchar, a la chica que vende llaveros con luces de colores y despertadores que suenan a su paso, o al señor de las piernas cortadas que extiende la mano por monedas como ella la habrá extendido unos minutos antes por su boleto de tren, doblar otra vez a la izquierda, subir la misma cantidad de escalones que antes bajó y entonces sí, por fin, salir al andén. Pero todo eso, Elena sabe, será recién una vez que pueda dejar atrás esas cinco cuadras que aún no caminó. Apenas terminó de andar la primera. Alguien la saluda. Su cuello rígido que la obliga a caminar mirando el piso no le deja ver quién es. Esternocleidomastoideo se llama el músculo que la obliga. El que tira de su cabeza para abajo. Esternocleidomastoideo, le dijo el doctor Benegas, y Elena le pidió que se lo escribiera, en imprenta mayúscula, doctor, que si no, no le entiendo la letra, para nunca olvidarse, para saber el nombre del verdugo aunque lleve capucha e incluido en el rezo de su espera. El que la saludó sigue su marcha y aunque ella mira por el rabillo del ojo no reconoce la espalda que se aleja en sentido contrario, pero igual dice, buenos días, porque quien la saludó dijo, buenos días, Elena, y si sabe su nombre merece su saludo. En la primera esquina espera que pase un auto y luego cruza. Con la cabeza gacha sólo alcanza a ver los neumáticos gastados que avanzan, pasan frente a ella y luego se alejan. Entonces baja el cordón, camina rápido con pasos cortos, raspa con la suela el asfalto caliente, sube el cordón de la próxima cuadra, se toma un instante, sólo un instante, y reanuda la marcha. Unos pasos más adelante las baldosas en damero negro y blanco le indican que está pasando frente a la casa de la partera. Rita no volvió a pisar la vereda de damero a partir del día en que se enteró de que en esa casa se hacían abortos. Abortera, no partera, mamá, ¿quién te lo dijo?, el Padre Juan, ¿y cómo sabe?, porque confiesa a todo el barrio, mamá, cómo no va a saber, ¿y no tiene que guardar secreto de confesión?, no me dijo quién se hizo un aborto, mamá, sino dónde, ¿y eso no entra dentro del secreto de confesión?, no, ¿quién te dijo que no?, el Padre Juan. Elena

por seguirle la corriente tampoco pisaba la vereda de damero, cruzaban la calle e iban por la vereda contraria, aunque después tuvieran que volver a cruzar, como si pisar esa vereda las contagiara de algo, o las hiciera cómplices, como si pisar esa vereda fuera pecado. Pero Rita ya no está, alguien la mató aunque todos digan otra cosa, Elena sabe, y a pesar del respeto a su memoria no puede permitirse hacer una maniobra semejante para cumplirle el ritual a su hija muerta. En esa vereda Rita conoció a Isabel, piensa, la mujer que sale a buscar esa mañana, por primera vez relaciona una cosa con otra, y entonces pisa con fuerza, tranquila, como si hubiera cobrado sentido ese damero que tantas veces su hija había maldecido. Cuando termina la segunda cuadra, duda. Si sigue derecho sólo le faltarán tres cuadras hasta llegar a la ventanilla donde deberá decir uno ida y vuelta a Plaza, pero ese camino la llevaría a pasar frente a la puerta del banco donde están pagando las jubilaciones, entonces sería probable que se encontrara con alguien, que ese alguien quisiera darle el pésame, que eso la retuviera más de la cuenta, y entonces perdiera definitivamente el tren de las diez. Si diera la vuelta a la manzana tendría que sumar tres cuadras más a su recorrido, y eso sería pedirle demasiado a su enfermedad. A Elena no le gusta deberle favores a Ella. Ni deudas ni favores. Ella se lo haría sentir, Elena sabe, porque la conoce casi tanto como conocía a su hija. Puta enfermedad puta. Al principio, cuando sólo le costaba calzar la manga izquierda en su saco, cuando nunca había oído hablar del Madopar ni de la levodopa y su paso arrastrado todavía no tenía nombre, cuando su cuello no la obligaba a mirar siempre sus zapatos, entonces evitaba la vereda del banco. Aunque entonces no hubiera riesgo de pésame, lo hacía sólo para no encontrarse con Roberto Almada, el amigo de Rita, el hijo de la peluquera, mi novio, mamá, no se puede tener novio a tu edad, ¿y cómo querés que lo llame?, Roberto, con eso basta y sobra. Pero esta vez no se anima. Cuando llega a las baldosas grises, más grandes y brillosas que ninguna otra en su camino, Elena sabe que está pasando frente al banco. Baldosas de alto tránsito, Elena, nacionales pero tan buenas como las italianas, le gustaba explicar a Roberto cada vez que salía el tema del brillo de la vereda del lugar donde trabaja desde los dieciocho años. Junto a ella, por el rabillo del ojo, ve una hilera de zapatos que forman fila frente a la puerta, puede ver a quienes los calzan hasta la altura de las rodillas. No ve zapatillas ni jeans. Sólo mocasines gastados, alpargatas, una chinela enfundando un pie vendado hasta la altura del tobillo. Pies morados, surcados de venas, pecosos, manchados, hinchados. Todos pies viejos, piensa, de viejos que tienen miedo de que se acabe la plata. No los mira, teme reconocer alguna pierna, y prefiere no detenerse. Cuando termina la fila y se siente a salvo, cuando ya no hay hilera de zapatos a su izquierda, alguien le dice, buen día, Elena, pero ella sigue como si no escuchara. Entonces ese alguien acelera sus pasos sobre las baldosas, la alcanza y le toca el hombro.

Roberto Almada, aquél a quien Rita insistía en llamar mi novio. El atrofiado, como lo llamaba Elena delante de su hija para provocarla. O el jorobadito, como le decían de chico en el barrio. Pero Elena ya no puede verle la joroba, apenas si llega al pecho con mucho esfuerzo, y la espalda de Roberto se curva recién sobre el omóplato derecho. Hola, Doña Elena, vuelve a decir, y el doña se le clava a Elena en el medio de los dos ojos; ella dice, ah, Roberto, no te reconocí, por los zapatos, nuevos ¿no? Él se mira los zapatos y contesta que sí, que son nuevos. Los dos quedan en silencio, los zapatos gastados de Elena frente a los de Roberto. Roberto mueve sus pies incómodo, mi mamá le manda cariños y dice que cuando quiera pase por la peluquería, que si quedó conforme de la otra vez le regala un corte y un peinado, y Elena agradece, aunque sabe

que la otra vez, la única vez que estuvo en la peluquería de la madre de Roberto fue la tarde en que murió su hija, entonces sus pensamientos están a punto de irse en dirección a aquel momento, pero los detiene, porque ella no puede darse ahora ese lujo. Volver a esa tarde la haría perder su tren, y a fuerza de voluntad la espanta para quedarse ahí, frente a Roberto. Lo único que necesitaría de la peluquería de su madre es que alguien le quitara otra vez ese bozo que le crece como una sombra, y que le cortara las uñas de los pies. Las de las manos se las corta sola, o se las lima, pero las de los pies no. Hace rato que ella no llega hasta allá abajo, después de la muerte de Rita la del dedo gordo se empieza a clavar en la punta del zapato y tiene miedo de que se le termine quebrando donde no debe, o rajando el cuero gastado, lo que sería peor aún. Rita se las cortaba cada quince días, traía la palangana con agua tibia, un pedazo de jabón blanco para que se derritiera dentro y ablandara las durezas, y una toalla limpia, siempre la misma, la que lavaba cada vez y guardaba con la palangana. Fruncía la cara de asco mientras se las cortaba, pero lo hacía, tratando de mirar apenas las uñas escamadas de viejas, infladas como una esponja seca, sucias. Colocaba un pie de Elena sobre su rodilla, y cortaba. Y cuando terminaba se lavaba las manos con detergente puro, una, dos, tres veces, algunas ocasiones con la excusa de desinfectar la toalla de posibles hongos se lavaba las manos con lavandina pura, qué harán los que no tienen como yo una hija que me corte las uñas, Rita, se las dejarán crecer mugrientas, mamá. Ya le deposité su jubilación en su caja de ahorro como quedamos, dice Roberto y Elena dice gracias otra vez y se olvida de sus uñas. Después de la muerte de Rita, Roberto se ofreció a cobrarle la jubilación para evitarle hacer colas en su estado. ¿Qué estado, Roberto?, preguntó Elena, para que no se tenga que molestar, ¿y desde cuándo te preocupa que yo me moleste?, yo siempre me preocupé por usted, Elena, y por su enfermedad, no sea injusta, andate a la mierda, Roberto, dijo ella, pero aceptó. Antes los trámites los hacía Rita, que ya no estaba, y aunque a Elena no le caía bien ese hombre, tener un amigo dentro del banco no dejaba de tener sus ventajas. Si usted supiera cuánto extraño a su hija, le oye decir, y a Elena la frase le molesta tanto como supone le molestarían las palabras escritas en las cartas que no leyó, esas que guarda en la caja del televisor que le dio un vecino, atadas con la cinta de raso que Rita eligió para ellas. Sabe que él no pudo matarla, no por lo que dice, ni por lo que hizo ese día, ni por lo que nunca pudo hacer, sino porque un contrahecho como él no habría podido con Rita. Son muy pocos los que habrían podido con ella, y aun así la verdad se le escurre, le cuesta entender quién pudo haber sido, por eso necesita ayuda, porque no hay imputados, ni siquiera sospechosos, ni motivos, ni hipótesis, sólo la muerte. Estoy apurada, pierdo el tren de las diez, le dice Elena que empieza a elevar un pie en el aire para ponerse en marcha, y él le pregunta, ¿se atreve a viajar sola?, vivo sola, Roberto, le dice ella sin interrumpir el paso que inició. Apenas después de un silencio breve él dice, vaya, vaya. Pero ella ya está yendo, hacia la estación, busca con el rabillo del ojo en las baldosas a su alrededor y sabe que Roberto está todavía detrás de ella, mirándola, porque sus zapatos siguen ahí, quietos, dos manchas de cuero negro que brillan casi tanto como las baldosas donde se apoyan, apuntando en dirección adonde ella va, sola, sin que nadie la acompañe, con la uña del dedo gordo clavándosele en la punta del zapato mientras recorre el camino que la llevará, dos cuadras mediante, a la boletería donde sacará su boleto, lo apretará con fuerza en su puño cerrado hasta guardarlo en el bolsillo de su saco, bajará la escalera, atravesará el túnel impregnado de olor a orina y subirá al andén a esperar, cansada, doblada, que llegue su tren.

Rita apareció colgada del campanario de la iglesia. Muerta. Una tarde de lluvia, y eso, la lluvia, Elena sabe, no es un detalle menor. Aunque todos digan que fue un suicidio. Amigos o no, todos. Pero por más que insistan, o callen, nadie puede rebatirle que Rita no se acercaba a la iglesia cuando amenazaba lluvia. No se acercaba ni muerta, habría dicho su madre si alguien le hubiera preguntado antes de aquella vez. Pero ni muerta ya no puede decirlo, porque ahí estaba, ese cuerpo sin vida que ya no era su hija, en el campanario un día de lluvia, aunque ella no pudiera explicarse cómo llegó hasta allí. Rita le tenía miedo a los rayos, desde chica, y sabía que la cruz sobre la iglesia los atraía. Es el pararrayos del pueblo, le había enseñado su padre sin saber que esa sola frase haría que nunca más quisiera pasar cerca de él un día de tormenta. Si venía lluvia no se acercaba a la iglesia ni a la casa de los Inchauspe, la única casa del barrio que en aquella época tenía pileta. El agua es el mejor conductor de la electricidad y las piletas son como imanes, había escuchado decir a un ingeniero en el noticiero donde comentaban un accidente en un club provincial en medio de una tormenta eléctrica cuando un rayo mató a dos chicos que nadaban desobedeciendo el cartel de Prohibido Bañarse. Y si con los años hubo más piletas en el barrio, o más pararrayos, prefirió no enterarse, porque cada conocimiento de ese tipo no hacía otra cosa que paralizarla. No pisar la vereda de damero de la partera, no ir a la iglesia los días de lluvia y no acercarse a la casa de los Inchauspe ya eran bastantes complicaciones como para seguir agregando más. Sin mencionar que Rita se tocaba la nalga derecha si se cruzaba con un pelirrojo, al tiempo que decía con el mismo tono con que decía el padrenuestro, pelirrojo la puta que te parió, o se tocaba con la mano derecha el pecho izquierdo si alguien mencionaba a Liberti, un pobre viejo que era considerado reta en el barrio por haber estado en momentos inoportunos en lugares inoportunos, frente a la casa de Ferrari cuando se le cayó el pino encima y le partió el techo, haciendo la cola en el banco cuando le robaron la jubilación a la viuda de Gande, en la esquina en la que el doctor Benegas se llevó puesto con su auto cero kilómetro al camión de la basura, y otras coincidencias equivalentes. Preferible no saber, decía Rita. Cuando empezó a trabajar en el colegio parroquial, a los diecisiete años, unas semanas después de la muerte de su padre y porque el Padre Juan intercedió ante la Junta Cooperadora para que a pesar de su edad le dieran la vacante que dejaba el difunto, Rita aprendió a inventar excusas de distinto tipo cada vez que un día de lluvia la mandaban a hacer algún trámite a la parroquia. Trabajos impostergables, dolores de estómago o de cabeza, hasta falsos desmayos. Lo que fuera con tal de no acercarse a esa cruz un día de lluvia. Así fue siempre. Y Elena cree, y sabe, que eso no pudo haber cambiado repentinamente ni siquiera el día de su muerte. Aunque nadie la escuche, aunque a nadie le importe. Si su hija apareció en la iglesia un día de lluvia fue porque alguien la llevó hasta allí a la rastra, viva o muerta. Alguien o algo, le contestó el inspector Avellaneda, el policía que le asignaron en la comisaría para que siguiera el caso, ¿por qué dice algo?, inspector, ¿algo qué?, no, no sé, digo, contestó Avellaneda, si no sabe no diga, lo retó ella.

La descubrieron unos chicos a los que el Padre Juan les tenía encargado subir a tocar las campanas para anunciar la misa de siete. Bajaron a los gritos y corrieron por el medio de la nave principal hasta la sacristía. El Padre Juan no les creyó, salgan de acá, diablos, pero los chicos insistieron y lo llevaron a los empujones. El cuerpo colgaba de una soga, y la soga del mismo eje del que colgaba la campana de bronce. Una soga gastada que nadie se explica cómo aguantó su peso el tiempo necesario para darle muerte, olvidada en el campanario junto con unos tablones de madera desde la última vez que limpiaron la cúpula, según supo Elena más tarde leyendo el expediente. Dios Santo, murmuró el Padre y aunque la reconoció de inmediato no dijo su nombre, cómo no reconocerla, levantó una silla caída justo debajo del cuerpo pendiente y se subió para tomarle el pulso. Está muerta, dijo, algo que los chicos ya sabían porque ellos muchas veces jugaron a estar muertos, a ser policías o ladrones, a disparar a matar o morir, por eso sabían que esa mujer que colgaba de la campana no estaba jugando. El Padre Juan los llevó otra vez a la sacristía por el mismo camino, pero esta vez los hizo persignar y bajar levemente las rodillas cuando pasaron frente al sagrario que guardaba las hostias que ya habían sido bendecidas. Ustedes esperen acá, les dijo, y llamó a la policía. Le pidió al comisario que vinieran después de la misa de siete, la gente ya está entrando en la iglesia y no quisiera suspender el oficio, menos hoy que es Solemnidad de Corpus Christi, el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, jueves siguiente a la Santísima Trinidad, total ya nada podemos hacer por esa mujer más que rezar, comisario. El comisario se comprometió a no entorpecer el oficio religioso. El muerto muerto está, Padre, o mejor dicho la muerta, y para la gente va a ser un golpe muy duro, muy tremendo, mejor que vayan en paz y se enteren mañana, ¿qué hay de la familia?, ¿la conoce, Padre?, no tiene familia, comisario, sólo la madre, es una mujer enferma, no sé cómo se lo va a tomar, usted no se preocupe, Padre, que de eso nos encargamos nosotros, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. El comisario cortó y empezó con los arreglos, el tiempo que le pedía el Padre Juan no era más que el que él mismo necesitaba para llamar al móvil que estaba de recorrida, juntar un par de agentes y avisarle a un juez. Ustedes esperan acá hasta que yo vuelva, no se les ocurra moverse, les dijo el Padre Juan a los chicos mientras se ponía la sotana que correspondía a la liturgia, Dios los va a estar mirando, y por ahora ni una palabra a nadie, agregó, pero no hacía falta, porque los dos habían quedado mudos, hundidos en el sillón de la sacristía.

No hubo campanas para anunciar esa misa, pero misa hubo. Si alguien hubiera prestado atención y además tuviera buena memoria, recordaría que en el silencio de la iglesia sólo se oía la lluvia cayendo sobre el patio de la parroquia. Pero nadie prestó atención a la lluvia de aquella tarde más que Elena. La memoria de los detalles, Elena sabe, es sólo para gente valiente, y ser cobarde o valiente no puede elegirse.

El Padre dijo, en el nombre del Padre, y todos dejaron sus asientos y se persignaron de espaldas al cuerpo que colgaba unos metros más arriba, ignorándolo. Habría unas veinte personas, con sus paraguas mojados desperdigados en los asientos donde abundaban los lugares vacíos. Desde el altar el Padre Juan podía ver el balcón donde se ubicaba el órgano y donde los domingos cantaba el coro. Junto al órgano alcanzó a ver los primeros escalones de la escalera que lleva al campanario. Nunca antes se había dado cuenta de que desde el altar podía verlos. Los alimentó con flor de trigo, y los sació con la miel sacada de la piedra, aleluya. Antes del credo entró en la iglesia el primer agente de policía. El ruido de las bisagras que sostenían la puerta de madera hizo que muchos se dieran vuelta a ver quién entraba a esa hora, tan tarde que

la misa ya no le valía. Era raro ver un policía en la misa de siete y menos de uniforme, pero el agente enseguida se quitó la gorra mojada, se persignó y se ubicó en la última fila como si hubiera venido a escuchar la palabra de Dios. Hermanos: yo aprendí del Señor lo que yo os tengo enseñado, y es: que el Señor Jesús, la noche misma en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió, y dijo. Pero después de la ofrenda aparecieron dos agentes más y no alcanzó con que se sacaran la gorra mojada y se persignaran para disipar sospechas, aunque se dieran cuenta e intentaran tapar con las gorras el arma reglamentaria que llevaban en su cintura. Un murmullo creció en medio de los rezos. Varias mujeres se apuraron a agarrar la cartera que habían dejado en el banco de adelante y se la colgaron del brazo, alguna por temor a que la policía estuviera persiguiendo un ladrón dentro de la iglesia y que ese ladrón en su huida se atreviera además a cargar con su cartera; otras por temor a que un acontecimiento inminente, todavía no identificado, las obligara a salir corriendo de un momento a otro; el resto simplemente porque se lo vieron hacer a las otras. Examínese, pues, a sí mismo el hombre, y, así prevenido, coma de aquel pan, o beba de aquel cáliz, porque quien come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación. Cuando quienes estaban en condiciones de comulgar, o quienes a pesar de no estarlo lo hicieron, volvían por los pasillos laterales con la hostia pegada al paladar, fue que se sintió el impacto, un ruido primero ambiguo, difícil de atribuir a un origen preciso, y luego un golpe seco, seguido de un rebote. Todas las cabezas giraron y miraron hacia arriba, menos la del Padre Juan, que sólo tuvo que levantar los ojos. Los tres agentes se calzaron la gorra y subieron. En ti esperan Señor y en ti están fijos los ojos de todos, el que come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él. Desde el altar, mientras guardaba las hostias que no habían sido entregadas en la eucaristía, el Padre Juan vio cómo los tres agentes subían con rapidez los primeros escalones que llevaban al campanario y desaparecían uno detrás del otro. La gente también miraba, y luego miraban al Padre como pidiendo una explicación. Recíbelo el malo, el bueno: para éste es de vida lleno, para aquél manjar mortal. La soga que colgaba del eje de las campanas finalmente había cedido, el peso del cuerpo desarmó el nudo y Rita, muerta, se desparramaba sobre el piso del campanario. Vida al bueno, muerte al malo, da este manjar regalado, ¡oh, qué efecto desigual! El padre se levantó, y avanzó hacia el centro del altar a dar la última bendición. Tú que vives y reinas, por los siglos de los siglos. Y pudieron ir en paz. Les ruego que salgan todos y vayan a sus casas, no hay nada que puedan hacer acá, ni por ustedes ni por nadie. Acompañó a los feligreses hasta la puerta, y ante la insistencia de algunos tuvo que decir, alguien se ahorcó colgándose de las campanas, pero no dijo quién, y una vez que se fue el último de los presentes el Padre Juan subió otra vez al campanario de su iglesia. Además de los tres agentes había un hombre de traje, alguien que había subido sin que el padre lo viera, ¿y usted quién es?, el juez interviniente, le respondió uno de los agentes. El juez tomaba notas, un policía dibujaba con tiza el contorno del cuerpo de Rita sobre el piso de cemento, otro tomaba fotos, y el tercero guardaba con cuidado la soga que hasta hacía unos minutos había estado rodeando su cuello en una bolsa de plástico donde escribía en una etiqueta blanca y ante la mirada atenta del juez y del cura: evidencia número uno. Una de las pocas evidencias que integraron la causa de esa muerte.

Sentada en el banco de la estación, espera. El frío del cemento se le cuela a través de la pollera. En el puesto de panchos calientan agua. No hay demasiada gente, más de la que ella quisiera pero no tanta como para que no encuentre un asiento una vez que el tren llegue a la estación y ella suba al vagón. Los trenes anteriores, los de las siete, los de las ocho y hasta los de las nueve, Elena sabe, hubieran sido empresas imposibles, demasiada gente esperando, demasiada gente subiendo por la misma puerta que habría tenido que atravesar ella, demasiados pasajeros dentro del tren que llegaba. Pero a esa gente el tren de las diez ya no le sirve, a los que tienen que cumplir su horario de trabajo, a los que se levantan cada mañana para cubrir su puesto en una oficina, en un colegio, en un banco. Ni siquiera le serviría a quienes trabajan en un comercio, porque recién llegarían a Constitución cerca de las once de la mañana, y a esa hora la ciudad adonde se dirigen está cansada de ir y venir. Dejando fuera el universo de todas esas personas obligadas a madrugar, las que quedan, las que pueden empezar su día más tarde y compartir ese tren con Elena, ya no son tantas. Un grupo de jóvenes a punto de dejar atrás la adolescencia que se ríen abrazados a sus carpetas, y se empujan cada tanto para enfatizar el chiste que acaban de decir. Dos hombres de traje, uno en cada punta del andén, los dos leyendo el mismo diario, tal vez la misma noticia o la misma palabra, sin saberlo. Un matrimonio que discute por el precio de las pastillas que acaba de comprar el hombre. El próximo tren con destino a Plaza Constitución hará su arribo a las diez cero uno por plataforma número dos, escupe una voz turbia que sale por los parlantes. En el banco que ocupa Elena se sientan una mujer y su hija. La nena no llega con los pies al suelo, Elena los ve agitarse en el aire. Sabe que la niña la mira. Sabe que se acerca a la madre y le susurra algo al oído, después te digo, le contesta la madre, y la niña vuelve a agitar sus piernas más rápido que antes. Elena mira hacia delante respetando la altura a la que Ella condena su mirada; bajo el andén de enfrente se acumula basura, alguna desaparecerá con el tiempo, Elena sabe, otra la sobrevivirá a ella, botellas de plástico, vasos de telgopor, bloques de cemento partidos. Alguien que pasa junto a Elena, silba. El silbido se va perdiendo de a poco hasta que lo tapa una estampida lejana. Los pies de Elena tiemblan y ella se pregunta si es el piso el que provoca el temblor o Ella, y aunque no tiene la respuesta se agarra al borde del banco casi por instinto porque bien sabe que no puede pasar nada malo, que ese andén, ese banco, esas paredes están cansados de temblar a cada rato sin que nada suceda, sin que nadie siquiera lo note como lo nota Elena. La mujer y la niña se paran y avanzan hacia el final del andén. La madre lleva a la niña de la mano, la arrastra y le dice, apurate, pero a la niña se le traban los pasos porque camina hacia el frente pero mira hacia atrás, hacia donde Elena intenta levantarse del mismo banco donde ella estuvo jugando con sus piernas, ¿qué le pasa a esa señora, mamá?, dice, después te digo, dice otra vez la madre. Los vagones pasan frente a Elena sin separarse uno de otro, como una ráfaga, el ruido de su peso sobre los rieles no la deja oír otra cosa que el choque del metal contra el metal. Hasta que poco a poco la ráfaga va perdiendo velocidad, el ruido se calma y aparecen otros sonidos, se aclaran las imágenes que antes confundía el movimiento, aparecen las ventanas y detrás de ellas personas

que viajan como va a viajar Elena en cuanto pueda subirse. Las puertas se abren y suenan a aire que se descomprime, los pasos de Elena se arrastran apurados por llegar antes de que las puertas se cierren otra vez y la dejen fuera. Son varios los que quieren subir, y Elena se pega a la espalda que tiene delante para subir con ella. Suena un silbato, quien está detrás la empuja y ella se lo agradece. Ya dentro del vagón busca un asiento, cualquiera, el que le quede más cerca, y hacia él avanza. El vagón empieza a bambolearse, apenas, como si la acunara. El tren marcha, a medida que gana velocidad pierde bamboleo. Un joven pasa junto a ella, impaciente, la roza con su cuerpo, y sigue su camino hacia adelante. Frente a ella ve venir las piernas de otro hombre en sentido contrario, se detiene cuando la alcanzan, permiso, le dice el hombre frente a ella, y Elena intenta correrse hacia un lado, pero el espacio que gana apenas si se nota, por eso él repite, permiso, señora, y ella se lo da pero no puede hacer mucho más de lo que ya hizo, entonces el hombre se pone de costado, se estira hacia arriba, alza su mochila y se desliza de lado junto a ella. Dos filas más allá otra vez puede ver el asiento vacío al que se dirige, avanza hacia él pero antes de alcanzarlo lo ocupa una mujer de la que sólo ve la falda, una falda roja con flores que se agita con su movimiento y que desaparece en cuanto la mujer se sienta. Elena tiene que empezar otra vez, mueve los ojos hacia arriba y mira con la frente arrugada, intenta levantar un poco más su cabeza vencida, cuando lo logra busca con rapidez otro lugar vacío, lo fija en su memoria y luego baja la cabeza hasta donde ella quiere, ya sabe que hay dos lugares al final del vagón, que podrá alcanzados después de andar todo el pasillo, levanta el pie derecho y lo avanza en el aire hasta pasar el izquierdo pero antes de bajarlo una mano le golpea la suya, siéntese acá, señora, le dice un hombre al que no le ve la cara y ella le dice, gracias, y se sienta. El hombre que se paró avanza y ocupa el lugar vacío al final del vagón. Elena acomoda la cartera sobre su regazo; a su lado, en el mismo asiento junto a la ventana, un hombre golpea su mano sobre su rodilla al compás de una música que sólo él escucha, ojalá viaje hasta la última estación y no me obligue a moverme para darle paso, Elena piensa, pero apenas termina de pensarlo el hombre le dice, ¿me da permiso, señora?, y sin esperar la respuesta de Elena se para en ese pequeño espacio que queda entre su asiento y el respaldo del de adelante esperando que ella mueva las piernas, que las corra de lado, que se aparte, que consiga liberar el espacio para que él pueda salir antes de que el tren entre a la próxima estación, permiso, vuelve a decir el hombre y Elena le dice, pase, hombre, pase, pero no se mueve.

6

Tardaron en entregar el cuerpo pero una vez concluidos los trámites hubo sepelio y entierro como Dios manda. Al funeral fueron todos. El Padre Juan, personal docente y no docente del colegio parroquial, los vecinos, alguna compañera del secundario con la que Rita se siguió viendo cada tanto. Roberto Almada y Mimí, su madre, y las chicas que trabajan para ella en la peluquería; sobre la puerta de entrada al local la peluquera hizo colgar un cartel, «Cerrado por duelo», que tapó el de L'Oréal de Paris. El cajón lo eligió la misma Elena. Y los herrajes. Y la corona de flores con letras doradas que decían, Tu Madre. ¿No hay nadie en la familia que la pueda ayudar con todo esto?, le preguntó el empleado de la funeraria, no hay familia, contestó ella. Habló y mientras hablaba lloraba casi sin intención. Elena siempre fue de llorar poco, casi nada, pero desde que su cuerpo es de Ella, de esa puta enfermedad puta, ya ni siquiera es dueña de sus lágrimas. Aunque quiera no llorar, no puede, y llora, las lágrimas salen de su lagrimal y ruedan por su cara rígida como si tuvieran que regar un campo yermo. Sin que nadie les pida, sin que las llamen. Eligió el cajón de la madera más barata, no sólo porque no les sobraba el dinero sino para que se pudriera rápido. Elena nunca entendió por qué la gente elige cajones de maderas tan nobles que tardan en reventar bajo la tierra. Si tantos creen que de tierra somos y a la tierra volveremos, para qué retrasar la vuelta entonces. Eligen ataúd de madera noble para mostrarlo en el velorio, piensa, para qué otra cosa, si ni el cajón ni lo que lleva dentro están destinados a durar sino a pudrirse, a que los gusanos se encarguen de la madera y de ese cuerpo que ya no guarda lo que fue quien era, ese cuerpo que no pertenece a nadie, incompleto, como una bolsa vacía, una vaina sin semillas.

Todo el tiempo en que la velaron Elena estuvo ahí, sentada en una silla de plástico, junto al cajón. Qué barbaridad lo que pasó, Elena, le dijo alguien después de decir mi más sentido pésame, ¿y qué pasó?, pregunta ella. Entonces quien habló se calla porque cree que Elena no quiere saber, o está perdida por la medicación o por el duelo. Pero Elena no se pierde. Elena sabe. Espera. Con la cabeza gacha y arrastrando los pies, sin ver el camino ni lo que éste trae por delante. No se pierde, aunque se confunda.

Al velorio llegaron más coronas. Elena intentó leerlas pero con la cabeza gacha y el cansancio a esa hora de la noche no pudo lograr que los anteojos quedaran en su sitio. Una vecina se acercó a leer para ella. Tus compañeros del Instituto Parroquial Sagrado Corazón. Doctor Benegas y señora. Tus vecinos. ¿Cuáles vecinos?, preguntó Elena. Quien lee dudó, me imagino que todos los de la cuadra, al menos a mí me pidieron. A un costado una pequeña palma con flores blancas y la banda que dice, tu amigo para siempre Roberto Almada, una de esas palmas destinadas a ser puestas debajo de las manos cruzadas sobre el vientre, simulando que las manos muertas la agarran, que se la quieren llevar con ellas. Si no fuera que la mandó Roberto Almada allí estaría, pero Elena dispuso que se quedara donde la habían puesto los de la florería, en un rincón, detrás de las otras coronas, idea de su madre, sospechó Elena, por eso dice amigo y no novio, porque a la peluquera, igual que a mí, le molesta esa palabra para nombrar a su hijo de

más de cuarenta años. Una palma chica para gastar menos, cómo no sospechar si se comenta que les saca a las chicas de su peluquería una parte de la propina que les dan las clientas.

Durante la noche todos volvieron a sus casas. Las almas de los justos están en las manos de Dios y no llegará a ellas el tormento de la muerte eterna, rezó el Padre Juan antes de irse, a los ojos de los insensatos pareció que morían y su muerte se miró como una desgracia. Elena se quería quedar, insensata, mirando la muerte. No quería ir a descansar como le aconsejó algún vecino, vuelva al día siguiente, Elena, con la primera luz del día. Como si la primera luz del día fuera algo bueno. Qué sabrá ese hombre lo que es para ella la primera luz del día. Abrir los ojos una vez más. La luz es el anuncio de la lucha que otra vez tiene por delante, desde el momento en que trate de levantarse de esa cama, tirando de sus sogas hasta que su espalda muerta se desprende de la sábana arrugada, apoyar ambos pies sobre la baldosa fría, tomar envión para tratar de levantarse, arrastrar los pies en dirección al inodoro donde tratará de sentarse para orinar, bajarse la bombacha, orinar, intentar levantarse, levantarse, arrastrar esta vez su bombacha hacia arriba, enrollada, húmeda, alisarle los pliegues, y después, después, siempre después, siempre una nueva tarea, como si no tuviera bastante con sólo tener que ir al baño cuando aparece la primera luz del día. Cada mañana Elena despierta del sueño para recordar una vez más, un día más, lo que le espera. Si por ella fuera, se habría quedado sentada en esa silla, en esa casa mortuoria donde velaba a su hija, mirando la muerte, insensata, y fingiría que ese día, el que estaba viviendo, no terminaba. Y que nunca empezaría otro. Si por ella fuera. Pero el encargado de la cochería insistió, le dijo, por cuestiones de seguridad la casa se mantiene cerrada en horas de la noche, ¿y quién vela a los muertos, entonces?, preguntó ella, los tiempos cambiaron, señora, mejor que nos ocupemos de los vivos.

A la mañana siguiente bien temprano, después de su primera pastilla, estuvo otra vez allí. Las primeras dos horas sola, pero después de las nueve vinieron los que no habían estado el día anterior y los que, aunque hubieran estado, querían acompañar a su hija al pozo en la tierra donde sería depositada para siempre. A las diez volvió el Padre Juan a dar el responso. Las almas de los justos están en las manos de Dios, y no los alcanzará el tormento de la muerte eterna: a los ojos de los insensatos pareció que morían, mas ellos descansan en paz, aleluya, dijo y aleluya dijeron todos. Otra vez los insensatos, pensó Elena, y se preguntó quiénes eran esos insensatos que nombraba el Padre, si ella, que creía que su hija había sido asesinada, si los que junto a ella decían aleluya como quien dice cualquier cosa que se le pida que repitan, si el Padre Juan que habla de su hija como un alma justa aunque asegura a quien le pregunte que Rita se suicidó, sin duda un pecado imperdonable para un alma cristiana de las que él se ocupa. Insensato el doctor Benegas, o el inspector Avellaneda, o los vecinos. Insensata Rita o insensata ella. ¿Justa quién? Que Dios tenga en la gloria a nuestra hermana Rita, que la lleve con Él a compartir su Reino. A vivir la vida eterna. Elena habría querido creer en la gloria, y en el reino, y en esa vida eterna. Pero así como no cree en que de tierra somos y a la tierra volveremos, tampoco, y aunque quien lo diga sea un cura, puede mentirse ni pudo mentirle a Rita con su rezo. Puede rezar calles, de atrás para adelante y de adelante para atrás, y levodopa, dopamina, dopa, y rey derrocado y Ella,

y emperador sin traje. Todo eso puede rezar para adelante y para atrás las veces que hagan falta. Pero no puede rezar el rezo del Padre Juan porque mentiría. Y aunque no es su rezo y aunque lo rechaza, y aunque se niega a decirlo, sabe que lo tiene metido dentro, como tiene metida a Ella. A esa puta enfermedad puta. Por el alma de Rita, para que la acompañen los ángeles del cielo. Escúchanos, Señor. Por todos los difuntos, para que sean llamados a compartir el Reino sagrado. Escúchanos, Señor. Por los que quedan en esta tierra, especialmente por su madre Elena, para que puedan separarse de Rita y la ayuden en su partida con resignación y alegría, con la misma alegría con que ella pasó por esta Tierra, ¿qué alegría?, pensó Elena, ¿su hija tendría una alegría frente a los demás que ella ignoraba, frente a ese cura que la nombra, frente a Roberto Almada, que asiente a todo lo que dice el cura? Oremos. Escúchanos, Señor. Elena no supo si el Señor escuchaba, ella sí escuchó, y no sintió alegría ni la reconoció en su hija, fría, dura, bolsa vacía. Resignación sí, porque sabe que de la muerte no hay regreso, sea el cajón de roble o de madera balsa, escuche alguien los rezos o no exista quien los escuche, llore a su hija muerta el pueblo entero o no la llore nadie, no hay vuelta posible.

Poco después de su segunda pastilla llegó la hora del entierro. Una vecina la ayudó a levantarse. El empleado de la casa fúnebre cerró la tapa de madera sobre la cara sin gestos de Rita y dijo con voz fuerte, los caballeros que quieran ayudar a llevar el cajón que por favor se acerquen, y Elena escuchó, los caballeros, pero igual fue, no se molestó en preguntar ni en pedir permiso, levantó el pie izquierdo, lo elevó en el aire y cuando pasó delante del pie derecho lo bajó, y volvió a repetir los movimientos, despacio, como pudo pero certera, en dirección a la primera manija de bronce que sobre la izquierda colgaba del cajón en el que llevarían a su hija al cementerio, delante de las que llevaban el Padre Juan y Roberto Almada, frente a las del vecino que le regaló la caja del televisor 29 pulgadas, el doctor Benegas y el dueño de la remisería.

Tuvieron que esperar que Elena se acomodara, que girara sobre sus pies para quedar de frente a la puerta de salida, que enderezara su cuerpo lo que apenas Ella le permitía, que lo alineara con el cajón donde iba Rita, que tomara aire, y luego, con la mano derecha, la que mejor le respondía, se aferrara a esa manija, la primera de la izquierda, la que no le pertenecía a ningún caballero, para marchar llevando el cajón con su hija a ese lugar que sería el último.

Sentada por fin en ese tren que la lleva al lugar que busca, Elena ve los árboles pasar corriendo a través de la ventanilla. Es su tiempo de descanso, esas estaciones por recorrer que no le darán mucho más trabajo que mirar por la ventana cómo los árboles se persiguen unos a otros en sentido contrario a la dirección que ella lleva. Siluetas de árboles y casas que se confunden borrosas al ritmo de la locomotora. Como si un árbol se fuera comiendo al otro, una casa a la otra, piensa. Elena los mira de reojo, de la única manera que puede, por el rabillo. Acepta la condena que Ella, su enfermedad, le impuso. Sus ojos todavía le son leales, miran lo que Elena les pida aunque hayan perdido su expresión. Pero su cuello se puso rígido, duro como una piedra, y la somete. Le muestra quién manda y quién obedece. El cuerpo de Elena responde a Ella que lo obliga a bajar la mirada como si estuviera en falta, como si sintiera vergüenza. Hace unos meses además empezó a babear y esa posición doblegada no la ayuda porque la baba no aguanta mucho tiempo dentro de la boca, ¿podés cuidarte de no babear sobre la mesa donde comemos, mamá?, una baba pesada que le mancha el pecho de la blusa que lleve, que la muestra siempre sucia. Rita cada mañana le daba un pañuelo recién lavado y planchado para que su baba no quedara esparcida por toda la casa. Un pañuelo como el que hoy lleva en su cartera pero que tuvo que lavar y planchar ella misma. El intento de su hija fue vano porque de todos modos podía encontrarse con su pañuelo babeado, hecho un bollo, por distintos lugares de la casa, arriba del televisor, sobre la mesa de la cocina, junto al teléfono, expuesto como un trofeo o como un recordatorio donde fuera que Elena lo hubiera dejado, sin expresa voluntad de molestar a su hija, pero haciéndolo. ¿No hay nada que te dé asco a vos, mamá?, las cucarachas, contestaba ella. Rita también intentó tolerarla con barbijos, consiguió a buen precio una caja de diez que, aunque eran descartables, Elena se negaba a tirar después de usados, ¿no viste lo que salen en la farmacia, hija?, y terminaba llevando a lo largo del día sobre su boca un papel celeste arrugado y húmedo, lleno de migas y restos indescifrables de lo que fue alguna comida. No sabe si volverá a sentirse limpia, seguramente no; su enfermedad no tiene cura; paliativos, engaños, procedimientos o elementos que la ayuden a hacer lo que ya no puede, barbijos, pero no cura. Seguirá enferma mientras esté viva, y Rita muerta. Por los días de los días, días como ese que tiene por delante y que terminará recién cuando tome, sola, al final de la tarde, el tren de regreso.

Viaja. Burzaco, Adrogué, Temperley, Lomas, Banfield, Lanús. Lanús, Banfield, Lomas, Temperley, Adrogué, Burzaco. Viaja. Mira por el rabillo del ojo izquierdo. Los árboles siguen comiéndose unos a otros. Luego mira por el rabillo del ojo derecho hacia el pasillo, como si tuviera que mantener una simetría de esfuerzo. Porque si Ella la obliga a tener la cabeza gacha, la obliga a ese acto de contricción que el músculo ejecuta, Elena no la contradice pero la burla, sin reírse, sin siquiera sentirse orgullosa de lo que hace, la burla para sobrevivir. Babea. Busca el pañuelo mojado dentro de la cartera, lo estruja y se lo pasa otra vez por la boca. Levanta los ojos y arquea las cejas como si estuviera asombrada aunque no haya asombro, y trata de mirar hacia delante llevando las pupilas a la frente. Le duelen los músculos de las mejillas y de las cejas cuando lo hace. Si es que las mejillas son músculos como es músculo quien la tira hacia abajo,

piensa, porque Elena no sabe bien si se trata de músculos lo que le duele. Nunca antes se preguntó qué clase de cosa son las mejillas. Ni su cuello. Ni las cejas. Si músculos, carne, piel, piensa, y no sabe qué, pero le duelen. Le duele algo, una parte de su cuerpo que no estaba acostumbrada a hacer ese movimiento. El movimiento que Ella, la enfermedad, le obliga a intentar a ella, Elena, para burlarla. Porque que ni sueña que se va a resignar a sólo mirar el suelo de aquí a que se muera, piensa. Si fuera necesario se acostaría en el piso de cara al cielo, al techo inclusive, sólo para burlarla, para desobedecerla, y así esperar la muerte. La suya. Una burla más, la última tal vez. Pero antes, de acá a que se muera de cara al cielo, va a tener que encontrar otras burlas si no quiere convertirse en esclava de la puta que la manda. Sogas que la ayuden a levantarse desde distintos lugares, más barbijos que atajen su saliva, collares de gomaespuma que le levanten la pera, collares de plástico duro cuando la gomaespuma no sea suficiente, adaptadores para el inodoro, más sogas, remedios que la ayuden a deglutir, a no orinarse encima más de lo que ya se orina, remedios que la ayuden a que los remedios le hagan efecto, o a que los remedios no le perforen el estómago, más sogas. Por eso, aunque le duela, hace fuerza con sus mejillas y sus cejas para que sus ojos, todavía leales, sigan viendo otra cosa más que el piso. En el tren no mira nunca de frente, el esfuerzo no serviría más que para ver el respaldo de cuerina del asiento que tiene por delante. Después de que bajó el hombre que se golpeaba la rodilla al compás de su música, Elena logró pasarse del lado de la ventana, arrastrándose, y acomodarse otra vez tirando del marco. La pollera quedó hecha un bollo bajo sus piernas pero no le importa. Sentada allí, junto al vidrio, con la cabeza gacha, su mundo se convierte en mover las pupilas hacia un lado, con eso alcanza, eso es suficiente para ver los árboles y las casas correr en sentido contrario, borrarse uno dentro de otro, confundirse de colores, mancharse, indefinidos y veloces hasta que la locomotora aminore poco a poco la marcha, y entonces cada imagen salga de donde se metió para ser otra vez la que sus límites determina y el tren se detenga, finalmente, en alguna estación intermedia, para repetir otra vez su llegada y su partida.

Hace años que no viaja en tren. La última vez fue cuando Rita la convenció de asistir a un grupo de autoayuda para enfermos de Parkinson que se reunían una vez al mes en el Hospital de Clínicas. Pero Rita terminó peor que ella y nunca más le dijo de volver. El lugar no ayudaba, sentirse perdidas en esos pasillos que no se sabe adónde conducen, las escaleras oscuras, los ascensores que ni bajan ni ascienden, la gente que igual espera, hastiada, las banderas colgando con quejas que Elena no podía leer y Rita le contaba. El olor. ¿Olor a qué?, se pregunta Elena. No se acuerda, no puede definirlo. A muerte no, el olor de la muerte es otro, ahora sabe. Como no supo cuando murió su marido. Porque la muerte de su hija fue la verdadera muerte. Olor a enfermedad tal vez. A dolor. Olor a condena, piensa. Porque ahí vieron por primera vez lo que le esperaba. Antes creían saber, pero aquella tarde vieron. Hasta ese momento a Elena apenas se le trababa la marcha. Como cuando alguien quiere arrancar y no se decide. Cuánta gente hay que quiere arrancar y no se decide, pensaba Elena. Pensaba entonces, pero ahora sabe. Sabe lo que sigue, su futuro. Conoce su condena porque la vio. Antes, después de un rato, con poca medicación, arrancaba. Y entonces parecía que todo era casi normal. Como normal es ponerse una campera sin ayuda. Ésa fue la primera señal, que un día Elena ya no pudo ponerse más la manga izquierda de su campera. Quién iba a sospechar que no poder calzarse una manga era tan importante, piensa. Hoy sabe cuánto importa. La derecha sí. Pero la izquierda, por más que su cerebro le ordenara que elevara su brazo en el aire por sobre su hombro, que apuntara con el

codo hacia adelante, que extendiera el brazo hacia atrás con la palma hacia el techo en el agujero de la manga y una vez dentro de su campera se deslizara siguiendo el hueco en la tela para regresar con ella a su posición habitual, el cuerpo no obedecía. El brazo quedaba suspendido en el aire, el codo hacia el frente, la mano buscando en vano el agujero donde entrar y la manga sin ponerse. Porque Ella, la puta, había decidido que ese brazo nunca más se metería en una manga. De ahí la costumbre de Elena de usar capa o mañanita que sus vecinas criticaron y no entendieron sino hasta que la enfermedad se hizo evidente. Otra burla. La capa fue la primera burla, si no se acuerda mal, piensa. Si el brazo no puede meterse en una manga nunca más en lo que me queda de vida, entonces no habrá manga, decidió Elena. Y aunque la criticaran, eso ayudó a que nadie supiera antes de tiempo. Porque hasta bastante después, la enfermedad fue un secreto entre Rita, Elena y el doctor Benegas; Ella permaneció oculta como una amante. Si tenés la suerte de no temblar, le había dicho Rita, para qué andar contando, ¿para dar lástima?, si la gente no te ve temblar nadie va a decir Parkinson, mientras más tarden en ponerle nombre, mejor, mamá. Elena no temblaba, ni tiembla, y en esa reunión en el Hospital de Clínicas se enteraron las dos, ella y Rita, de que lejos de ser una ventaja no temblar aumentaba la pena. Pobre, así que usted no tiembla, dicen que el Parkinson que no tiembla es el peor, el que avanza más rápido, le dijo la señora que tenía sentada al lado y que temblaba como una hoja. Y las dos, Rita y Elena, la escucharon pero no dijeron nada. No hablaron con nadie, ni siquiera entre ellas. Tampoco fue necesario confirmarlo con el doctor Benegas en la consulta siguiente. Sólo miraron aquella tarde. Eso bastó. Miraron a cada una de las personas que tenían a su alrededor, las que temblaban y las que no. Elena no se reconocía en ninguno de ellos. Ella no tenía esos ojos vacíos del señor que contaba al grupo cómo había adaptado su cuarto con sogas y barandas para poder levantarse solo en la noche. Ni movía los dedos en el aire como si estuviera contando dinero o repartiendo cartas de póquer invisibles. Ni babeaba como la señora que lloraba en la primera fila. Ni temblaba como la que le había dicho «pobre». No se vio en ninguno de ellos esa tarde, pero supo cuál era su condena porque vio la Elena que sería.

Aquella fue la última vez que viajó en tren a Buenos Aires, piensa. Entonces no necesitaba mirar por el rabillo porque su cuello todavía no sabía de lo que era capaz el músculo esternocleidomastoideo, ni siquiera su nombre conocía. Si el rey había sido destronado, sólo lo sabían en la corte de su palacio. Ella se mantenía en las sombras. Amante. Y el chasqui llegaba con la levodopa a tiempo a cualquier batalla que se presentara. Pero mucho más importante que todo eso, Elena no estaba sola en aquel otro viaje. Estaba Rita sentada en el tren a su lado, aunque más no fuera para ayudarla a ponerse la manga de la campera y para pelearla. Para darle latigazos de cuero seco y veloz, y luego marchar dos metros delante de ella. Aquella tarde también habían peleado. A Elena le llevó mucho tiempo subir al vagón y Rita se puso nerviosa. Pensó que se iban a quedar abajo, entonces la subió a los empujones. Le puso las dos manos abiertas en el culo y la subió de prepo, se acuerda, casi la tira. Poné voluntad, mamá, le dijo. Y Elena le contestó, no me rompas las pelotas. Porque ella voluntad ponía y pone, si no, no estaría ahora sentada en este otro tren, sola, mirando cómo los árboles se corren unos a otros por el rabillo del ojo. Pero a veces, Elena ahora sabe, la voluntad no alcanza. Rita también lo terminó sabiendo, cree, si es que en aquel lugar adonde fue a parar, aquel donde acabaremos todos, uno por fin sabe. Aunque aquella tarde se hubiera enojado tanto con ella, si yo te rompo las pelotas vos ni te imaginás en el estado en que están las mías, le dijo. Y Elena, que a pesar del músculo

esternocleidomastoideo, de la baba y de la manga que no se deja calzar quiere seguir viviendo, no cree que su hija haya tenido tampoco voluntad de morirse. No puede creerlo. Pero muerta está. No puede haber subido a ese campanario esa tarde de lluvia, no puede haber atado la soga a la campana para luego pasarla por su cuello, no puede haber hecho ese nudo, no puede haber pateado la silla que la sostenía para dejarse colgar con su peso hasta morir. No puede. Ella no habría podido. Y esa tarde llovía. Elena sabe que no fue un accidente como le asegura el inspector Avellaneda. Nunca le creyó a la policía. No de ahora, de años. Pero está sola, y ya no se trata de que le crean sino de que, al menos, alguien la escuche. No la escuchó el juez, ni el comisario. Avellaneda sí, pero un día le dieron la orden de que diera por cerrado el caso y ya no la recibió más en horario de trabajo. Alguna que otra vez en el bar de la esquina de la comisaría cuando dejaba la guardia, una charla no oficial, Elena, le había advertido. Las últimas veces la citó en el ombú de la plaza. Pero hace tiempo que ya ni siquiera se encuentran para que él repita lo mismo de siempre, lo que Elena no cree, que su hija se suicidó. El Padre Juan sí la seguiría recibiendo en la sacristía, pero a ella ya la cansó, no le sirve de nada, porque la escucha como a quien confiesa, y ella no necesita confesión sino respuestas a sus preguntas. El director del colegio parroquial también la recibe, pero sólo la mira, y la escucha, y mueve la cabeza como si estuviera de acuerdo, pero no aporta nada, sólo tiene para decir, esta mañana plantamos un árbol a la memoria de Rita, Elena, y a ella qué le importa un árbol nuevo. Ni las compañeras de trabajo de Rita, ni las vecinas, alguna hasta llora cuando habla con Elena, y le dice, yo la entiendo, no sabe cómo la entiendo, yo tampoco podría, pero quién pide que la entiendan, ella sólo quiere que la escuchen, y que recuerden y que digan lo que sepan, pero nadie sabe nada, nadie sospecha de nadie, nadie se imagina un móvil posible ni conoce enemigos que hubiera tenido su hija. Entonces, como no saben repiten lo que dice la policía, suicidio, su cuerpo sordo está rodeado de otros sordos, piensa, más sordos que sus pies cuando no caminan. Sordos que dicen entenderla aunque no la escuchan, Elena sabe. Roberto Almada la escuchó al principio, y la seguiría escuchando si ella lo dejara, no vengas más, Roberto, le dijo una tarde cuando pasó de regreso del banco y se puso a llorar en su cocina, no es nada con vos, pero no vengas más. La escuchó pero tampoco hizo ni haría nada. Él fue el primero que aceptó la teoría del suicidio, a ella no se lo dijo pero lo leyó en el expediente, dijo que en el último tiempo Rita no estaba bien, que no era la misma, nada la entusiasmaba, se reía poco, ¿y cuándo se rió mucho?, se preguntó Elena cuando leyó la frase transcrita por el oficial del juzgado, y la volvió a leer dos veces más para asegurarse de que eso decía, que no era ella quien se equivocaba, se reía poco. Se reía poco. Qué sabrá él, Elena piensa. Sordos. Ciegos. Aunque puedan marchar, y moverse, y hacer todo lo que a ella le fue negado. Por eso está tratando de llegar a Buenos Aires. En ese tren que una vez más se detiene en una estación intermedia de la que no puede leer el nombre porque las letras se le confunden, inclinadas, en el rabillo de su ojo voluntariamente bizco. Cuenta con los dedos y calcula que debe ser Avellaneda. Como el inspector que sólo la atiende fuera del horario de trabajo, sentado en la raíz curva y retorcida del ombú de la plaza.

Nadie puede conocer tanto de su hija como ella, piensa, porque es madre, o porque fue madre. La maternidad, Elena piensa, garantiza ciertos atributos, una madre conoce a su hijo, una madre sabe, una madre quiere. Así dicen, así será. Ella quiso y quiere aunque no lo haya dicho,

aunque se peleara desde la distancia, aunque discutiera como si lanzara latigazos, y no acariciara ni besara, una madre quiere. ¿Seguirá siendo madre ahora que no tiene hija?, se pregunta. Si la muerta fuera ella, Rita sería huérfana. ¿Qué nombre tiene ella sin su hija? ¿La muerte de Rita puede haber barrido con lo que ella fue? Su enfermedad no pudo, ser madre, Elena sabe, no lo cambia ninguna enfermedad que impida ponerse una campera, ni que detenga la marcha con pies inmóviles, ni que someta a vivir con la cabeza gacha, ¿pero puede la muerte haberse llevado no sólo el cuerpo de Rita sino también la palabra que la nombre a ella?

Elena sabe que a su hija la mataron. No sabe quién ni por qué. No encuentra el móvil de su muerte. No puede verlo. Entonces tiene que aceptar que un juez diga, suicidio. Y que diga suicidio el inspector Avellaneda. Y que lo diga Roberto Almada. Y que lo digan para sí todos los que la miran y callan. Pero llovía, ella es la madre, y llovía. Eso la salva, eso cambia todo, aunque sola no pueda demostrarlo, sola no lo va a lograr porque ya no tiene cuerpo. No ahora que el rey fue derrocado y que Ella manda. Ni con todas las burlas posibles podría llegar a la verdad si no encuentra otro cuerpo que la ayude. Un cuerpo ajeno que trabaje por ella. Que investigue, que pregunte, que marche, que mire de frente, directo a los ojos sin pasar por las propias cejas. Un cuerpo al que ella, Elena, pueda mandar y le obedezca. No el suyo. El de alguien que sienta la necesidad de pagar una deuda. El cuerpo de Isabel. Por eso está subida a ese tren, para que ese otro cuerpo, el de esa mujer que no ve desde hace veinte años, la ayude a buscar la verdad que al suyo se le niega. La verdad que ella no puede ver. Aunque llegar a Buenos Aires le lleve el día entero. Aunque se quede parada a mitad de camino cada vez que una pastilla deje de hacer efecto y entonces no quede otra alternativa que la espera, la suya, ésa en que el tiempo se detiene, otra vez, para contar calles y estaciones, y reyes, y putas, y emperadores sin traje, al revés y al derecho, emperadores, putas, reyes, calles, estaciones.

Allá va, un pie delante del otro, a pesar de que ya nadie pueda devolverle al rey su corona, ni a su hija la vida, ni a ella su hija muerta.

8

El Padre Juan fue desde el principio uno de los menos dispuestos a hablar del tema. Elena se cansó de que el inspector Avellaneda le dijera que todavía no había podido recibirlo. O usted no insiste lo suficiente, o el Padre lo toma de idiota, inspector, ¿no me pedirá que agregue a la lista de sospechosos al cura, Elena?, ya le dije, su obligación es investigar todas las hipótesis posibles. Elena buscó un buen horario, lejos de las dos misas diarias y fuera del tiempo reservado a las confesiones, o a la siesta. Fue a la sacristía y tocó el timbre. El padre salió acomodándose ese cuello que reemplaza lo que alguna vez fue la sotana, seguramente la duración de su siesta se había ido prolongando con el correr de los años y eso hizo que el cálculo de Elena hubiera fallado por algunos minutos. Pase, Elena, dijo, y ella pasó. Cuidado con el escalón, le advirtió pero no fue suficiente, Elena no acertó a pasar el pie por encima de la moldura, la punta de su zapato chocó dos veces contra la madera, y al tercer intento el Padre se acercó a darle la mano para ayudarla a entrar sin caerse. Qué coincidencia, Elena, estaba por llamarla, me vienen pidiendo en el colegio que pongamos una misa por su hija Rita, lo vamos a hacer este domingo en la misa de siete, me gustaría que nos acompañara. Elena hizo el cálculo mentalmente y supo que las siete de la tarde no era buena hora para la frecuencia de sus pastillas, pero asintió con la cabeza. ¿Cómo va llevando el duelo?, le preguntó el Padre Juan, y ella le contestó, no lo llevo todavía, eso no está bien, Elena, hay un tiempo para todo, tiempo de morir, y también tiempo de llorar, yo todavía no tengo tiempo para llorar, Padre, tiene que tener, Elena, lo dice la Biblia, en el Eclesiastés, a usted le está haciendo falta llorar, voy a llorar recién cuando sepa toda la verdad, cuando sepa quién hizo que mi hija terminara ese día como lo terminó. El cura la miró y aunque dudó si Elena estaba preparada para escuchar lo que él tenía para decir, dijo, ese día no tiene más secretos que las razones que Rita se llevó a la tumba, Elena, ese día llovía, Padre, y Rita no se acercaba a la parroquia los días de lluvia, ¿no se dio cuenta en tantos años?, no, no me di cuenta, ¿por qué no iba a acercarse?, porque tenía miedo de que la partiera un rayo, ¡ay, Elena, usted no puede creer eso!, no era yo la que lo creía, era mi hija, pero ese día se acercó, Elena, yo mismo vi el cuerpo cuando me avisaron los chicos de Gómez, los conoce, ¿no?, los hijos del dueño del corralón del otro lado de la avenida, chicos traviesos pero buenos, me ayudan con algunas cosas sencillas del mantenimiento de la parroquia y yo les dejo tocar las campanas que anuncian la misa, se divierten allá arriba, se divertían. El Padre le ofrece un té, Elena no acepta. ¿Quiere que recemos juntos?, no vine a rezar, Padre, vine a buscar la parte de la historia que me falta, hasta ahora lo único que sé es que el cuerpo de mi hija colgaba del campanario de su parroquia, no es mi parroquia, Elena, es la parroquia de todos, de la comunidad, no me explico cómo pudo llegar allí, Padre, usted sabe cómo llegó allí, Elena, no, le aseguro que no sé, es doloroso aceptar la muerte de un ser querido y mucho más en estas circunstancias en que se mezclan las cosas, ¿qué cosas se mezclan, Padre?, el dolor y el enojo, porque nosotros, como cristianos, sabemos que no somos dueños de nuestro cuerpo, que el dueño de nuestro cuerpo es Dios, entonces, uno no puede ir por sobre Él, y justamente porque usted lo sabe es que le cuesta tanto aceptarlo, yo la entiendo, Elena, pero yo no lo entiendo a usted, Padre. El Padre Juan la miró, un poco más allá

de su cabeza gacha vio esos ojos asombrados sin asombro que lo miraban arrastrando la vista sobre las cejas y la frente, que le reclamaban, pero Elena no dijo nada, le mantuvo el silencio, esperó, entonces el cura fue más explícito, la Iglesia condena el suicidio tanto como condena cualquier asesinato, cualquier uso indebido del cuerpo que no es nuestro, lleve el nombre que lleve, suicidio, aborto, eutanasia. Parkinson, dice ella, pero él lo pasa por alto. El Padre se acercó a un aparador, se sirvió té frío de una jarra y bebió, ¿seguro no quiere? Elena tuvo la sensación de que lo hacía sólo para darle tiempo, como un dentista que aplica la anestesia pero cuando va a sacar la muela su paciente grita y entonces sabe que aún tiene que esperar un poco más, que todavía el nervio no puede ignorar el dolor. Elena, usted tiene que estar tranquila, usted, a pesar de las pruebas que el Señor está poniendo en su camino, da muestra permanente de que conserva su fe, ¿mi fe?, ¿quién le dijo que conservo alguna fe, Padre?, ¿quién le dijo que alguna vez la tuve?, usted me lo dice, Elena, con sus actos, ¿lo dice porque no me mato?, ¿lo dice porque con este cuerpo inútil no me cuelgo de su campana?, ¿o porque se me murió mi hija y yo sigo viva?, Elena, por favor, no blasfeme, el cuerpo es un objeto del dominio de Dios y el hombre tiene sobre él únicamente el derecho de uso, yo no tengo derecho de uso sobre mi cuerpo, hace rato, y no fue Dios quien me lo quitó, sino esa puta enfermedad puta, Elena, tranquilícese, maldiciendo no va a solucionar nada, yo le sugiero que rece por el alma de su hija, para que Dios sea misericordioso con ella el día del Juicio Final, no me interesa el día del Juicio Final, padre, me interesa el juicio en la Tierra, quiero que me diga todo lo que sepa para ayudarme a encontrar la verdad hoy, ¿quiere la verdad, Elena?, se la repito entonces, con todas las palabras, y usted escuche, ese día su hija cometió un acto aberrante, se quitó la vida, dispuso de un cuerpo que no era de ella sino de Dios, dijo basta, cuando todo cristiano sabe que no nos está dado ponerle fin a nuestra vida, ésa es la verdad y tenemos que sentir piedad por ella, llovía, Padre, no insista con la lluvia o voy a concluir que está cometiendo pecado de soberbia, Elena, ¿qué dice que cometo?, vanidad y soberbia, pensar que todo lo sabe, pensar que las cosas son como usted dice cuando la realidad muestra otra cosa, ¿y no es lo que usted y su iglesia enseñan todo el tiempo?, nosotros enseñamos la palabra de Dios, vanidad de vanidades es arrogarse la palabra de Dios, Padre, todo es vanidad. Elena se levantó con dificultad, tuvo que hacer tres intentos antes de lograrlo, pero lo logró sin ayuda, y avanzó hacia la puerta. El Padre Juan la miró marchar, se compadeció de ella y se persignó en silencio, siguiendo con la mirada su espalda encorvada que se alejaba con pasos arrastrados. Cuando llegó a la puerta Elena levantó un pie para esquivar el escalón de la entrada, pero la altura que logró no fue suficiente. El Padre Juan entonces la siguió, y a pesar de ella, la ayudó. Elena quedó de un lado de la puerta y él del otro. ¿No tiene nadie que le lustre los zapatos, Padre?, dijo, y el cura miró sus mocasines negros que hacía tiempo no recibían pomada, pídale a los chicos esos que se ocupan del mantenimiento de su iglesia, sus zapatos también son su iglesia, Padre. Elena dio dos pasos y el Padre Juan estuvo a punto de cerrar la puerta pero antes dijo, ay, Elena, Elena, me olvido de que usted es una madre. Ella no lo mira pero se detiene y dice, ¿soy una madre, Padre?, ¿por qué lo duda?, ¿qué nombre tienen las mujeres a las que se les murió un hijo?, no soy viuda, no soy huérfana, ¿qué soy? Elena lo espera en silencio, frente a él pero de espaldas, y antes de que responda dice, mejor no me ponga un nombre, Padre, tal vez si usted o su iglesia encuentran una palabra para nombrarme, después se arroguen el derecho de decirme cómo tengo que ser, cómo tengo que vivir. O morir. Mejor no, dice y empieza a dar un paso. Madre, Elena, usted sigue siendo eso, usted siempre será eso. Amén, dice ella y se va

sabiendo que no va a volver.

II

MEDIODÍA

(tercera pastilla)

1

El tren llega a Plaza Constitución. Elena espera que todos los pasajeros abandonen el vagón y sólo después lo intenta ella. Se desliza sobre el asiento de cuerina que recién descubre roto, se arrastra desde la ventana hacia el pasillo. El camino inverso al que ya hizo. El cierre de la pollera se le engancha en la gomaespuma que aflora de un tajo antiguo. Tira y logra soltarse. Se apoya en el apoyabrazos y se levanta. Se alegra de que todavía haya levodopa en su cuerpo. Mira el reloj, faltan más de dos horas para la próxima pastilla. Cuelga su cartera del hombro pero la apoya sobre su vientre y cruza sus brazos sobre ella; aunque hace tiempo que no viaja en tren sabe que no se puede andar alegremente por un andén de Constitución con la cartera colgando del hombro. Sabe que ella es una presa fácil para quien quiera sacarle algo y salir corriendo. Aunque buen chasco se llevaría el ladrón, Elena sabe, si apenas tiene en la cartera dinero para el viaje. Pero lleva el documento y las pastillas, el pañuelo, las llaves de su casa, un cartón con jugo y un sándwich de queso. El equipaje que necesita para ese viaje. Por eso cruza su cartera sobre el vientre y la aprieta, porque si pierde lo que lleva en un rato ya no podrá andar. Va hacia la puerta del vagón y sale al andén; camina, detrás de la muchedumbre que se agolpa como en la boca de un embudo para luego dividirse en improvisadas filas donde mostrar sus boletos. Un hombre se acerca y dice, ¿necesita que la ayude, abuela?, abuela un carajo, piensa, pero no dice nada, lo mira y sigue, como si además fuera sorda. Sorda como sus pies cuando no responden. Sorda como quienes no quieren escuchar que aquella tarde llovía. Un hombre que no debe tener más de diez años menos que ella. A lo mejor ni cinco. Pero que no tiene el cuerpo achicharrado como el suyo, entonces, porque no sabe como sabe Elena, se siente mucho más joven, se siente con derecho. El hombre mira su cuerpo y dice, abuela. Podría serlo a sus sesenta y tres años, pero no en el sentido desvalido en que lo usó el hombre que quiso ayudarla. A ella le hubiera gustado ser abuela, pero nunca pudo imaginarse a Rita madre. Siempre la imaginó estéril. Tal vez porque tardó tanto en menstruar, casi a los quince, la última de su clase en ser «señorita». Y siempre muy irregular, siempre poco, reglas amarretas tenés vos, Rita, mejor, mamá, menos tiempo sucia. Rita nunca manchó una sábana, nunca un dolor que le impidiera hacer la vida de todos los días. Como si su menstruación no tuviera la contundencia necesaria. Como si fuera un simulacro, apenas lo suficiente para que nadie se pregunte por qué no. En cambio Elena sí, ella siempre tuvo reglas abundantes, generosas, de esas que no dejan dudas de que todo, ahí dentro, funciona. Todavía se acuerda del día en que manchó la butaca del cine donde habían ido una tarde cuando Rita tenía diez o doce años, levántate, hija, y salí rápido, levántate ya mismo, pero Rita se tomó su tiempo, tenía que juntar sus golosinas, ponerse los zapatos, dije que te apures y salgas, volvió a decir Elena, esperá, mamá, ¿qué apuro hay?, este apuro, le contestó, y le dio vuelta la cara para que mirara la mancha sobre la butaca de pana marrón, entonces Rita se apuró, salió casi corriendo de ese cine, llorando, pero sin dejar de mirar hacia atrás para saber si alguien más veía la mancha de su madre. Que su vientre funcionaba estaba claro, pero del de su hija siempre tuvo dudas. Si Rita no era capaz de manchar como ella, Elena no podía estar segura. Cerca de los veinte años la llevó a consultar al doctor Benegas; ya no tenía edad para pediatra así que la llevó

al médico de Elena de toda la vida, que también había sido médico de la madre de Elena. Y de sus tías. De casi todo el barrio. El mismo que años después les enseñaría lo que es la levodopa, la sustancia negra, el esternocleidomastoideo, el Parkinson. Pero en aquel entonces, cuando esas palabras no existían porque nadie las había nombrado, el doctor Benegas le indicó un estudio que permitiera comprobar si su hija tenía útero, quien le dice nos llevamos una sorpresa, Elena, y ésta es una vaina sin semilla que no nos puede cumplir la posta para la que vino al mundo. En esa época no existían las ecografías de hoy donde se puede ver como en el cine lo que hay detrás de la piel y la carne. Antes, para ver, había que entrar de alguna manera, meterse dentro del cuerpo. Rita y Elena llegaron juntas al consultorio. Benegas las esperaba con dos asistentes. El día anterior Rita había tenido que hacer ayuno, lo último que había podido comer era jalea de membrillo y dos galletas sin gusto a nada. Y en las últimas seis horas ni siquiera agua. Tenía hambre, pero de sólo pensar en la jalea le daban arcadas. La pusieron en una camilla y trajeron un aparato del que Rita nunca supo el nombre pero idéntico a un inflador de pelota número cinco. Sólo que el pico se lo pusieron a ella. Lo clavaron en su vientre e inflaron. Una, dos, tres, diez veces. Rita lloraba. No podés decir que eso te duele, Rita, le dijo el doctor Benegas. Y ella no contestó, sino su madre, claro que no le duele, doctor, lo hace para hacernos sentir mal a nosotros. Cuando la panza de Rita estuvo lo suficientemente inflada levantaron la camilla, los pies hacia el techo y la cabeza hacia abajo, dibujando una diagonal con el piso de mosaico gris. Y la estudiaron. Rita no sabe cómo porque cerró los ojos. Elena tampoco porque el doctor Benegas la hizo salir, se peleaban tanto madre e hija que el estudio peligraba. Paró de llorar, Rita, que si te ponés así por un estudio mejor que no puedas tener hijos en serio, si supieras lo que duele, ¿no, doctor?, ah, yo no sé cuánto duele, dijo Benegas y se rieron juntos, junto a su hija inclinada a cuarenta y cinco grados respecto del suelo, inflada de aire. Por la posición de la camilla las lágrimas de Rita hacían el recorrido inverso al llanto habitual, desde el lagrimal recorrían la curva del párpado superior, dibujaban el arco de la cejas y en la punta de ese arco lo abandonaban para correr por su frente y desaparecer dentro del flequillo. Rita sintió que alguien le rozaba la mano debajo de la sábana y luego la tomaba, fuerte, una mano fuerte apretando la suya. Abrió un instante los ojos y vio parado de ese lado, junto a la camilla, a uno de los asistentes del doctor Benegas. Cuando ella abrió los ojos él la estaba mirando. El asistente, al ver los ojos de Rita clavados en los suyos, hizo un movimiento, no la apretó más fuerte, sólo un movimiento, como si le acariciara la mano y le sonrió. Rita apretó los ojos más que antes y apartó la mano de la de él corriéndola junto a su cuerpo. Esperó, dura, tensa, pero nadie vino por su mano. Un rato después sintió que tiraban del pico clavado en su cuerpo y abrió los ojos, ya no había nadie de ese lado. No te pongas tan dura que te va a costar sacar el aire que te metimos, le dijo el doctor Benegas mientras apretaba la panza de Rita para que saliera el gas con el que la habían inflado. Y entonces todo se acabó, la bajaron, le enseñaron a apretarse la panza para sacarse el aire sobrante, si no dejás que lo hagamos nosotros lo vas a tener que hacer vos, y la mandaron a casa. Tiene útero, quédese tranquila, le dijo el médico a Elena mientras las despedía en la sala de espera.

A Elena le hubiera gustado ser abuela. Si fuera, hoy no estaría sola caminando por esos pasillos en una terminal de tren que huele a fritanga, haciendo el recorrido que cree que la llevará a encontrar un cuerpo que la ayude. Porque si tuviera un nieto le estaría hablando de Rita, contándole cómo era ella cuando tenía su edad, cómo era antes. Y él le preguntaría, y ella

inventaría anécdotas, adornaría las que recuerda, inventaría la hija que Rita no fue, todo para él, para ese chico, el que le daría un nombre, abuela, aunque Rita estuviera muerta, y entonces el olor a fritanga desaparecería. Pero no desaparece, se le mete por la nariz y la recorre, recorre su cuerpo doblado, se le pega a la ropa, la toma toda, entera, mientras ella se arrastra. Los altoparlantes anuncian un nuevo tren con atraso, la gente a su alrededor protesta, silba, y Elena está ahí, en medio de los silbidos, sin nieto y sin hija. Todavía no decidió si una vez que abandone la estación ferroviaria va a viajar en subte o en taxi. Dependerá de cómo se sienta cuando termine de andar ese pasillo. Porque son las once y ése no es tiempo de otra pastilla, la próxima será recién pasado el mediodía, un rato después de comer algo que asegure que la medicación va a ser asimilada como debe serlo, algo que no tenga demasiadas proteínas, el doctor Benegas le prohibió las proteínas en el almuerzo, algo como el sándwich de queso que lleva en la cartera. Se coloca en una de las filas y se deja llevar por el resto de la gente. Se imagina que así debe ser en las canchas de fútbol cuando se juega un clásico. Nunca fue a una cancha. Rita tampoco. A lo mejor, si tuviera un nieto, iría. Avanza como puede. Vamos, vamos, apuren, dice el que pide los boletos. Y la gente avanza, empujándose uno al otro sin que a nadie le parezca raro ni el roce ni la fuerza de quien no conoce más que por compartir el mismo camino estrecho. Es el turno de Elena, parada junto al hombre que pide los boletos mete la mano en el bolsillo del saco y busca el suyo, hurga, mueve los dedos dentro del hueco de tela, llega hasta el fondo, sube vacía, la fila no se alarga detrás de ella porque ya no queda nadie por pasar, pero otro tren está entrando en la estación y pronto el lugar se llenará otra vez de personas apuradas, ansiosas por pasar por encima de ella o de quien fuera necesario con tal de llegar antes vaya ella a saber dónde, está bien, pase, le dice el guarda antes de que encuentre el boleto y la apura, pero ella sigue buscando, pase señora, pase, insiste. Elena lo mira sin levantar la cabeza, como ella sabe, o puede, estira los globos oculares hacia arriba y lo mira al ras de su frente, por entre las cejas. Le duelen los párpados y las mejillas, pero lo mira, mientras saca la mano del bolsillo y le extiende el boleto para que él también vea.

2

El inspector Avellaneda es otro que nunca quiso ver, Elena piensa. Usted le pone voluntad pero le faltan anteojos, inspector. Benito Avellaneda aceptó la crítica con la misma resignación con que había aceptado la tarea a la que fue asignado bajo precisas indicaciones: atender a la madre de la occisa, escucharla, pero aclararle siempre y en cada encuentro que para la policía y la justicia el caso estaba cerrado, suicidio. Si es necesario ofrézcale asistencia psicológica, Avellaneda, le dijo el comisario, pero Avellaneda nunca se atrevió, para él, una madre, propia o de otro, es sagrada, y no se la podía maltratar de esa manera. Avellaneda no es ni era inspector, nunca pasó de cabo, su responsabilidad de atender a Elena fue su castigo, una especie de probation clandestina dentro de los cuadros de la policía luego de haber sido descubierto en el tesoro de la sucursal del Banco Provincia de Glew, donde había sido asignado a tareas de custodia de traslado de efectivo, con el pantalón abollado a la altura de los tobillos y el pene entre las manos apuntando en dirección a la empleada bancaria que lo esperaba semidesnuda contra las cajas de seguridad. Jódase, Avellaneda, la próxima vez sea más discreto, le dijo su superior y lo asignó a tareas de oficina. Asentar cambios de domicilio, recibir quejas por ruidos molestos, redactar denuncias de robos de coches, derivar denuncias de maltratos al personal correspondiente, contravenciones, certificados de buena conducta, y no mucho más hasta que apareció el caso de Elena, o de Rita, o de ambas, hágase llamar inspector, cabo, tiene mi permiso, le indicó el comisario, así la mujer siente que estamos en el tema, que le damos importancia, la viejita me da pena, Avellaneda, a usted también le va a dar, pero tiene que ser fuerte, el tema está cerrado aunque ella le quiera seguir dando vueltas al asunto y no se resigne, bastante hacemos, ¿no le parece?, que un hombre de nuestra fuerza la atienda no será para cumplir con ningún deber sino por estrictas cuestiones humanitarias.

Encontrarse con Avellaneda los lunes, miércoles y viernes se convirtió muy pronto en la rutina más esperada dentro de las múltiples rutinas de Elena. A las diez en punto llegaba a la comisaría y lo esperaba. Demasiado impuntual para ser policía, inspector Avellaneda, va a llegar siempre tarde a la escena del crimen, será por eso que no me ascienden, señora, le contestó y se puso colorado porque se acordó de la bóveda del tesoro de Glew donde había firmado su final de carrera y no precisamente por llegar tarde. A Avellaneda le sobraban kilos o se le había encogido el saco, porque aunque hubiera querido jamás podría haberse abrochado el blazer azul con escudo de la Policía de la Provincia que llevaba puesto. Los cuellos de todas sus camisas estaban gastados. Si Elena los hubiese visto le habría ofrecido dárselos vuelta como hacía con los cuellos de las camisas de su marido, pero su posibilidad de visión, sentada en el escritorio frente a él, no sobrepasaba el segundo botón desabrochado. Al principio Avellaneda se sentía incómodo con la mirada de esa mujer clavada en su barriga, hasta que se dio cuenta de que no era algo personal, que por más que quisiera Elena no podía mirar más alto que eso, así que a medida que avanzaban los encuentros aprendió a meter la panza para dentro, a aguantar la respiración, o a agacharse

frente a ella para quedar con sus cabezas a la misma altura y poder mirarla a la cara, tanto, que esos días terminaba con dolor de espalda.

En los primeros encuentros Elena iba a pedir explicaciones, preguntaba por los avances de la investigación, exigía respuestas a preguntas que nadie se había hecho. Ella no fue a matarse, inspector, la sogá estaba en la iglesia, la silla donde se paró era de la iglesia, ella no lo planeó, alguien lo hizo por ella. Y Avellaneda se la quedaba mirando como quien mira a una tía que ve cada tanto, a la que le sigue la conversación casi sin escucharla, con el solo objetivo de hacerle pasar bien el rato. Al principio discutían, es que para la justicia y la policía no hay dudas de que fue un suicidio, señora, decía el cabo Avellaneda, pero si llovía, inspector, respondía ella, y Avellaneda se quedaba sin palabras porque sí llovía aunque eso no tuviera para él y los suyos la menor importancia. Pronto Avellaneda aprendió a responder, sí, señora, llovía, sin discutir la lluvia, pero tampoco haciendo nada de lo que Elena hubiera esperado. Para que pasara el tiempo asignado a la entrevista él mismo le leía hojas del expediente, a veces se equivocaba y leía como novedades hojas que ya habían discutido semanas atrás. A Elena le llevó poco tiempo darse cuenta de que no podía haber avances porque ni siquiera había investigación. Entonces ella misma empezó a llevarle datos para investigar. La agenda de Rita que nadie le pidió, su libreta de teléfonos, los nombres de todas las personas que conocía su hija en una lista hecha a mano con su letra trabada por la enfermedad, si no entiende lo que dice me pregunta, inspector, entiendo, señora, no se preocupe, le respondió el cabo mientras sostenía en la mano el papel que Elena le daba y se preguntaba en silencio cuánto tiempo le habría llevado a esa mujer pintar esas letras azules atravesadas, retorcidas, sobre la hoja Rivadavia rayada. Una lista de los últimos lugares donde había estado los días anteriores a su muerte. En la casa de Roberto Almada, en el colegio parroquial, en el supermercado, en la peluquería de la madre de Roberto, en las oficinas de la obra social donde seguía reclamando un reintegro por un estudio renal que se había hecho Elena hacía más de dos meses y que todavía no le autorizaban, a ver si dejás de oler a pis de una vez, mamá. En el consultorio del doctor Benegas, dijo Avellaneda, ¿cuándo estuvo mi hija en el consultorio del doctor Benegas?, dos días antes de su muerte, ¿no sabía?, no, no me dijo, no le dijo pero estuvo, Elena, pero si ella no estaba enferma, no fue por ella, fue por usted, yo no tenía turno con Benegas, a hablar de usted fue, Elena, inspector, usted no estará desconfiando del doctor Benegas, ¿o sí?, no, claro que no, dijo el cabo, sólo le digo que a esa lista de lugares donde su hija estuvo antes de su muerte tiene que agregarle que estuvo con el doctor Benegas si quiere que esté completa, claro que quiero, inspector, a lo mejor, algo de lo que habló, algo de lo que le dijo el médico, usted sí está desconfiando del doctor Benegas, inspector, usted no me engaña, no, Elena, sólo le digo que su hija también estuvo ahí, si quiere lo toma, si no, lo deja, usted lo toma, inspector, usted es el que tiene que investigar, ése es su deber, yo soy la madre, como le parezca, Elena, contestó el cabo pero no pareció tener voluntad de agregar nada a la lista. Entonces Elena le sacó el papel de la mano, se estiró hasta la otra punta del escritorio para agarrar una birome olvidada en una latita de gaseosa decorada con plasticolas de colores, y escribió debajo de su lista de garabatos, consultorio del doctor Benegas. Luego le devolvió la lista al cabo, tome, inspector, dijo, haga su trabajo, y hágalo bien.

3

Elena se decide por un taxi; atraviesa el hall central de Plaza Constitución adivinando obstáculos. Como una nadadora obligada a mirar el fondo de una pileta, trata de respetar el andarivel que ella misma se traza, y avanza. Pero los demás no entienden de andariveles y se le cruzan, desde cualquier dirección, hacia cualquier dirección. Los atentos la esquivan, los que no lo son, la empujan. Ella sigue, como si no existieran, como siente que ella no existe para ellos. Pero existen, avanzan, se alejan, pares de pies unos junto a otros yendo y viniendo. Y Elena en el andarivel que sólo ella conoce y respeta. Alguien la empuja y le pide disculpas sin esperar respuesta. Otro la esquivo pero la mochila que lleva sobre su hombro la golpea en el suyo con brutalidad e irreverencia. Muchos pies forman un círculo imperfecto a dos metros de su marcha. Palos que deben sostener estandartes, o banderas o carteles. Palos que sostienen quejas. Sueldos que no se pagan, despidos, vendedores ambulantes que no quieren ser echados, a Elena no le importa, ella también lleva el palo con su queja aunque nadie lo vea. Alguien que grita por un megáfono, y el círculo aplaude. Alguien que habla de Dios, de algún dios, y del Hijo de Dios. Otra larga cola de zapatos, zapatos que calzan a quienes van a reclamar un papel que confirme que el tren en el que viajaron, otra vez, llegó tarde, y así no le descuenten el día en sus trabajos. Taxi mejor que subte, piensa, mientras rodea el círculo imperfecto de zapatos que ahora aplauden y viven a la voz del micrófono, o a Dios, o a su Hijo. Taxi mejor que subte. No porque el subte sólo la lleve a Carranza y de ahí le queden aún diez cuadras, como le dijeron en la remisería de la esquina de su casa. Taxi mejor que subte porque en media hora no podrá levantarse del asiento, cualquier asiento, el que sea donde haya dejado caer su cuerpo. Y no quiere que eso le pase en el túnel de un subte. A pesar de que hace tiempo, años, que no sube a uno se acuerda muy bien, entonces elige taxi. Recuerda haber visto los trenes vacíos desaparecer en el hueco de la terminal de subterráneos, mientras en la plataforma inversa reaparecía otro tren dispuesto a hacer el camino inverso. No sabe si era el mismo. Nunca antes le había importado, pero ahora puede que se siente y no consiga pararse cuando lo necesite, entonces le importa. Sabe que el tren tragado por el hueco necesariamente saldrá porque si no ese espacio se llenaría de coches y ya no cabrían, ¿pero cuándo? ¿Esa misma tarde? ¿Ese mismo día? ¿Antes de que la próxima pastilla empiece a hacer efecto? ¿O después? El tiempo de Elena no es como el tiempo de los trenes que andan bajo tierra de una terminal a la otra. No tiene cronogramas ni horarios acordados que deban ser cumplidos. Su tiempo se cuenta en pastillas. Esas pastillas de distintos colores que lleva en la cartera, en un pastillero de bronce con varios compartimentos que le regaló Rita para su último cumpleaños. Para que no hagas lío, le dijo, y lo dejó sobre la mesa. No estaba envuelto sino metido en una bolsa de plástico blanca casi transparente, sin nombre, como las que dan en los supermercados, pero más débil y sin estampa. ¿Y la velita?, preguntó Elena. Entonces Rita buscó en el último cajón del aparador de la cocina hasta encontrar una vela usada, de las muchas que guardaban por si se cortaba la luz, chorreada de cera, sucia de mugre acumulada en tanto tiempo perdida en un cajón donde iba a parar de todo, enclenque, quebrada al medio pero sostenida por la mecha interna. Le acomodó la punta de la mecha quemada, le raspó la dureza

con las yemas de sus dedos y la encendió, la acercó a Elena y le dijo, soplá. Y Elena sopló, torciendo la cabeza de costado para que el soplo llegara, llevando los labios de lado como en la seña del siete de velo, babeando sobre la mesa de fórmica, será posible que nunca tengas a mano el pañuelo, mamá. La llama de la vela apenas se movió, soplá otra vez, mamá, y Elena otra vez llevó los labios de lado, trató de inflar las mejillas y juntar más aire en la boca, de apuntar directo al blanco, de estirar el cuello torcido hacia la vela un poco más, y hubiera soplado, si no fuera que en ese momento una gota de cera derretida cayó sobre la mano de Rita esta vez sí la habría apagado, puta mierda, dijo su hija, agitó la vela en el aire, una, dos, tres veces, hasta que se apagó, y Elena tuvo que tragarse el aire.

Si ella no pudiera levantarse cuando tuviera que bajar del coche, desaparecería dentro de ese túnel negro donde no sabe qué pasa y, lo que es peor, donde Elena no sabe cómo se mide el tiempo. Ese otro tiempo tan distinto del que mide ella sin agujas. Como el limbo, piensa, un lugar eterno de donde nunca se sale ni para ir al cielo ni para ir al infierno. O el cielo o el infierno, pero eso de quedarse a mitad de camino, siempre le pareció la peor alternativa. Limbo o purgatorio, se pregunta; ya no se acuerda de la diferencia entre limbo y purgatorio, aunque sabe que la hay y que ella, en algún tiempo, la sabía. Se pregunta si hoy, yendo de camino a la casa de Isabel Mansilla a hablar de su hija muerta, tiene importancia no acordarse. Le da risa la palabra purgatorio porque ella se purga, todos los días, su cuerpo es un purgatorio que camina, que a veces, a ratos, camina. Se purga con laxantes desde que Ella convirtió a sus intestinos en perezosos. No es que funcionen mal, le dijo el doctor Benegas cuando se quejó de los tantos días que pasaban sin que ella fuera al baño, los intestinos de los que padecen Parkinson se ponen perezosos, Elena, nada que no se pueda solucionar con una compota de ciruela todas las mañanas o con un buen plato de acelga al mediodía. Purgas. Por eso, y aunque duda de que exista alguno de los tres, ni cielo, ni infierno, ni purgatorio, elige un taxi. Sale del edificio y busca la parada. Pregunta en un puesto de diarios. ¿Usted para dónde va?, le pregunta el diariero y Elena se da cuenta de que ni siquiera viendo, el hombre entiende. Porque no importa cuál sea la parada que tiene mejor orientación de acuerdo con el destino que Elena lleva. Lo que importa es que sea la más cercana. La posible mientras su cuerpo todavía responda con sus pasos arrastrados. Mientras no se apague y la deje sola, detenida en esa ciudad ajena. Sola, sin cuerpo. ¿Se puede ser algo sin cuerpo que obedezca?, Elena piensa mientras arrastra los pies hacia el lugar que le indicó el diariero. ¿Qué es uno cuando no es su brazo que no se mueve para calzarse una campera, ni su pierna que no se eleva en el aire dispuesta a dar un paso, ni su cuello que no se yergue impidiéndole andar de cara al mundo? Si uno no tiene un rostro para enfrentar el mundo, ¿qué es? ¿Uno es el cerebro, que no puede mandar a nadie pero sigue pensando? ¿O es el pensamiento mismo, algo que no se puede ver ni tocar fuera de ese órgano rugoso guardado dentro del cráneo como un tesoro? Elena no se plantea que uno sin cuerpo sea el alma, porque no cree ni en el alma ni en la vida eterna. Aunque nunca se haya atrevido a contárselo a nadie. Apenas sí se lo dijo a ella misma, cuando ya no pudo mentirse más. Porque Antonio, su marido, era un católico practicante, y no la habría entendido. Además de no entenderla le habría dado un disgusto, tantos años trabajando en el colegio parroquial, no sólo como celador y portero sino como catequista, y venirse a enterar de que su mujer, la madre de su hija, no creía en el alma ni en la vida eterna. Insensata, ahora sabe Elena, porque así la llamó el Padre Juan el día del velorio de su hija, ella o cualquiera que se quedara viendo la muerte como si después de la vida en esta Tierra no existiera

nada. Tal vez por eso el compromiso con la fe católica de Rita haya sido tan ambivalente, casi esquivo. Porque la educó un católico ferviente, y una que mentía serlo. Por eso Rita llevaba una cruz colgando del cuello pero se atrevía a faltar a misa cuando llovía, porque le tenía más miedo a los rayos que a la doble falta que cometía, mentir y no ir a misa. Y no confesaba todos sus pecados sino algunos. Ni rezaba todas las noche, hay días que no se Lo merece, decía. Pero visitaba siete iglesias todos los Viernes Santos, y hacía ayuno y abstinencia no sólo el viernes de Semana Santa sino también el jueves, el Miércoles de ceniza, y todos los viernes de la Cuaresma. Estrenaba una bombacha rosa todas las Navidades aunque bien supiera que eso poco podía tener que ver con los preceptos de la iglesia y los Evangelios, y le regalaba otra a Elena, que ella siempre terminaba cambiando por una negra, ¿cómo se te ocurre que yo puedo ponerme una bombacha rosa, Rita?, ¿qué problema te hacés, si nadie más que yo te la va a ver, mamá? No entraba en la iglesia con los hombros descubiertos. No mordía la hostia. Hacía ayuno de una hora antes de comulgar. Llegaba a misa siempre antes de que empezara el credo para que le valiera. Se persignaba cada vez que pasaba frente a una iglesia. Como si su religión se basara más en la tradición, en lo que el folklore y la gente fue instituyendo como rito, que en el dogma o en la fe. Rita, a su manera, tuvo Dios, un Dios propio al que ella fue armando como un rompecabezas con sus propias reglas. Su Dios y su dogma. Elena no. ¿Por qué entonces le quedan dentro esas palabras que no son su rezo? ¿Por qué le siguen apareciendo el cielo y el infierno? ¿Por qué aparecen la resurrección, el credo, el pésame Dios mío y me arrepiento, la penitencia, el pecado, y en el nombre del Padre? Palabras sí, pero ni Dios ni dogma. Ni cuerpo ahora, piensa, y cuando lo hace piensa en ella, pero también en Rita, enterrada bajo tierra. Dos cuerpos muertos. El suyo, y ese otro que alguna vez estuvo dentro de ella, alimentándose de ella, respirando el aire que ella respiraba, y que ahora volvió al barro que somos, como pide el Evangelio. El cuerpo de su hija. Ojalá pudiera creer en el alma y en la vida eterna, y que fuimos barro y al barro volveremos, piensa, pero sabe, Elena, que el único barro al que volvemos una y otra vez es ése que descubre en sus zapatos mientras se sube al taxi y dice derecho por 9 de Julio hasta Libertador, y por Libertador hasta que se convierte en Figueroa Alcorta y entonces derecho hasta el Planetario, y ahí a la izquierda hasta el Monumento a los Españoles, y otra vez por Libertador hasta Olleros, y aunque no dice una dirección exacta el taxista sabe dónde ir, o al menos le alcanza, porque sin hacer preguntas se mueve, casi tan torpe como ella, atravesando con su cuerpo el asiento de lado a lado para encender el reloj que marca la tarifa, y acomodar algo en la guantera. Elena sabe aunque no pueda verlo porque lo oye moverse y porque el lugar que ella ocupa se oscurece repentinamente como si una nube hubiera tapado el sol que antes entraba por el parabrisas delantero. El hombre vuelve a su lugar y se dispone a arrancar pero se detiene, a tiempo, porque ve por el espejo que la puerta trasera sigue abierta. Elena termina de acomodar la cartera cruzada sobre su vientre, pero todavía no cierra la puerta. Apenas entró una de las dos piernas con la que arruga una alfombra de papel del lavadero donde el hombre lavó su taxi, la otra no entra, todavía no puede, apunta con la rodilla hacia fuera, el pie se mantiene en el aire esperando que Elena lo pueda acomodar en el piso empujando con sus dos manos. El hombre se impacienta, ¿la ayudo?, no hace falta, dice Elena, y usando de apoyo la pierna que ya está dentro, hace entrar la otra, girándola en ángulo recto como si fuera una barrera y luego hace fuerza sobre el muslo hacia abajo hasta que el pie pisa. Recién entonces sabe que lo ha logrado. ¿Estamos?, dice el taxista, y ella se estira un poco más, se agarra de la manija, tira la puerta hacia su cuerpo con fuerza, como

si fuera la soga de la que se vale cada mañana para levantarse. Estamos, dice Elena, ahora sí. Se imagina al taxista mirándola por el espejo retrovisor, mirando la raya de su pelo sembrada de canas, las pequeñas manchas de caspa de las que Rita se quejaba al ver asomar junto a la raíz, usá el anticaspa, mamá. Por pudor intenta hacer un esfuerzo por levantar la cabeza y mirarlo. Pero su tiempo, el tiempo de Elena, se detuvo. Ya no hay resto de levodopa que la ayude a moverla. Nada, Elena sabe. Sabe que viene la espera, unos minutos hasta que le toque la próxima pastilla y luego el tiempo necesario para que la droga se disuelva y recorra su cuerpo. Su espera, ese tiempo que se mide sin agujas, el que ella usa para decir su rezo, el que a ella le sirve porque la acompaña. El rezo en que aparecen Ella, y el chasqui, el rey derrocado y el emperador sin traje, las calles que separan su casa de la estación y las otras que están por venir, las estaciones del ferrocarril que acaba de dejar, la levodopa y la dopamina, el músculo y otra vez Ella, el rey, el rey sin corona, desnudo.

El auto se mueve, y Elena agradece que alguien lo haga por ella.

4

Agregue a la lista a las dos empleadas de la medicina prepaga, inspector Avellaneda. ¿Le parece, Elena?, le contestó el cabo sentado junto a ella en la raíz más curva del ombú de la plaza. Eran los días en que ya no se encontraban en la comisaría. Hicimos más de lo humanamente posible por esa mujer, Avellaneda, y la gente del barrio empieza a comentar, le había dicho el comisario unos días antes, ¿qué cosa comentan, comisario?, que le sacamos plata, Avellaneda, hijos de puta, ¿cómo se les ocurre que podemos hacer eso con una vieja?, así son. Pero el cabo no se atrevió a decirle que no viniera más. Por ella, pero también por él. A esa altura atender a Elena se había convertido en la tarea que más esperaba, una de esas actividades que alguien incorpora a su pesar y pronto se convierte en parte de la vida, en la vida misma. Avellaneda esperaba cada visita con un entusiasmo que lo sorprendía dado lo poco que podía hacer por esa mujer. Inventó una excusa, me están pintando la oficina, ya va a ver cómo me la dejan, Elena. Y Elena no le creyó, pero igual fue a la plaza, y habló con él como si le creyera. Rita trataba muy mal a las chicas de la prepaga, insistió, bueno, Elena, no parece un móvil suficiente, mal en serio le digo, ¿me entiende?, mal, mal, inspector, la entiendo, pero uno no anda matando a cada persona que lo trata mal, si no, cuántos quedaríamos en este mundo, o quedarían, yo tendría que matar a más de un patrón que tuve, no en la policía, en la construcción, yo antes trabajaba en la construcción, Elena, ¿nunca le conté?, no, nunca me dijo, y a mi hermano, primero a mi hermano y después a mis patronos, mi hermano tendría que matar a su suegro, mi cuñada a mi madre, soltero y todo ni yo sé si quedaría vivo, dijo el cabo, usted sí, inspector, corrigió Elena, usted parece buena persona, no se fíe de las apariencias, Elena, mire que el uniforme ayuda, no sea modesto, inspector, se ríe Elena, mire si el uniforme lo va a ayudar, usted, Elena, usted sí que es buena persona. Pero Elena negó con la cabeza, dice eso porque no me vio pelear con Rita, la agrego a la lista a usted, entonces, dijo el cabo haciendo un chiste que en el mismo momento en que salía de su boca juzgó tonto e inoportuno, por qué no, inspector, le contestó ella, usted tiene que investigarnos a todos, me daría una alegría si lo hiciera, aunque empezara por mí.

La relación con las empleadas de la prepaga empeoró a medida que empeoraba la enfermedad de Elena y, con ella, aumentaban los gastos que tenían que rembolsar. Ejemplos para ilustrar el maltrato era lo que a Elena le sobraba. El evidente maltrato de su hija hacia ellas, o el que le devolvían, el maltrato disfrazado detrás de una suave voz entrenada especialmente en las oficinas de la casa central de la empresa de medicina prepaga. El tono de voz no ayudaba, Rita siempre se llevó mal con las personas que hablan bajo, me dan miedo, mamá. Que se había excedido en el cupo de kinesiología, que la receta decía por quinientos y la prepaga autorizaba por trescientos. ¿Trescientos qué?, comprimidos. Que el genérico que le indicó el médico de cartilla no concuerda con la medicación que le pide, que ese tratamiento no lo cubre el plan que paga Rita religiosamente para las dos desde hace veinte años, ¿no intentó con el PAMI? Con el PAMI no intentaron, el PAMI era mala palabra para las dos después de que esperaron más de

una hora a que una de sus ambulancias viniera a auxiliar a Antonio que se moría de un infarto, tirado en la cocina de la casa donde ahora sólo vive Elena, para que finalmente llegara cinco minutos después de que había muerto. La sirena sonaba en la calle, cada vez más cerca de su casa, pero Elena sabía que ya no serviría de nada. Sí intentaron en el antiguo Instituto del Lisiado, al que madre e hija seguían llamando por su viejo nombre, a pesar de que desde hace años lleva otro que en su extensión intenta no ofender a nadie pero cansa, vaya a la calle Ramsay, al Servicio Nacional de Rehabilitación y Promoción de la Persona con Discapacidad, Rita, y saque el certificado de discapacidad, eso le va a allanar muchos caminos, le habían dicho las chicas de la prepaga en cuanto los gastos empezaron a aumentar en proporción geométrica. Pero Rita no vio la necesidad, ¿por qué lo tengo que hacer?, y por ejemplo cada vez que usted me trae un pedido de sesiones de kinesiología para su madre yo tengo que pedir autorización a auditoría de Casa Central y eso lleva su tiempo, además en caso de que se lo den se lo tengo que bajar de su cupo, cuando se acaba el cupo, se acaba la kinesiología, ¿me entiende?, no, no le entiendo, le explico, entonces, con un certificado de discapacidad ya no tiene ese límite y todo es mucho más rápido, ¿y cuál va a ser el límite después?, perdón, ¿por qué tengo que ir a un lugar a certificar que mi madre es discapacitada?, ¿acaso usted no la está viendo?, la empleada baja la mirada, mírela, la detiene Rita, ¿qué le parece?, la empleada levanta la vista pero no responde, ¿no le alcanza?, no, no es por mí, si yo la conozco bien a su mamá, necesito el certificado de discapacidad para, pero no pudo continuar la frase porque Rita la interrumpió, atrevese a mirar a mi madre, ¿le parece que ese cuerpo necesita que alguien le certifique que no es capaz?, ¿quién puede pedir una cosa tan obvia?, de Casa Central nos piden el papel, y usted no es capaz de decirles que no, aunque yo les diga se lo van a pedir igual, ¿no les alcanza que usted le diga, no les alcanza la historia clínica, no les alcanza con el certificado de su médico de cabecera?, son las normas, dígalas que la llevo donde están ellos, esos que no nos creen, para que la vean, pero no hagan que mi madre tenga que padecer un trámite que no se merece. No hubo razones que cambiaran la exigencia de Casa Central. Allá fueron, a Ramsay, catorce meses después de aquella sugerencia, ¿me está dando fecha para el año que viene?, preguntó Rita a la empleada que la atendió en la recepción de lo que había sido el Instituto del Lisiado, un chalet al que se le fueron agregando anexos, un lugar para su sorpresa abierto, hasta con árboles, ¿no hay turnos antes?, hay mucha gente que necesita lo mismo, señora, ojalá que esa gente siga viviendo dentro de catorce meses, señorita. Cuando llegó la fecha pactada Roberto Almada consiguió que en el banco le dieran día libre y le prestaran una furgoneta, ¿hace falta que ese hombre se moleste, Rita?, decile que por mí no hace falta, lo hace por mí, no por vos, mamá. Llegaron en el horario convenido, de mal humor, sobre todo Rita, segura de que se encontraría con alguna traba, cualquiera, que la hiciera volver otro día, un papel, una firma, un sello, cualquier requisito mínimo pero que ante el descubrimiento de su olvido o inexistencia se tornara de una importancia superlativa. Pero no fue así, esperaron poco tiempo, Elena le dijo a Rita que prefería que Roberto las esperara en la furgoneta, a ver si se creen que el lisiado que viene por el certificado es él, Rita, y Rita a pesar del enojo por el comentario de su madre debe haber dudado porque sin más trámite lo mandó fuera. Se sentaron en una sala de espera rodeadas de otras personas en busca de su certificado. Una pareja que se tomaban de la mano y se turnaban para acariciar a su bebé con síndrome de Down, una madre anciana que arrastraba a una hija que se tapaba la cara con la cartera como si fuera una actriz que no quería ser descubierta, un hombre en

una silla de ruedas al que le faltaban las dos piernas. Elena los veía de costado, inventaba historias que no conocía a partir de sus zapatos, del movimiento de sus pies si es que podían moverlos o de su quietud si no podían, y cuando no le alcanzaba con lo que llegaba a ver o con lo que completaba su imaginación le preguntaba a Rita, callate, mamá, ¿te gustaría que hablaran así de vos?

Todos los accesos tenían rampas, todas las oficinas carteles que indicaban el cargo o el nombre de quien se encontraba detrás de las puertas, en las paredes colgaban pósteres con instrucciones que resolvían cualquier problema que pudiera aparecer en el trámite. No tuvieron que esperar mucho, enseguida los atendió una médica que en menos de tres minutos leyó la carpeta que contenía las copias del DNI de Elena, del carnet de la obra social, del último recibo de la jubilación, la historia clínica que les había fotocopiado la secretaria del doctor Benegas, los formularios completos y firmados, y sin levantar la vista para mirar a Elena estampó su firma en el papel que de ahora en más diría, a quien quisiera enterarse, que Elena era discapacitada. Parkinson, escribió en uno de los casilleros. ¿Ya está?, preguntó Rita cuando le extendió el papel, sí, ya está, le dijo la doctora, el caso de su madre es muy claro, no presenta dudas, es que siempre nos dan tantas vueltas para todo, doctora, ¿acá?, no, acá no, en la obra social, en los sanatorios, y sí, confirmó la médica, especulan con que ustedes se cansen y ya no pidan más, usted no les dé el gusto, dijo, no se lo voy a dar, doctora, pierda cuidado, cuando salga no se olvide de que pueden hacer el certificado para el automóvil, y vean al asesor letrado para que les aclare cualquier duda. Auto no tenían, por lo que no necesitaban ni libre estacionamiento ni permiso para no pagar las patentes, así que fueron a escuchar al asesor. Compartieron un cuarto con el matrimonio que tenía el bebé con síndrome de Down y con una chica que acompañaba a otra chica ciega. El abogado les sugirió que antes que nada plastificaran el certificado, y lo guardan bajo siete llaves, no es agradable tener que hacer otra vez todo este tramiterío. Elena pensó que, aunque no llegaba a verle la cara, el abogado debería ser un lindo muchacho, y bueno si se preocupaba por ella y por el tiempo que había perdido en ese trámite. Los que quieran la oblea de libre estacionamiento y la exención del pago de patentes pueden iniciar el trámite hoy mismo, dijo el asesor y Elena supo que los miró a todos aunque no lo viera como no podía verlo la chica ciega, la ley que los ampara es la 22 431, cualquier consulta acá están nuestros teléfonos, dijo señalando un región en el certificado modelo que luego subrayó con birome azul en el que llevaba cada uno, y lo más importante que tengo para decirles es que de ahora en más, nadie, en ninguna obra social, o en ningún sanatorio, puede intentar cobrarles o dilatarles la autorización de la medicación o de los tratamientos que están previstos para la discapacidad que ustedes padecen, ya que a partir de hoy esos gastos no los pagan ellos, sino el Estado. Esa frase dejó claro por qué a la Casa Central de la prepaga no le alcanzaba con verla a Elena para saber de su incapacidad. Cobro contra entrega. El abogado les dio la mano a cada uno de ellos, Elena escondió su pañuelo abollado dentro de la manga de su suéter y extendió la suya. Se hubiera quedado un rato apretando esa mano suave y fuerte a la vez, pero Rita, la apuró, vamos, mamá, que el doctor tiene que saludar a todos, la agarró del hombro y se la llevó. Cuando se iban el abogado llamó al matrimonio con el bebé, quédense un segundo que quiero hablar con ustedes. Es bueno, te dije que era bueno, le dijo a Rita, pero ella iba unos metros más adelante y no la escuchó.

Elena salió de Ramsay llorando, cuando entró en la camioneta Roberto Almada le preguntó, ¿qué le pasó, Elena, que llora?, me trataron bien, nene, dijo, y no pudo decir nada más.

Después de obtener el certificado de discapacidad las peleas con las chicas de la prepaga se espaciaron, no había tantas negativas, total pagaba otro, y eso hacía que Rita no tuviera motivo para estamparles su enojo delante de la cara. Hasta aquella tarde en que pidió que le autorizaran dos cajas de Madopar juntas, el doctor Benegas iba a estar fuera por un congreso y no quería que Elena se quedara sin su medicación. Le extendió la receta a la empleada que solía atenderla, esta receta no dice tratamiento prolongado, ¿y?, que no le puedo autorizar dos cajas si no dice tratamiento prolongado, dice dos cajas la receta, sí, sí, dice dos cajas pero no aclara «tratamiento prolongado», pero si el Parkinson no tiene cura, cómo no va a ser prolongado, tiene que hacerle escribir al médico tratamiento prolongado de puño y letra, puño es el que te vas a comer vos si me seguís poniendo palos en la rueda, yo solamente cumplo con mi trabajo, a mí no me vengas con la obediencia, si a vos tu superior te da una orden idiota y la acatás, es porque vos también sos idiota, y lamento informarte que la idiotez también es de tratamiento prolongado aunque nadie te lo escriba de puño y letra. Y en ese mismo acto Rita le arrancó la receta y salió del lugar sin más, olvidándose en el apuro de que su madre estaba con ella, sentada en el sillón de la recepción, esperándola. Ninguna de las tres atinó a decir ni hacer nada. Permanecieron así, como Rita las había dejado, las empleadas detrás del escritorio, y Elena frente a ellas, torcida, con la cabeza gacha, babeando sobre la remera de *modart* que se había comprado con la última jubilación. Elena pensó que las chicas de la prepaga debían estar incómodas con ella ahí sentada, frente a su escritorio, intentó pararse pero no pudo. Sonó el teléfono, ninguna de las dos empleadas atendió. Elena se balanceó una vez más y con esfuerzo se puso de pie, agarrándose del respaldo de la silla. La silla se deslizó y Elena se deslizó con ella, una de las empleadas salió de su inmovilidad y corrió a atajarla. En ese momento se abrió la puerta del local y entró Rita hecha una tromba, no se te ocurra tocarla, le dijo, la empleada la soltó y Elena tambaleó otra vez. Vamos, le ordenó su hija, ojalá pudiera, le contestó ella.

Elena se deja llevar. Apura la medicación unos minutos. Sabe que puede hacerla, que aunque a Ella, a esa puta enfermedad puta le moleste, ella puede manejar su tiempo a fuerza de pastillas, apenas, un poco, pero puede. Abre la cartera, tantea dentro y saca un pedazo del sándwich de queso que puso allí esta mañana, sabe que es más fácil cuando la pastilla se confunde con la miga mojada, por eso lo hizo, por eso lleva ese pedazo de pan con queso junto a su billetera y a las llaves de su casa. Lo mastica, lo traga, algunas migas se caen en el piso del taxi y Elena se apura a taparlas con la alfombra de papel para que el taxista no las vea. Cuando termina de masticar abre otra vez la cartera, busca, saca el pastillero y un cartón con jugo, lo rasga como puede y pone la pajita de plástico dentro, toma la pastilla que le toca y se la mete en la boca, apretada entre el dedo pulgar y el índice, hasta el fondo. La sostiene con la lengua. Clava la pajita en la caja y sorbe. La pastilla no llega a la garganta, no pasa de la campanilla. Sorbe otra vez. El taxista le habla, ella lo ignora, respira profundo por la nariz para no ahogarse. Un bocinazo la estremece, y otro bocinazo más, será posible, se pregunta quien maneja el taxi, si Elena pudiera ver sabría que se refiere al hombre que no llegó al otro lado de la avenida antes de que la luz del semáforo cambiara, y lo peor es que si lo piso lo tengo que pagar por bueno. Ella sorbe otra vez, aprieta la caja de cartón para que el jugo suba, y aunque la pastilla no logra bajar empieza a disolverse de tanto líquido. Si pudiera apenas inclinar la cabeza hacia atrás lo lograría, pero no puede, ella no, a su cuerpo no le está permitido ese pequeño sacudón que cualquiera hace para tragar una aspirina, entonces se inclina de costado en el asiento, se desliza para que la pastilla logre pasar esa curva que no pasa, y esta vez lo consigue, ahora sí, la pastilla le raspa la garganta y desaparece, pero ella, relajada, cae sobre su propio brazo que todavía sostiene el cartón con el jugo, intenta enderezarlo para que no se derrame, queda recostada de lado. Espera. Una mano intenta limpiar el vidrio del parabrisas delantero, Elena llega a verla por el espacio que queda entre un asiento y otro, pero el taxista toca otra vez un bocinazo, esta vez constante, hasta que la mano limpia el detergente que echó sobre el vidrio y desaparece. Elena no ve de quién es esa mano, seguramente de alguien joven porque es chica, porque no tiene arrugas, pero son todas suposiciones, desde su posición ella sólo puede estar segura de lo que ve en el techo sucio del taxi que la lleva, qué barbaridad, dice el taxista y Elena no aventura a qué barbaridad se referirá el hombre, por eso calla, intenta correr su brazo aplastado para que no se le duerma apretado por el peso de su cuerpo, lo logra con esfuerzo y se siente aliviada por esa pequeña victoria sobre Ella. El taxista enciende la radio y eso le da una esperanza, cree que la voz lo mantendrá callado pero se equivoca, porque el locutor habla de las mismas cosas que el taxista, como si lo conociera, despotrica aún con más ahínco, enojado, actúa su enojo para que no queden dudas, es así nomás, apoya el taxista y la busca por el espejo, ¿se le cayó algo?, pregunta, me caí yo, contesta Elena, ¿está bien?, muy bien, muy bien, le dice ella desde su posición, ¿necesita ayuda?, no, no, ya tomé la medicación, ¿quiere que pare?, no, quiero que siga, ¿no estará por lanzar, no?, ¿lanzar qué?, vomitar, señora, pero no, hombre, estoy enferma, nada más, ¿qué enfermedad tiene?, Parkinson, dice Elena, ah, Parkinson, repite él, a mí una vez me dijeron que a lo mejor

tenía pero no, era por la bebida, el tembleque que tenía era por la bebida, a mí me gusta la bebida, ah, qué bien, dice Elena, pero mi mujer me dio el ultimátum, o dejo de tomar o me echa de patitas a la calle, así son las mujeres, terminantes, se creen que mandan, y uno las deja creer, total, cuando trabajo no, cuando trabajo casi nunca, pero me gusta la bebida, qué se le va a hacer. Y Elena piensa que ella no sabe si le gusta, pero que nunca toma. Piensa en el vino que no bebe mientras mira una araña que camina de una costura del techo a otra. Debería haberse emborrachado alguna vez en la vida, y aprendido a manejar, y usado biquini, piensa. Un amante, también tendría que haber tenido un amante, porque el único sexo que conoce es el que tuvo con Antonio, y eso era un orgullo, haber sido sólo de un hombre, pero hoy, vieja y doblada, caída sobre su brazo, sabiendo que nunca más habrá sexo para ella, Elena no siente orgullo, siente otra cosa, tampoco pena, ni bronca, siente un sentimiento que no sabe qué nombre tiene, eso que uno siente cuando se descubre tonto. Haber guardado la virginidad para quién, haber sido fiel por qué, haberse mantenido casta después de viuda con qué motivo, con qué esperanza, creyendo qué. Ni virginidad ni fidelidad ni castidad significan para ella hoy lo mismo, tirada en el asiento de ese taxi. Ni sexo. Se pregunta si podría tener sexo con alguien si quisiera. Se pregunta por qué no quiere, si por el Parkinson, por la viudez o por la edad. O por la falta de costumbre después de tanto tiempo sin siquiera pensar en eso. Se pregunta si una mujer con Parkinson que quisiera tener sexo podría. Se ríe imaginándose en la próxima consulta haciéndole la pregunta al doctor Benegas. ¿Y un hombre con Parkinson?, ¿podrá un hombre con Parkinson hacer el amor?, ¿podrá penetrar a una mujer? Para un hombre debe ser más difícil, piensa, porque no se trata sólo de dejar hacer. ¿Deberá un hombre enfermo como ella programar su sexo en función al horario de las pastillas que toma? Siente pena por ese hombre que no conoce, lo compadece, se alegra de no ser hombre. En la radio empiezan a pasar un bolero y el taxista lo tararea. Bésame mucho, dice el cantante y el taxista le contesta, como si fuera esta noche la última vez. Tararea un poco más y cuando se da cuenta de que no sabe más la letra vuelve a la charla del vino y la bebida, mi mujer me echa si sigo tomando. La última vez que Elena tomó fue un vino espumante con gusto a frutilla que trajo Roberto Almada la primera noche que fue a comer a su casa. Era la «presentación oficial», aunque se conocían de toda la vida, quién iba a sospechar que el jorobadito terminaría casi de la familia, ¿no, Rita?, no le digas el jorobadito, la verdad no ofende, claro que ofende, mamá, ¿quieres probar si ofende? A Roberto y Rita los unieron sus certezas más que ninguna otra cosa, esas que les hacían decir como verdades absolutas conceptos de los más variados, arbitrarios, repetidos. Certezas de cómo hay que vivir cosas que nunca vivieron, de cómo hay que andar por la vida en los caminos que andan y en los que no, que pregonan lo que se puede y lo que no se puede hacer. La primera, la más profunda, grabada a fuego en alguna parte del pacto secreto que une a una persona con esa otra que le está designada, el miedo a las iglesias. Y en el caso de Roberto el espanto no se limitaba a los días de lluvia, sino a cualquier circunstancia climática. Lo traía desde chico, de sus épocas en Lima, cuando su madre, Marta o Mimí como se hacía llamar desde que habían vuelto, se había ido detrás de un novio bailarín de tango que no era su padre, uno que había venido a dar un show a beneficio al Club Sportivo donde ella atendía la barra los domingos y los días de fiesta. Se llevó al chico con ella, quién se lo iba a agarrar si de bebé ya se le notaba la joroba, basta, mamá, y al poco tiempo el bailarín se cansó de ambos y los largó sin un peso en ese país al que no los unía ninguna otra cosa que la calentura de su madre. Allá aprendió el oficio de peluquera, antes sólo sabía el de manicura, y se

instaló en Barranco, en un cuarto que le alquiló una compañera del instituto donde le enseñaban a peinar, cortar, teñir. Lo lógico habría sido que hubieran vuelto, pero ella no estaba dispuesta a mostrar un fracaso que el pronto regreso habría hecho evidente, así que aunque en Perú apenas tenían para comer se mantuvo con su hijo en esa ciudad siempre cubierta de nubes y sin lluvia, donde el mar le recordaba cada día lo pequeños que eran. Los años fueron pasando sin conciencia de ellos, el chico creció y con él su joroba, y mientras sus amigos llevaban a las chicas al puente de los suspiros para mentirles amor eterno, él iba día por medio al mismo puente, solo, a mirar de lejos la Parroquia de la Ermita, esa donde decían que la campana había caído después de un terremoto y le había aplastado la cabeza al cura. Una mancha en el pavimento, que cada uno ubica donde le parece, recuerda la estampa de masa encefálica grabada para siempre, el cerebro del cura desparramado. Si te portás mal te va a llevar el cura sin cabeza, le decía la vieja que lo cuidaba cuando su madre trabajaba o lo que fuera. Y Roberto creció sintiendo terror no por el cura, porque él mal no sabía portarse, sino por los campanarios, calculando las probabilidades de que otra campana cayera y matara a alguien, alejándose siempre lo suficiente para que el decapitado no fuera él. Poco le importó a Roberto que en el conurbano bonaerense no hubiera antecedentes de terremotos, igual no se acercó a iglesia alguna. Por eso, Roberto no pudo haber matado a Rita y haberla colgado del campanario, porque además de que él no habría podido con ella tanto más fuerte que su pretendiente, Roberto tampoco se acerca a una iglesia, Elena sabe. Aunque a la hora de dejarlo libre de sospechas la policía se haya fijado en otros aspectos menos profundos, por ejemplo que estuvo todo el día en el banco con una auditoría interna, haciendo un arqueo de caja, con más de veinte personas que pueden dar testimonio, como le dijo el comisario cuando ella insistía sobre el asesinato, los sospechosos y sus móviles. ¿No tiene nadie que la acompañe?, señora, le pregunta el taxista en el mismo momento en que la araña desaparece por el marco apenas abierto de la ventana, no, no tengo, dice Elena, ¿sola en el mundo?, sí, ¡qué lo parió, y uno que se queja!, tenía una hija pero la mataron, se escucha decir Elena casi sin pensarlo, en este país no se puede vivir más, señora, uno sale a la calle y lo matan, es así, dice el taxista. Pero a ella no le importa que el taxista haya entendido cualquier cosa cuando dijo, tenía una hija pero la mataron, ni le importa quién es ese nosotros donde el taxista la incluye a ella y a su cuerpo, que se calle quisiera Elena, un rato, otro bolero, para poder concentrarse en su tarea privada, en mover ese cuerpo que hace tiempo, sabe, no le pertenece.

Aunque Elena no lo ve el taxi avanza por Libertador frente al Hipódromo, es el mediodía y calcula que el sol debe estar exactamente arriba de ella, calentando la chapa del techo. La frenada de un colectivo junto a ellos la asusta, pero enseguida se da cuenta de que no pasa nada, que es sólo un ruido, que un ruido no significa más que eso, y se concentra en sus asuntos, en que unas cuadras más allá habrá llegado a destino y ese cuerpo que la atrapa deberá moverse, deberá ponerse otra vez en marcha. Intenta dar la orden y que la escuchen. Desde su posición horizontal levanta el pie derecho, unos centímetros apenas, lo baja, luego el izquierdo. Los dos responden, prueba otra vez, derecho arriba, luego abajo, izquierdo arriba, abajo, y otra, una vez más. Luego descansa, a pesar de que no puede levantarse de donde está sin que alguien le dé una mano sabe que está lista, que cuando el taxi llegue a destino sólo necesitará un punto de apoyo de donde tirar para incorporarse, una mano, una vara extendida, una soga, y otra vez podrá marchar, un pie delante del otro, un tiempo, entre pastilla y pastilla.

6

Mimí tampoco puede haber matado a Rita, Elena sabe, por eso nunca le sugirió a Avellaneda que la incluyera en su inútil lista. Aunque ganas debe haber tenido, Elena piensa, nadie es culpable por querer matar a alguien, ni siquiera al hijo de uno. Nadie va preso por lo que piensa ni por lo que siente, sólo por lo que hace. A veces por lo que hace. Y Mimí no hizo, aunque seguramente le habrá deseado alguna vez la muerte a Rita, la mujer que se llevaría un día, sobre mi cadáver, lo único que tenía en la vida, ese hijo jorobado e incondicional a ella, unido como un apéndice que se pudre pero nadie se atreve a extirpar. Mimí no pudo haberla matado porque Elena estuvo con ella en su peluquería, antes, durante y después del momento en que Rita moría colgada de la campana de la iglesia, respirando el último aire que habrá entrado a sus pulmones por siempre jamás.

La idea había sido de Rita. A Elena nunca se le hubiera ocurrido dejar una tarde entera de su vida en ese lugar forrado de espejos y pósteres amarillos de viejos que muestran mujeres con peinados pasados de moda. Ni en esa peluquería ni en ninguna otra. Rita esgrimió distintos argumentos para que su madre aceptara los turnos que había tomado para ella: lavado, corte, tintura, brushing, manicuría, pedicuría, depilación de bozo. Y había coordinado el horario respetando la frecuencia de las pastillas de manera que en el cuerpo de Elena no faltara levodopa. No te quejes que después te vas a sentir mejor, si yo no me siento mal, sólo me molestan las uñas de los pies, me las podés cortar vos la semana que viene, es verdad, mamá, aunque me dé asco te puedo cortar las uñas, hasta hoy podría, ¿pero después?, ¿después qué?, ¿después de las uñas qué?, no sé teñir, ni cortar, ¿hace falta tanto, Rita?, pregunta y su hija la mira un instante antes de decir, ¿te miraste al espejo, mamá?, no, le contesta Elena, se nota, mamá, ponete frente al espejo algún día, me pongo frente al espejo del baño pero no me llego a ver, sólo veo las canillas y la bacha, descolgalo, mamá, sacá el espejo de la pared, ponelo frente a vos, mirate, y vas a entender, ¿por qué te preocupa tanto cómo me vea, Rita?, el problema no es cómo te veas sino quién te ve. Y Rita se dice, soy yo la que te veo, todos los días mamá, me acerco a la cama a levantarte y veo tu cara sin la dentadura postiza, tus ojos abiertos sin expresión, desayuno, almuerzo y ceno frente a vos y a tu boca abierta llena de baba espesa que se mezcla con la comida, esa papilla inmundada, te acuesto a la noche y te acerco el vaso para que deposites otra vez tus dientes, pero te cuesta embocarlos entonces los tengo que tocar, agarrarlos y meterlos en el vaso con mis manos, me duermo pero el día no termina porque a las dos o tres horas me llamás para que te lleve al baño, y te llevo, y te bajo la bombacha, y te la subo, no te limpio, es verdad, no puedo limpiarte, eso no, pero te hago sentar en el bidet, y te alcanzo la toalla, y la recibo húmeda, aprieto el botón del baño para que el agua se lleve tu orina, te acuesto otra vez, te acomodo, me mirás desde la cama, sin dientes, con los ojos asombrados sin asombro y esos bigotes que te crecen como alambres, y casi me estoy yendo pero me llamás, otra vez, para que te acomode los pies, o la sábana, o la almohada, entonces vuelvo, y otra vez te veo, y otra vez te huelo con ese olor a pis que nunca se te termina de ir porque es tuyo, porque está impregnado en tu piel, y te oigo respirar esa respiración gastada, ronca, apago la luz sobre tu mesa de noche y

antes de hacerlo me encuentro otra vez con tus dientes, los que yo misma puse en el vaso, con mis manos, me las miro una vez más, las limpio contra mi ropa, las huelo, huelen a vos. Y luego Rita le dice a su madre, yo, mamá, el problema es que yo te veo, ¿y qué puede cambiar si voy a la peluquería?, nada, tenés razón, si es por vos nunca va a cambiar nada, pero vas a ir igual y va a cambiar. La llevó a la rastra y la dejó sentada en el sillón de mimbre de la recepción. No saludó a nadie, ni siquiera a Mimí, estaba más hosca que de costumbre. Acá la dejo, dijo, y se fue. Elena se quedó quieta, esperando, la vista clavada en la alfombra de yute con tierra de varios meses y pelos de distintos tonos. Sobre la mesa ratona llegó a ver una pila de revistas ajadas que alguna vez fueron de actualidad, y otra pila con folletos de comida naturista, miel de abeja reina, parches de aloe vera y productos similares que prometían mejorar la salud de quien los probara. Excepto la de ella, Elena sabe, para ella no hay promesa que valga. Se estiró y agarró cualquiera de las revistas, pasó las hojas fingiendo que la leía mientras esperaba. Las hojas pegoteadas volteaban de a varias juntas, entonces Elena se mojó el dedo índice para hacerlas girar, trasgrediendo, total, no estaba Rita para retarla, para decir, no seas asquerosa, mamá, pero hija, ¿no te das cuenta de que con el Parkinson me cuesta pasar las hojas?, no busques excusas, mamá, si siempre hiciste lo mismo, no quieras culpar a la enfermedad de lo que es culpa tuya. Sonaba una música funcional, un intento de concierto de piano distorsionado que salía a través de dos parlantes colgados en las esquinas del local. El olor del champú y las cremas se entreveraba con el de la tintura y la cera caliente en una mezcolanza que Elena no podía decidir si era agradable o no. Era así, como olía. Así. Una chica vino por ella cuando casi acababa de dar vuelta todas las hojas de la revista. Venga por acá, abuela, abuela un carajo, le contestó Elena, pero antes de que la chica reaccionara se rió, hace tiempo que aprendió que un chiste permite encubrir cualquier insulto y aborta cualquier enojo, abuela un carajo, repitió, y extendió la mano para que la ayudara a levantarse. La chica tiró pero no fue suficiente. Vino otra y empujó desde atrás, agarrándola por debajo de los hombros, dijo que sabía cómo, que ella había cuidado a su abuela hasta el día en que murió. Cuando estuvo de pie, aunque no hacía falta, la llevaron cada una de un brazo hasta el sillón que le correspondía, sosteniéndola por el antebrazo como si fueran un respaldo móvil. Primero la tiñeron, antes la llenaron de toallas alrededor del pecho, le pusieron una capa de plástico negro, rajada en un costado, ¿seguro no puede levantar la cabeza ni un poquito, Elena?, se quejó Mimí, y Elena lo intentó, pero apenas la cabeza subía caía otra vez a su lugar de siempre, adonde la mandaba caer Ella, esa puta enfermedad puta. Estuvo veinte minutos en un secador con el chorro de aire caliente dándole exactamente en la nuca. Sacarle los restos de tintura en la pileta fue el momento más difícil. Probaron entre tres, una la sostenía a ella, otra sostenía el cuello y lo empujaba hacia atrás, otra esperaba con los brazos abiertos sin hacer nada, como si su función fuera de alerta, estar pendiente del fracaso y actuar para evitar una catástrofe. No fue posible. A pesar de las directivas precisas que daba Mimí desde el descanso de la escalera que llevaba al salón de masajes. Se enojaba con sus empleadas, metía mano ella misma, pero no fue posible. Terminaron trayendo una palangana y echándole agua hacia adelante desde una pava, tuvieron que cargar dos veces más la pava, Elena respiraba entre chorro y chorro tan profundo como podía, hasta que los restos de color desaparecieron y sólo se veía caer agua limpia sobre la palangana que ella misma sostenía encima de su falda. Estoy cansada, mejor seguimos otro día, sugirió Elena, no, no, no, dijo Mimí, no me haga quedar mal con mi futura nuera. Mintió, Elena sabe, si a ella su hija poco le importa, Rita me pidió servicio completo y usted no se va de acá

hasta que quede cero kilómetro, cero kilómetro, repitió Elena, ¿quiere descansar un rato en la camilla de masaje?, no, gracias, mire que la chica le puede hacer un descontracturante que, dije que no. Ofendida, Mimí la llevó del brazo otra vez al salón, la peinó, desarmó los nudos en silencio, y sólo cuando la ofensa había sido descargada en cientos de pasadas de peine dijo, mire cuando nos hagan abuelas, y ella otra vez no le creyó, si hay algo que no quería esa mujer era entregarle su hijo a Rita y que de esa unión le naciera un nieto, Rita tiene cuarenta y cuatro, le señaló Elena, ¿y?, desafió Mimí, que ya no creo que pueda hacer abuela a nadie, bah, no diga pavadas, Elena, ¿no vio en el noticiero la mujer que tuvo a los sesenta y cinco? Sesenta y cinco casi tengo yo, me falta uno y medio pero, dijo dejando el pero en el aire, y se produjo un silencio, sesenta y cinco casi tengo yo, volvió a decir y ni Mimí ni nadie se atrevió a decir nada, sorprendidas por un número que no se correspondía con esa mujer. Cambiaron de tema, Elena dejó de escucharlas. Estaba claro que esa mujer parturienta tendría su edad pero no un cuerpo como el suyo. ¿Podrá una mujer con Parkinson dar a luz?, se preguntó, ¿habrá lugar en un cuerpo doblado para albergar un hijo?, ¿podrá pujar?, ¿podrá dar de mamar?, ¿le hará mal al feto la medicación que irremediamente tiene que tomar? Se preguntó si cuando nació Rita ella ya tendría dentro esa puta enfermedad puta sin saberlo, como una semilla, esperando caer en tierra fértil para fecundar. Pensó en la enfermedad como un hijo de su propio cuerpo. Se preguntó si su hija llevaría dentro esa otra semilla y si algún día, la semilla fecundaría y su hija padecería lo que ella padece. Una pregunta inútil porque, aunque Elena todavía no lo supiera, no habría ninguna semilla capaz de fecundar en el cuerpo de su hija cuando terminara la tarde.

El bozo fue lo más sencillo, la chica que depilaba se agachó frente a Elena con el palo embadurnado en cera caliente y mientras con la mano izquierda calzada en la frente de Elena tiraba su cabeza hacia arriba, con la derecha desparramaba la cera sobre su bigote girando el palo como si amasara. El tirón no le dolió, pero sí los pelitos que resistieron y la mujer se encaprichó en sacarle con una pinza de depilar, no hace falta tanto detalle, nena. Los pies y las manos se los hizo la misma Mimí. Elena se dedicó a observarla, ahora que podía gracias a la posición que la mujer adoptaba por su trabajo, agachada frente a ella, casi a su altura. Esa mujer no quiere que mi hija se case con su hijo, como yo tampoco quiero, pensó, en el fondo nos parecemos, y se rió sola de la impresión que le habría causado a Mimí escuchar esa frase si Elena se hubiera atrevido a decirla en voz alta, decir que ella y Mimí se parecían.

Para cuando la mujer le metió los pies en agua caliente, Rita seguramente ya colgaba del campanario de la iglesia. Y como la tarde se iba mientras la dueña de la peluquería rascaba en sus callosidades, su ayudante le cortó el pelo y la cepilló al mismo tiempo que le arreglaban los pies, usted disculpe, Elena, pero si no, no nos vamos más. Cuando estuvo lista la ayudaron a pararse, otra vez entre tres. Tiene que venir más seguido, le dijo Mimí, tiene los pies a la miseria, ¿cómo hace para ponerse sandalias con estos talones?, me las pongo, contestó, o me las pone Rita cuando no hay caso, aunque sea pásese crema todas las noches, Elena, eso ayuda para las durezas. Y a pesar de que Elena no mostró ningún entusiasmo por el asunto de sus talones, Mimí dijo, le voy a mandar una crema de caléndula por Roberto, se pudrirá de vieja, pensó Elena que no estaba dispuesta a agregar una tarea más a la lista interminable de esfuerzos diarios: caminar, comer, ir al baño, acostarse, levantarse, sentarse en una silla, pararse, tomar una pastilla que no pasa de la campanilla porque el cuello no puede inclinarse, beber con pajita, respirar. No, definitivamente no iba a ponerse crema de caléndula en los talones.

Cuando estuvo lista Mimí la llevó con ella y la paró frente a un espejo de cuerpo entero. Mírese Elena, dijo, parece otra. Y Elena, para no llevarle la contra, giró la cabeza de costado y trató de mirarse por el rabillo. Un mechón de pelo se le caía justo delante del ojo, pero una de las chicas, atenta del resultado de su trabajo, se apuró a sostenerlo con un clip y echarle spray. Algo pudo ver, lo suficiente para permitirle comparar su cuerpo con el de esa otra mujer, esa que en el fondo se le parece, apenas uno o dos años menor que ella. ¿Cómo se ve, Elena? Vieja.

El taxi dobla por Olleros tal como le indica Elena, y sube dos cuadras, son dos o tres no me acuerdo, le aclara ella, y el taxista en cuanto se lo permite la mano de la calle dobla a la derecha, avíseme si ve una puerta de madera con herrajes de bronce, dice Elena todavía recostada sobre el asiento trasero con la vista clavada en el techo del auto, ¿ninguna otra seña, señora?, y una clínica o consultorios médicos, agrega ella, le canto, señora: verdulería, inmobiliaria, edificios de departamentos, restaurante mexicano, como si nos hiciera falta la comida extranjera con lo que tenemos acá, se queja el hombre y sigue, un veinticuatro horas, un bar y se termina la cuadra, clínica nada, ¿y herrajes de bronce?, pregunta Elena, a ver, espere, eh, don, ¿una clínica por acá?, ¿clínica?, repite la voz a la que el taxista pregunta, por acá que yo sepa no, hay un sanatorio en José Hernández, no, no, tiene que ser en esta cuadra o la que sigue, insiste el taxista, no, por acá nada, ¿y herrajes de bronce?, pregunta Elena pero ni el taxista ni la voz contestan, en cambio la voz grita, ¡María, ¿una clínica en esta cuadra o la que sigue?!, o consultorios médicos, agrega el taxista, consultorios médicos había hace unos años, contesta una voz de mujer, no, María, ¿cuándo hubo médicos acá?, antes de que vos vinieras, si yo estoy hace más de diez años, entonces será hace once, ¿dónde?, donde está el mexicano, ¡no ve!, sacaron los médicos para poner esa comida de mierda, se queja el taxista, y la voz responde, diga que los de al lado no quisieron vender que si no, nos metían ahí otra torre como hicieron con el estacionamiento, ¿sabe dónde nos vamos a tener que meter los autos de tanta gente nosotros? El taxista estaciona frente al restaurante mexicano, en un lugar prohibido por una línea amarilla. Junto al restaurante, una puerta de madera con herrajes de bronce que no llega a ver. Me va a tener que dar una mano para bajar, dice Elena. El hombre mira hacia atrás y estira un brazo, pero enseguida se da cuenta de que con eso no alcanza. Abre la puerta y baja, resopla. Da la vuelta al taxi pero se detiene y vuelve a su lugar a sacar la llave del contacto, a ver si todavía me terminan afanando. Abre la puerta de Elena, le extiende una mano y ella se la aferra, pero él no tira, espera que lo haga ella. Tire, le dice Elena, y hace un gesto con el brazo que no es más que un intento por ayudar al hombre a entender qué tiene que hacer. El taxista entiende y tira. Ella sube, se tambalea, se ayuda haciendo palanca en el apoyacabezas que se inclina, el taxista lo vuelve a su lugar con su mano libre y termina de subirla a la vereda. Elena se acomoda, abre la cartera y pregunta, ¿cuánto le debo?, el taxista se inclina para mirar el importe por la ventanilla y dice veintidós con cincuenta. Elena abre la cartera y busca, encuentra un billete de veinte y dos de dos, quédese con el vuelto, dice, gracias, le responde el hombre y pregunta, ¿me voy nomás?, sí, claro, ya me trajo, contesta Elena apoyada sobre sus pies en la misma baldosa donde la paró el taxista. El hombre bordea otra vez el auto y se sienta. No bien Elena da su primer paso y sale de esa baldosa el taxista arranca y se olvida de ella. Elena no lo ve irse, pero se lo imagina, tarareando otro bolero o hablándole al locutor, quejándose con él, insultando y tocando la bocina porque quien va delante de él no se apura haciendo que en la siguiente esquina lo detenga un semáforo rojo.

Elena camina hacia el frente del restaurante mexicano, y luego dobla y avanza pegada a la pared en el mismo sentido en el que venía en el taxi, arrastrando los pies, pero andando. El

ladrillo caliente le raspa el brazo pero a ella no le importa, porque llegó, porque está ahí. En cuanto se termina la pared del restaurante aparecen las bisagras de una puerta de madera, y unos pasos más allá un picaporte y herrajes de bronce lustrados. Elena da unos pasos más y los alcanza, los acaricia, los recorre como si los lustrara, cierra sus puños sobre las argollas que cuelgan, sólo porque son ellas, las mismas a las que se aferró Isabel aquella tarde, y suplicó, y pidió, no me hagan entrar, y Elena agradece que en veinte años nadie hubiera decidido cambiarlas por otras, porque gracias a eso, gracias a ellas, Elena sabe, llegó al lugar que salió a buscar esa mañana cuando tomó el tren de las diez.

III
LA TARDE

(cuarta pastilla)

1

Elena conoció a Isabel hace veinte años, la tarde en que Rita la arrastró dentro de su casa. Hacía frío, ella tejía sentada junto a la estufa; un tacho con agua caliente y cáscara de naranja perfumaba la casa. La puerta se abrió de un golpe, como si Rita le hubiera dado una patada, ocupadas sus manos en cargar a la mujer que llevaba. Entró de espaldas, primero su cuerpo y luego el otro, el que arrastraba. ¿Quién es esa mujer?, le preguntó Elena, no sé, le contestó su hija, ¿cómo no sé, hija?, se siente mal, mamá, dijo Rita y empujó a la mujer hasta meterla en su cuarto y recostarla sobre su cama. La mujer lloraba y se desvanecía en forma intermitente. Traé una palangana o un balde, mamá. Elena le llevó lo que pedía, Rita lo acomodó en el piso a la altura de la cara de la mujer, por si vomita otra vez, dijo. Luego fue a la ventana, cerró el postigo de madera y encendió la luz. ¿Llamo a un médico?, preguntó Elena, pero Rita no contestó, volvió donde estaba la mujer, volcó el contenido de su cartera sobre la cama y revolvió. ¿Qué hacés?, busco, ¿qué cosa?, un número de teléfono, una dirección, por qué no le preguntás a ella, porque no me contesta, mamá, ¿no ves que no contesta?, llora, dijo Elena, sí, ahora llora. Sobre la colcha rodó un rouge que Rita atajó justo antes de que cayera, una caja de Valium, una billetera, papeles, dos sobres, monedas sueltas. Elena se acercó a la cama, todavía dueña de su cuerpo, veinte años atrás, sin arrastrar los pies, con la cabeza en alto. La mujer lloraba abrazada a la almohada, tapándose la cara con ella. Elena preguntó una vez más, ¿quién es esa mujer?, ¿por qué volviste?, y esta vez su hija le contó. Rita la había encontrado de camino al colegio parroquial, cuando volvía de almorzar con su madre como todos los días, caminaba apurada para llegar en horario a cumplir con su trabajo, tocar la campana que daba inicio al turno tarde, pero nunca llegó a dar el campanazo, porque allí estaba Isabel, en la vereda contraria, la que ella no pisaba, la que tampoco dejaba que pisara Elena, esa donde las baldosas dibujan un damero. Isabel, agarrada a un árbol, se doblaba sobre la cintura y vomitaba. Rita dio una arcada y apuró el paso tratando de no mirarla. La imagen le producía asco, pero poco a poco el asco fue cediendo y apareció otra cosa, no sabía qué, algo que la hizo detenerse, un llamado, mamá, fue un llamado, iba a entrar, está embarazada, me dije, y va a entrar, giré, volví sobre mis pasos, le ofrecí ayuda sin subir el cordón, no, gracias, no necesito nada, me dijo en medio de un vómito, y yo le dije, en ese estado no podés dar un paso, y ella insistió, no tengo que andar mucho. Tenía un papel con la dirección en la mano, y un nombre, vos sabés qué nombre, mamá, Olga. Entonces Rita le dijo que no, que no qué, que no lo hagas, te vas a arrepentir, vos qué sabés, todas las que vienen acá se arrepienten, ¿qué sabés?, yo sé, no te metas, es pecado mortal, no creo en Dios, pensá en tu hijo, no tengo hijo, vas a tenerlo, no, llevás una vida dentro, estoy vacía, cuando lo oigas latir lo vas a querer, vos qué sabés, no lo mates, andate, no te saques el hijo, no hay ningún hijo, sí que hay, para que haya hijo tiene que haber madre, vos ya sos madre, yo no quiero ser madre, esta mujer me decía que no quiere ser madre, mamá, ¿podés creer?, pero yo le dije, ésa no es tu decisión, ¿y de quién entonces?, se atrevió a preguntar, mamá, y yo le grité, tenés un hijo dentro, adentro no tengo nada, volvió a decir, pero yo también insistí, dije, late, y ella, no hay hijo ni madre, no lo mates, callate, vas a vivir siempre con la culpa, ¿y cómo voy a vivir si no?, ninguna

de las que lo hacen se olvida, no se puede obligar a nadie a ser madre, lo hubieras pensado antes, siempre lo pensé, nunca quise ser madre, pero lo sos, no, no soy, oyen llorar a un bebé todas las noches, vos qué sabés, los bebés abortados te lloran dentro de la cabeza, yo soy la que lloro dentro de mi cabeza, no mates a un inocente, yo también soy inocente. La mujer se llevó la mano a la boca y vomitó otra vez, Rita desde esa distancia vio su alianza en el dedo anular. Sos casada, sí, hay un padre, mamá, ¿te das cuenta?, ¿y él qué dice?, le pregunté, no me importa lo que diga, tiene derecho a decir, es el padre, ¿o no es el padre?, no te metas, si él se entera te mata, ya me mató, no podés ir contra lo que Dios manda, no entiendo sus mandatos, Él sabe, vos no tenés que entender sino confiar, no quiero llevar lo que llevo dentro, no lo llames así, le dije, ponele un nombre a tu hijo, y ella me la sigue, mamá, me volvió a decir que lo que lleva dentro no es un hijo, y que para que haya hijo tiene que haber madre, y que adentro no tiene nada, pero ahí se descompuso otra vez y después un nuevo vómito, estaba tan mareada que entonces se me ocurrió, le dije, madre va a haber, y sin decir agua va aproveché el mareo, la tomé del brazo y la traje. No fue difícil, la mujer ya no tenía fuerzas, Rita sí, y arrasó con ella. Aquella tarde, Rita, que no era madre ni nunca lo sería, obligó a otra mujer a serlo, forzando el dogma aprendido hasta llegar al cuerpo de otro.

De los dos sobres que aparecieron en medio del revoltijo de cosas que cayó de la cartera de Isabel, uno era del laboratorio donde le confirmaron el embarazo y el otro una boleta de la luz a su nombre, Isabel Guerte de Mansilla, y una dirección, Soldado de la Independencia. Rita leyó la dirección dos veces. Era la primera vez que escuchaba una calle que se llamara así, ¿vos escuchaste alguna vez una calle que se llame Soldado de la Independencia, mamá?, pero Elena tampoco había escuchado. Los nombres de las calles por los que ellas andaban eran nombres de próceres o de países o de batallas, pero no recordaban haber andado una calle que nombrara a un ser anónimo, alguien sin nombre a quien hay que referirse por lo que hace o lo que hizo. Mujer que vomita. Mujer que detiene un aborto. Mujer que mira a la que detiene el aborto de la que vomita. Soldado de la Independencia. Qué soldado. Qué independencia. Consiguió un taxi, no fue fácil, veinte años atrás no había remises en cada esquina, la gente trabajaba de otras cosas, cuando se quedaba sin trabajo buscaba otro. Cerró con llave la puerta de su habitación dejando a la mujer dentro, cambiate, mamá, le dijo a Elena y salió. Elena se acercó a la puerta cerrada, a escuchar, pero no oyó nada, quizá, si hubiera escuchado otra vez el llanto habría entrado, pero no, entonces fue a cambiarse como le había ordenado su hija, no fuera cosa que se terminara enojando también con ella. Rita fue a la estación, donde veinte años atrás estaba la única parada de taxis del pueblo, y consiguió uno que condujo hasta su casa. Bajó, sacó a la mujer de su cuarto, ayudame, mamá, le dijo cargando con ella, y Elena la ayudó. Por la ventanilla abierta le dio al taxista el sobre con la dirección adonde se dirigían, subió a Isabel en el asiento trasero y detrás de ella hizo subir a Elena. Rita dio la vuelta y subió del otro lado mientras decía, no sea cosa que le dé por tirarse y se mate ella y al hijo.

Con las tres mujeres en el asiento trasero, el auto arrancó. El camino lo llevó a pasar por el lugar donde un rato antes Isabel y Rita se habían conocido, la vereda de la casa de Olga, la partera, abortera, mamá, esa donde los colores de las baldosas dibujan un damero negro y blanco.

No hay hijo, volvió a decir la mujer que lloraba en medio de ellas y cerró los puños tan fuerte que cuando los abrió Elena llegó a ver la marca de sus uñas clavadas en la palma de su mano.

No hay hijo, repitió varias veces durante el camino. Pero ni Rita ni Elena la escucharon.

2

Levanta el brazo por sobre su cabeza gacha y toca el timbre de aquella casa. Aguarda. Alguien la busca por la mirilla, pero ella no lo sabe, ni quien la busca la encuentra, porque Elena está mucho más abajo, agachada, con la vista clavada en sus zapatos, esperando. Las llaves giran en el tambor de la cerradura, la puerta se abre tanto como una cadena que hace de traba se lo permite, qué desea, dice una voz de mujer detrás de la puerta entornada, busco a Isabel Mansilla, responde Elena, soy yo, y yo soy Elena, la mamá de Rita, la mujer que hace veinte años, pero Elena no termina la frase porque Isabel saca la cadena, abre la puerta y la hace pasar. Sabe que Isabel la mira, que en lugar de preguntarse qué hace allí está tratando de adivinar por qué se arrastra, por qué no levanta la cabeza, por qué se seca la baba con un pañuelo abollado y húmedo. Tengo Parkinson, dice y le ahorra la pregunta, no sabía, dice Isabel, cuando nos conocimos no tenía, o si tenía no me había dado cuenta, dice Elena y de camino al sillón que le ofrece Isabel se pregunta por qué dice «tengo» Parkinson si ella no lo tiene, lo último que haría sería tenerlo. Ella lo padece, lo sufre, lo maldice, pero tenerlo no, tener implica voluntad de agarrar algo, de sostener, y ella no, eso sí que no. Isabel la ayuda a sentarse, ¿quiere tomar algo fresco?, ¿o un té?, un té está bien, pero con una bombilla, o una pajita mejor. Isabel va hacia la cocina. Elena observa por el rabillo. Los muebles son de estilo, tapizados en gobelino inglés, con patas curvas que terminan en una especie de pesuñas como de chivo o de cordero. Si supiera de muebles, Elena piensa, podría decir qué Luis son. Si es que fueran algún Luis. Pero ella no sabe, ni le importa. Una mesa ratona sostiene un florero y algunos libros, de viajes, de ciudades que ella nunca va a conocer. Sobre la chimenea hay sólo dos portarretratos. Elena mueve la cabeza de lado y busca la imagen haciendo un esfuerzo por llegar hasta allá arriba. Uno de los portarretratos tiene una foto de Isabel, su marido y su hija. Una foto similar a la que Rita recibió cada diciembre como saludo de fin de año, desde hace dieciocho años, o diecinueve, o veinte, Elena ya no se acuerda. No, veinte no, porque veinte hace de aquella tarde en que vinieron a esa casa a traer a Isabel. Rita ordenaba las tarjetas en un bibliorato, de la más antigua a la última, podía haberlas ordenado sin mirar la fecha al dorso porque en cada foto la niña crecía, un año exacto, y los padres la acompañaban, sus rostros de alguna manera se acomodaban al paso de ese año que les señalaba su hija. Siempre los tres sonriendo, el hombre en el medio abrazando a las mujeres. La postal de cada año venía escrita detrás por el doctor Mansilla, gracias por regalarnos esta sonrisa, eternamente agradecido, doctor Marcos Mansilla y familia, y la fecha. Tal vez alguna de las que guardaba Rita fuera una copia exacta de esa que luce sobre la chimenea. Cuando vuelva a su casa, esa tarde, después de tanto viaje, Elena se va a fijar. Blusa rosa y dos colitas, se va a fijar. La otra foto es de la hija, con la misma blusa y el mismo peinado, y de otro hombre. Un hombre, que no debe ser su marido, Elena piensa, porque la hija apenas dejó de ser una chica y él es un hombre mayor, como el doctor Mansilla, o tal vez sí, se corrige, si hoy por hoy, pero antes de completar su razonamiento se detiene porque en ese momento entra Isabel con las tazas para el té, una tetera y junto a ella una bombilla y una pajita. Traje las dos cosas, dice,

para que elija, y Elena elige la pajita, pero la corta con el cuchillo que acompaña un budín, la dobla al medio y la rasga con el filo, más corta mejor, dice, y sorbe.

Las dos esperan por la otra. ¿Quiere budín?, dice Isabel, lo hice yo, budín de banana, no gracias, ¿cuántos años tiene?, ¿quién?, su hija, ¿Julieta?, dice Isabel y mira el portarretrato, diecinueve, hace tres meses cumplió diecinueve, hace tres meses murió Rita, dice Elena y a Isabel se le aflojan las piernas, no sabía, dice, por eso estoy acá, por eso vine, le contesta ella. Isabel mira callada, pero no la mira a ella, ni siquiera mira en dirección a un lugar ubicado en ese espacio sino en el tiempo, un lugar donde Elena no puede mirar porque no lo conoce, aunque haya estado ahí. Elena cree que el silencio la obliga a agregar detalles, apareció ahorcada, en el campanario de la iglesia, a dos cuerdas de nuestra casa. Isabel se marea, se sostiene del borde del sillón, Elena apenas lo nota, desde su posición se le escapan ciertos movimientos sutiles que suceden más arriba de la altura de su pecho, apenas deduce por el movimiento de los pies que la mujer frente a ella está por levantarse, voy a buscar un vaso de agua, se disculpa y sale de la habitación.

Elena queda sola más de diez minutos, intenta salirse de ese sillón pero otra vez la levodopa empezó su curva descendente y la deja desnuda de movimiento. No pasó el tiempo suficiente para que el efecto de la medicación desaparezca y aunque sabe que el suyo no se mide como los otros tiempos mira el reloj, falta más de una hora para su próxima pastilla, así que es mejor que Isabel se demore, piensa, porque su tiempo que no entiende de agujas empezó a escurrirse como la arena se escurre entre los dedos, como se escurre el agua, y, Elena sabe, nadie podrá levantarla de ese sillón hasta después de que tome la próxima pastilla. Por la puerta que Isabel dejó entornada entra un gato siamés y va al sillón donde Elena está sentada. Se le sube, salí de acá, quién te dio vela en este entierro, le dice, y lo empuja hacia un lado. El gato, sin caerse, camina por el respaldo, pasa por detrás de su cuello agachado; el pelo del animal, al rozarla, eriza el vello de Elena. El de su nuca, el de sus brazos. Baja, por el respaldo y de a poco se aventura sobre ella, le busca las manos con la cabeza, las empuja, les reclama, si buscás que te acaricie, conmigo vas muerto, le dice, y el gato parece entender pero no resignarse, por eso insiste, maúlla, le busca otra vez las manos, y Elena le dice y se dice que no, que ella desde que se casó nunca tocó un gato, que su marido nunca le dejó a Rita tener uno, ni cuando descubrió el que tenía en una caja debajo de la cama y que alimentaba a escondidas dándole leche con un gotero, no, Rita, los gatos son sucios, lamen cualquier cosa que encuentran en el piso y después te pasan la lengua a vos, es chiquito, papá, no sabe lamer, en poco tiempo va a crecer y va a ser tan repugnante como cualquiera, a mí me gustan los gatos, papá. Pero el padre habló de sarna, y de empeines, y de hongos, y de enfermedades que hacen que los chicos nazcan ciegos o tontos, y otra vez de las escupidas que lamen para después lamerselos y, entonces Rita dijo, basta, papá, y dejaron de gustarle. Al tiempo era ella misma quien decía, los gatos son sucios, lamen una escupida y con la misma lengua se lamen ellos. Elena no sabe si a ella también dejaron de gustarle junto con Rita, o si nunca le gustaron, o si todavía le gustan. Sólo sabe que a su casa no entraban gatos porque su marido así lo dispuso, y Rita heredó su derecho a prohibir, entonces ella no los toca. Pero ésa en la que está ahora no es su casa, y el gato de Isabel insiste, con sus pies, los de Elena, se le mete entre las piernas, va y viene por donde no hay espacio. Si Rita me viera, piensa, y Elena sabe qué diría Rita si la viera, conoce de memoria su sermón y le gustaría escucharla, aunque la retara, aunque se enojara y la insultara, igual elegiría escucharla. Prefiere

su insulto a su ausencia pero sabe que no importa lo que ella prefiera porque la muerte se llevó su posibilidad de elegir. Su hija está muerta. El gato salta otra vez sobre su falda, camina sobre sus muslos, tenaz, a un lado y al otro, dibuja círculos, la mira desde algún lugar detrás de esos ojos azules, y Elena por fin sabe que lo va a hacer. Sabe que va a terminar acariciándolo. Le va a dar el gusto, para que se deje de pedir, para que no la moleste más, para que la deje, pasa su mano derecha, la que mejor responde, por la cabeza del animal y el animal se contorsiona, parece que te gusta, le dice, y piensa que tal vez a ella también le gustaría. Si pudiera. Si no le vinieran a la cabeza las palabras de su marido y de su hija, el gato es sucio, si fuera sorda como lo son sus pies, podría, tal vez, disfrutar de esa caricia, del animal haciéndole cosquillas suaves, si pudiera, si dejara que le guste, pero no deja, los gatos son sucios, lamen su propia escupida, le dice su marido a su hija muerta, y su hija muerta le dice a ella, y ella escucha, como si estuvieran ahí, los muertos le hablan, la retan, se enojan con ella, y Elena echa a ese gato para no oírlos más.

Pero el gato no se va, no alcanza con que ella mueva su mano y diga, fuera, michi, fuera. El animal apenas la mira y vuelve a echarse, porque él no escucha las voces que le hablan a Elena, a él no lo asustan. El gato echado sobre su falda empieza a entibiarse el regazo, se duerme sobre ella, y ella, ahora que no se siente responsable, después de haber intentado cumplirle a su hija y su marido, a su pesar, o no, lo deja hacer.

Disculpe la tardanza, dice Isabel y se sienta frente a ella. ¿Le molesta el gato?, pregunta. Y Elena dice que no, que no le molesta, pero ahora que ella lo dice, ahora que acepta ese animal expresamente, el gato se despierta con la charla y salta de la falda al suelo, la abandona, abandona su regazo tibio que otra vez se enfría. Isabel volvió maquillada, aunque Elena no lo note, se puso rubor, y se pintó los labios, tomó agua, dice, pero seguramente habrá tomado también otra cosa, un tranquilizante tal vez, porque se mueve más lento, y se sonríe, y la mira como si Elena no hubiera dicho diez minutos antes que Rita apareció ahorcada en el campanario de una iglesia. ¿A qué debo su visita entonces?, pregunta y corta un pedazo de budín que no piensa comer. ¿A qué vino?, y Elena empieza por aquella tarde cuando un policía golpeó a su puerta para decirle que Rita estaba muerta. Antes de que el hombre hablara ya Elena sabía que algo malo había sucedido, si un policía golpea a la puerta de uno, mala señal, le dice y la mujer asiente con la cabeza. Yo la esperaba de punta en blanco, peinada, teñida y depilada, Rita me había tomado el turno en la peluquería, yo no estaba de acuerdo, pero una vez hecho quería mostrarle, para que se pusiera contenta, para que supiera que esa noche cuando se acercara a la cama a acomodarme no vería ese bigote sobre mi boca del que tanto se quejaba, ni las raíces blancas y desprolijas. Pero Rita no llegó a verla, no llegó a verme, dice. Elena sí vio a su hija. La llevaron a la comisaría a reconocer el cuerpo, y recién de camino a la morgue me dijeron, su hija se colgó del campanario de la iglesia, señora, no puede ser ella, dije yo. Todavía tenía la marca de la soga alrededor del cuello, la piel morada y marcada, raspada por el yute deshilachado, los ojos y la lengua fuera de lugar, la cara hinchada. Olía a caca, sabe, no tuvo suerte según me dijo el médico forense, si hubiera tenido suerte se le habría partido el cuello y habría muerto enseguida, pero los huesos estaban intactos, murió después de un rato, por asfixia, los ahorcados que mueren por asfixia tienen convulsiones y se hacen caca encima, yo no sabía, claro, uno qué va a saber esas cosas. Elena sorbe de la pajita y el té sube, repite el mecanismo otras dos veces

antes de seguir y luego repite, olía a caca, ése fue el último olor de mi hija. Isabel la mira, la espera, apenas se mece en su silla. Dicen que ella se mató, pero yo sé que no, Elena dice, ¿cómo lo sabe?, pregunta Isabel, porque soy la madre, ese día llovía y mi hija no se acercaba a la iglesia los días de lluvia, ¿se da cuenta?, pero Isabel no está segura si se da cuenta de lo que la mujer intenta decirle, entonces se la queda mirando, y en lugar de darle una respuesta, hace una pregunta cualquiera para llenar el silencio, ¿quiere dejar la taza de té sobre la mesa?, no, todavía tengo un poco, responde Elena e Isabel le insiste, pero debe estar frío, ¿no quiere que le sirva otro más caliente?, no. Isabel se sirve té para ella, se calienta las manos con la taza, agita el líquido, lo mira moverse, y recién después bebe un sorbo. Yo insistí para que siguieran todas las pistas posibles, Elena dice, escribí una lista de sospechosos para el inspector Avellaneda, el inspector Avellaneda es el policía que asignaron al caso, pero todos los que podían haber sido estaban en otro lugar el día en que mataron a mi hija, ya no me queda quién incluir en la lista, ellos me dicen que me resigne, hasta el inspector Avellaneda me lo dice, pero yo me digo que no, que si quien la mató no está en la lista será porque no lo conozco, y si no lo conozco el universo se amplía, pudo haber sido cualquiera, y si pudo haber sido cualquiera, la investigación va a ser más difícil, voy a necesitar moverme, entrevistar gente, buscar pruebas, motivos posibles, fechas, datos, indicios. Elena se seca la baba que cuelga de su boca y se queda con la vista perdida en las pesuñas de la mesa que tiene frente a ella, le falta el aire, hace rato que no habla tanto, Isabel espera, le concede ese tiempo que necesita sin apurarla, sin interrumpir ni su silencio ni su respiración. Recién después de un rato Elena puede retomar la charla, dice, y para todo lo que viene necesito un cuerpo que no tengo, éste apenas me trajo hasta acá, hoy, no sé si mañana podría, ya no puede hacer mucho más, tengo Parkinson, ¿sabe?, sí, sé, ya me dijo, aclara Isabel, yo no gobierno sobre mi cuerpo, gobierna Ella, esa puta enfermedad puta, si me disculpa la mala palabra. Isabel le disculpa esa palabra, pero no hace falta decirlo, entonces dice otra vez, ¿a qué vino?, y Elena responde, a saldar una deuda. A saldar una deuda, repite Isabel y se la queda mirando, yo sabía. La mujer sonríe nerviosa, se lleva las manos a la cara y sacude la cabeza como si quisiera comprobar que lo que sucede no es un sueño. Sabía que algún día usted o su hija vendrían, dice, y Elena a su vez pregunta, ¿entonces me va a ayudar? Isabel se sorprende con la pregunta, no entiendo, dice, y Elena intenta explicarse, ¿va a saldar esa deuda? La mujer se levanta y camina unos pasos que no la conducen a ninguna parte, vuelve sobre ellos, la mira, ¿de qué deuda está hablando, Elena? Usted sabe, le contesta ella, no, no sé, dice Isabel. Elena entonces aclara, tal vez usted quiera ayudarme, por aquel día de hace veinte años cuando mi hija sin conocerla la ayudó a usted, la salvó, fue un llamado, mamá, tal vez usted se sienta en deuda y esté dispuesta a pagar lo que debe, y yo, que no me gusta reclamar, me aproveche de eso que usted sienta para encontrar lo que no tengo, un cuerpo, el cuerpo que me ayude. Elena se detiene, ya dijo lo que vino a decir y aunque no hizo una pregunta, espera una respuesta, pero Isabel no dice nada todavía, las dos mujeres sostienen el silencio hasta que a Elena se le vuelve incómodo entonces sigue, gracias a mi hija usted tuvo a la suya, formó su familia, pudo festejar cada Año Nuevo abrazada a ellos como muestran las fotos que nos mandan, su historia tuvo un final feliz, yo me quedé sin nadie a quien abrazar, y no es que hubiera abrazado mucho a mi hija en vida pero el hecho de no poder hacerla, porque está muerta, porque su cuerpo está enterrado bajo la tierra, porque de tierra somos y a la tierra volvemos como decía mi marido, me duele. Me duele, vuelve a decir, pero Ella se apodera de su lengua y sus palabras se oyen trabadas, sílabas

apretadas de sonido sin sentido que no puede ser decodificado por la otra mujer. Isabel se sirve otra vez té, bebe, la mira, pero no le habla, decide no hablar por el momento, sólo escuchar. El gato vuelve al sillón donde se acurruca Elena y camina por el respaldo, Isabel lo mira ir y venir, lo sigue con la mirada sin mover la cabeza, intuye que el animal molesta a la mujer que habla doblada frente a ella pero no interviene, no lo saca, esta vez no le pregunta a Elena si el gato le molesta, sólo lo mira, al gato y luego a Elena, mira a la que tocó su puerta veinte años después para saldar una deuda que ella también recuerda, aunque no hablen de lo mismo, ni coincidan en quién es el que debe. Deja la taza sobre la mesa y esta vez la mira, pero de otro modo. Mira su cabeza gacha, su cuerpo inclinado, su espalda agobiada. Mira las manos sobre su regazo apretando un pañuelo babeado, y cómo se inclina su cuerpo hacia la izquierda. Mira sus zapatos con barro y su pollera arrugada, y a pesar de lo que ve, dice, Elena, yo no puedo ayudarla, lo dice con calma como si toda la vida hubiera estado esperando ese momento, como si supiera cada una de las palabras que va a pronunciar, no la puedo ayudar porque a su hija la maté yo. Elena abre los ojos más de lo que se sabía capaz, tiembla, y no es Ella quien la hace temblar, sino Isabel, la mujer a la que salió a buscar esa mañana y que ahora frente a Elena dice, a su hija la maté yo. Elena se entrega a ese temblor que no conoce. La maté de tanto desearle la muerte, aclara Isabel porque cree que hace falta, no hubo un solo día de mi vida que no le haya pedido al dios que fuera, al mago que fuera, al astro que fuera, que su hija muriera, y al fin murió. Elena respira con dificultad, babea más que de costumbre como si esa baba fueran sus lágrimas, tiembla, pero no llora. Lo siento, usted es la madre y respeto su dolor, pero no es el mío, la maté pero nunca iré presa, porque la maté con el pensamiento, yo le deseé la muerte con vehemencia, la maté sin nunca haber vuelto a hablar con ella en estos veinte años, sin haberla tenido frente a mí cara a cara, la maté aunque haya sido otro el que puso la soga alrededor de su cuello, como ella me mató a mí aquella tarde en que me encontró y me metió en su casa, ¿se acuerda de aquella tarde, Elena? Y Elena claro que se acuerda, si no se acordara no estaría allí. Usted confunde las cosas, Isabel, no entiendo lo que habla, le dice, es que no estamos hablando de la misma deuda, Elena, le contesta la otra, ni coincidimos en quién le debe a quién, ¿de qué estamos hablando entonces?, pregunta Elena mientras desliza el pañuelo sobre su boca y las últimas sílabas de sus palabras se le empastan con la baba que retira. Las mujeres se quedan calladas otro instante, el gato va de una a la otra. Isabel se levanta y enciende un velador que da una luz que, Elena sabe, no hace falta. Qué absurdo que usted pensara que yo me sentía en deuda con su hija, qué absurdo que durante veinte años usted creyera algo tan distinto de lo que yo creo, y que yo siguiera mi vida y usted la suya, construyendo el pasado, construyendo ese día, esa tarde, como si no hubiéramos estado juntas en el mismo lugar y en el mismo tiempo. Absurdo, sí, dice Elena, Rita es arrebatada, era arrebatada, pero gracias al arrebato de mi hija usted tuvo a la suya, no hay mal que por bien no venga, dice, pero Isabel la interrumpe, nunca entendí ese dicho, Elena, ¿cuál es el bien y cuál el mal al que se refiere?, y en tal caso, si nos pusiéramos de acuerdo en eso, ¿es el mal el que viene por el bien o el bien por el mal?, otra vez confunde todo, y me hace confundir a mí, me hace pensar, le dice Elena, yo no quería ser madre, dice Isabel veinte años después, usted creía que no quería, corrige ella, yo nunca quise, insiste la mujer, usted lo pensaba sin tener el bebé en brazos, pero cuando lo tuvo sobre su cuerpo, cuando le dio el pecho, usted, Elena no puede terminar su frase porque Isabel la corta para decir, nunca pude darle el pecho, mi pecho estaba vacío, lo siento, dice Elena, no lo sienta, yo no quería ser madre, lo quisieron los demás,

mi marido, el socio, su hija, usted, mi cuerpo creció nueve meses y nació Julieta, la obligaron a cargar con una madre que no quería serlo, dice la mujer, Elena insiste, pero hoy que la ve, hoy que está ahí, y vive en su casa y la llama mamá, no me llama mamá, me llama Isabel, ella siempre supo, no hizo falta decirle, yo hice lo que pude, cumplí con mi deber, le di de comer, la llevé al colegio, le compré ropa, le festejé sus cumpleaños, hasta la quise de alguna extraña manera, ella es una buena persona, es fácil quererla, pero nunca pude sentirla mi hija, su padre sí, él fue siempre su padre y su madre de algún modo también, él es el que saca las fotos y las manda cada fin de año, él y su socio, el padrino de Julieta, con quien comparte la clínica y otros asuntos, ellos son sus padres, yo soy otra cosa, algo que no tiene nombre, alguien que le tiene aprecio como se le puede tener a una amiga, o a una vecina o a una compañera de cuarto o de viaje, eso somos, ¿sabe?, compañeras de viaje, pero yo no sé qué siente una madre porque no lo soy, ¿qué siente una madre, puede decirme, Elena? Pero Elena no puede hablar, tiembla, como nunca antes lo había hecho, quisiera no escuchar a esa mujer que le habla, levodopa, dopamina, Ella, la puta, Mitre, 25 de Mayo, Moreno, Banfield, Lanús, Lupo, el hipódromo, repite, mezcla, combina palabras que ya ni sabe qué nombran, y aún en medio de su rezo, perdida, escucha a Isabel que dice, no fui madre por más que me hayan obligado a serlo, sería bueno que después de veinte años, al fin, usted también lo entendiera. La mujer se acerca a la chimenea, toma la foto donde aparece con su marido y su hija y se la acerca a Elena, esto es lo que somos, una foto, un instante retratado para los demás. Elena mira la foto que ya conoce, trata de entender, busca la falla, tal vez la sonrisa de Isabel en la imagen no signifique lo que siempre significa una sonrisa, o tal vez sus brazos cruzados debajo de su pecho quieran decir algo que no entiende, o quiera decir algo su mirada tardía, una mirada que llega después de las otras, un instante después de que la máquina obturó, desde otro lugar u otro tiempo. Elena deja la foto en el sillón, junto a ella, intenta pararse pero no puede, quiere irse de esa casa donde no encuentra lo que busca para volver a la suya, repetir el camino en sentido contrario, Olleros, Libertador, hipódromo, pero no puede, se confunde, se equivoca, ni siquiera puede pararse, tiembla. Isabel se acerca y dice, ¿la ayudo?, sería inútil, contesta Elena, tengo que esperar, entonces espere, yo no tengo apuro, dice la mujer, y Elena aclara, vamos a tener que esperar juntas. Isabel se la queda mirando y luego dice, parece que es lo que estuvimos haciendo todos estos años. Las dos quedan en silencio otra vez. Elena sabe que Isabel la está mirando, sabe qué mira, ella a su vez inspecciona las piernas de esa mujer que la observa, surcadas por pequeñas venas azules como telas de arañas. Isabel se da cuenta y las corre a un costado. Qué distinto resultó todo, dice Elena, ¿distinto de qué?, de lo que siempre creí, distinto de lo que me hizo recorrer el camino hasta su casa, si hubiera sabido no habría venido. Isabel agacha la cabeza para encontrar con sus ojos los de Elena pero Elena le rehúye, entonces ella no la obliga a mirada, se incorpora y después dice, no crea, a lo mejor habría venido de todos modos. Usted me confunde, dice otra vez Elena, y corre la mirada de un lugar a otro de la habitación buscando no sabe qué. Isabel se acomoda en el sillón frente a ella, aquella tarde su hija me dijo que si me hacía un aborto oiría el resto de mi vida el llanto de un bebé en mi cabeza, pero ella no se había hecho un aborto, ella no sabía, repetía lo que alguien le había dicho, tal vez un hombre, tal vez no, alguien que creía saber. Me gustaría haber hablado con su hija antes de que muriera y contarle lo que oía en mi cabeza cada día de mi vida desde aquél, ése en el que en medio de un vómito ella me arrastró a su casa. Elena, a pesar de la confusión, hace un esfuerzo por escucharla, por seguir lo que dice la mujer que tiene frente a

ella, se concentra, aprieta la cara para entender esas palabras que le llegan borradas, pero apenas oye parte de lo que Isabel dice, si lo lograra, si pudiera oír todo lo que la otra tiene para contar la escucharía decir, no sé qué siente una mujer que se hace un aborto pero sí sé lo que siente una mujer que no quiso ser madre y lo fue, ¿sabe qué, Elena?, la culpa de sus pechos vacíos, y el dolor por esa mano que se estira pidiendo la suya y la suya, aunque la tome, no quiere tocarla, siente no saber acunar, ni arropar, ni mecer, ni entibiar, ni acariciar, y la vergüenza de no querer ser madre, porque todos, los que dicen saber, aseguran que una mujer tiene que querer ser madre. La mujer hace una pausa para acomodarse el cabello que le cae sobre la frente y se seca el sudor con la mano. Elena aprieta el pañuelo abollado pero no se lo ofrece porque sabe que ese trapo con el que seca su baba no es digno de ser compartido. Como su hija, que ni me conocía, su hija que no se atrevió a ser madre pero dispuso de mi cuerpo como si fuera de ella, así como hoy usted, que no vino a saldar una deuda sino a cometer el mismo delito, veinte años después. La mira y repite, usted vino a usar mi cuerpo. Yo no, dice Elena, ¿no acaba de decir eso hace unos minutos?, no, no vine a eso, pero eso es lo que dijo, no sé qué dije, debería saberlo, usted me confunde, ¿a qué vino a mi casa, señora?, me hace confundir, si no vino eso, ¿a qué vino?, dígalo de una buena vez, y después váyase. Elena no logra ver sus ojos pero sabe que la mujer llora, lo sabe por como se mueven sus piernas, como si temblaran. Ahora es ella la que decide concederle tiempo a la otra. Mira otra vez la alfombra, los pies de Isabel se rozan uno con el otro, como si se acariciarán. Deja los pies de la mujer y busca al gato pero no lo encuentra, sabe que tiene que decir algo, aclarar la ofensa, decir que no, yo no vine a eso, decir que ella no vino a cometer ningún delito, que ella nunca en su vida cometió delito alguno, pero no puede, no logra pensar con claridad, no sabe. Ya no sabe. Entonces es Isabel quien continúa y repite por tercera vez, llorando, la pregunta que todavía ninguna de las dos puede responder, ¿a qué vino a mi casa? Elena se queda repitiendo las palabras de Isabel dentro de su cabeza, protegiéndose de ese llanto que no quiere escuchar, y como la marea tanta palabra sollozada vuelve al rey, y a la puta, a la levodopa y la dopamina, a las calles de atrás para adelante y de adelante para atrás, pero en el medio se equivoca, sabe que le faltan nombres, que se saltea más de los que quisiera, insiste, repite, se aturde, el llanto de Isabel no la deja encontrar el camino hacia su rezo, ni la dejan sus preguntas, ¿por qué está tan segura de que su hija no se suicidó? Porque llovía, carajo, se enoja Elena, y mi hija le tenía miedo a los pararrayos, tenía miedo de que el rayo cayera sobre ella, jamás se hubiera acercado a una iglesia un día de lluvia. Isabel la corrige, jamás no es una palabra aplicable a nuestra especie, hay tantas cosas que creemos que jamás haríamos y sin embargo, puestos en ese lugar, las hacemos. Elena siente un calor que sube por su cuerpo hasta hervirle la sangre, no sabe qué hacer, qué decir, o sí que sabe, piensa, golpearía a esa mujer que tiene delante de ella, la agarraría de los hombros y la sacudiría, y así agarrada le gritaría mirándola a los ojos, ¡callate!, ¡callate de una buena vez!, sin embargo por más que quiera no puede hacerlo, ni siquiera puede levantarse e irse, está ahí, en esa casa, atrapada en la trampa que ella misma se puso, condenada a escuchar lo que Isabel tiene para decirle, como una maldición. Sin embargo, lo irremediable de esa condena, lo que de inevitable tiene, es lo que hace que poco a poco el calor se diluya, su cuerpo se afloje, y ella vuelva a ser una mujer doblada, con la cabeza gacha, que escucha lo que otra mujer tiene para decirle. Isabel se seca las lágrimas con las manos, y las manos con la pollera, respira hondo para asegurarse de que ya no va a llorar, y luego dice, yo hubiera jurado que jamás me habría hecho un aborto, pero siempre pensé en esa

posibilidad no estando embarazada, mi decisión estaba en mi cabeza no en mi cuerpo, sin tener nada dentro lo pensaba, hasta que lo tuve; cuando lo tuve, cuando fui a buscar el resultado del análisis y decía positivo, entonces dejé de pensar y supe por primera vez. Isabel la mira, espera que Elena diga algo, pero Elena todavía no puede decir, entonces sigue, uno confunde creer con saber, uno se deja confundir, cuando leí el resultado y vi positivo supe que lo que llevaba dentro no era un hijo, y tenía que solucionarlo lo antes posible. Elena se pasa el pañuelo por la cara como si ella también traspirara, siente el trapo húmedo recorriéndola. Isabel le dice, a usted le podrían haber contado muchas veces lo que es estar enferma de Parkinson, con palabras precisas, gráficos, cuadros, pero usted sólo supo de verdad cuando la enfermedad estuvo metida en su cuerpo. Uno no puede imaginarse el dolor, la culpa, la vergüenza, la humillación. Uno recién sabe frente a la vida, la vida es la gran prueba de nosotros mismos. La mujer se para y va hacia la ventana, mira hacia fuera, si Elena pudiera ver, vería la copa de un árbol que revienta de hojas nuevas y verdes pero como no ve, se pregunta qué mira esa mujer a través de la ventana. Nunca estuve enamorada de mi marido, sabe, nos casamos vírgenes los dos, las primeras noches no pude abrirme para hacer el amor con él, no pudimos, recién tres meses después de casados lo logramos, con violencia, él me abría las piernas y decía, las vas a abrir, como sea las vas a abrir, tuve moretones por varios días, y dolor, un dolor que me duró mucho tiempo, no fue sólo esa noche, siguió hasta que quedé embarazada y después nunca más me tocó, hace veinte años que no me toca, ¿le molesta que le cuente?, y a Elena le molesta mucho menos el dolor de esas piernas abiertas que el suyo, pero no lo dice, sólo hace un gesto con la mano para que la mujer continúe. Salen con su socio, se van de viaje, es su confidente, mi marido lo eligió padrino de Julieta, es el que aparece junto a ella en esa foto sobre la chimenea. Isabel va hacia la chimenea y busca la foto, se la queda mirando un instante y luego se la alcanza a Elena, al sillón que ocupa. Elena toma el retrato y lo mira, él, dice Isabel. Las mujeres se quedan otra vez en silencio. Elena no sabe qué hacer con la foto que tiene en la mano, busca la otra, la que miró antes, aquella donde el hombre, el padre de Julieta, abraza a las dos mujeres, junta los dos portarretratos uno sobre el otro y se los da a Isabel que sin mirarlos los deja otra vez sobre la chimenea, los acomoda respetando el lugar donde estaban, el ángulo, la distancia. Aquella noche en que mi marido me tomó por la fuerza él estaba ahí, no lo vi, la habitación estaba a oscuras, pero estoy segura de que estaba ahí, Marcos solo no se habría atrevido, no habría podido. Isabel vuelve a sentarse en su lugar, frente a Elena. También estaba acá aquella tarde en que ustedes me trajeron de vuelta, no me hagan entrar, les rogué. Él ayudó a mi marido a mantenerme controlada los nueve meses de embarazo, me tuvieron casi presa, sedada, con una acompañante terapéutica todo el día, como si estuviera loca, estás loca, me decían, y otra enfermera durante la noche, velando mi sueño, ellos dispusieron todo y yo dejé que lo hicieran, nunca fui una mujer fuerte, la única fuerza que logré juntar fue la que aquella tarde en que nos conocimos me llevó a ese lugar cerca de su casa, ¿quién es esta mujer, Rita?, ¿por qué volviste?, fue un llamado, mamá. Una enfermera que trabajaba en la clínica de mi marido me pasó el dato, me vio llorar la mañana en que fui a verlo con los resultados del análisis, seguramente también escuchó los gritos, él ya lo sabía, le habían avisado del laboratorio, en ese ambiente también hay informantes que trabajan para quienes tienen algún poder, fui a rogarle, a decirle que yo no quería tener un hijo, me dio una cachetada, dijo que se avergonzaba de mí, que no me repudiaba por respeto a lo que llevaba dentro, salí al pasillo y quise andar pero no podía, me senté en un sillón, entonces fue cuando se

acercó esa mujer, la enfermera, y sin decir nada metió en mi bolsillo un papel con una dirección y un nombre: Olga. Nunca fui una mujer fuerte, la fuerza que junté la perdí aquella tarde en que nos conocimos usted y yo. Elena todavía tiembla, Isabel se le acerca y aunque no dice nada, ella escucha dentro de su cabeza su voz repitiendo una y otra vez, ¿a qué vino?, una voz que da vueltas y le desordena la suya, la que ya ni siquiera puede recitar las calles que la llevarán de regreso a su casa. Un día, cualquier día, el día en que su hija me encontró vomitando en una vereda, o el día en que su hija apareció muerta en el campanario de una iglesia, o el día de hoy, la vida nos pone a prueba, ya no es la puesta en escena en un teatro imaginario. Ése es el día en que se nos produce la verdadera revelación, estamos solos, cara a cara con nosotros mismos, ese día no hay mentira que valga. La mujer va otra vez a la ventana, acomoda la cortina, desata el moño que hace de agarradera y lo vuelve a atar. Isabel mira a Elena, mira a esa mujer que no responde, a la mujer de cabeza gacha que no puede levantarse para mirada a la cara, se acerca, la espera, se queda a su lado sin decir nada el tiempo que cree que hace falta para que ella también pueda decir. Llovía, dice Elena cuando puede, pero Isabel no se permite ser piadosa y contesta, no discutamos la lluvia, es lo que tengo, entonces no tiene nada, ¿qué pretende de mí?, se enoja otra vez Elena e Isabel le aclara, yo no pretendo nada, es usted la que vino a mi casa, me confunde, dice Elena, me hace confundir todo. Isabel la espera una vez más, le da otro tiempo y recién cuando cree que podrá escucharla dice, yo necesité que la menstruación se retirara y que el resultado del laboratorio diera positivo para saber, por qué no piensa qué prueba le habrá puesto la vida por delante a su hija para que a pesar de creer que jamás se acercaría a una iglesia un día como ése, lo haya hecho, haya decidido caminar bajo los rayos y los truenos que según ella podían matarla, tal vez hasta haya buscado precisamente eso, lo que temía, que uno de esos rayos la partieran al medio, y al no conseguirlo, al llegar mojada pero viva a ese lugar que le mintió, eligiera subir al campanario, intentara hacer un nudo que nunca sospechó que sabía hacer, se pusiera una soga al cuello y se colgara.

3

Dos días antes de colgar del campanario, Rita fue a ver al doctor Benegas. Elena no supo, no le contó. Se lo contó el inspector Avellaneda cuando su hija ya estaba muerta. Elena quisiera saber de qué hablaron ese día, pero antes no le importó preguntar, y ahora se encuentra demasiado lejos de quien podría responderle. Sin embargo, sí sabe de qué hablaron quince días atrás, porque ella estuvo ahí. Fue la última vez que vieron juntas al doctor Benegas, pero no en su consultorio sino en la clínica. Él había propuesto que Elena se internara dos días para hacerse estudios, es mejor hacer todo junto, Elena, si no la vamos a hacer ir y venir muchas veces, y usted no está para ir y venir. Elena se internó, llevó dos camisones nuevos, aunque sólo estrenó uno, siempre guarda camisones sin estrenar desde que supo que está enferma, por si me internan de sorpresa. Pero aún internada quiso mantener uno sin estreno, ya no supo por qué. Le sacaron sangre, le hicieron resonancias, probaron sus reflejos golpeándole las rodillas, le miraron dentro de los ojos, la miraron dentro no se acuerda con qué aparato o con qué rayos. Pero miraron, eso sabe. La hicieron caminar, levantar los brazos, bajarlos, sentarse, pararse, a ver, María, le dijeron, porque aunque nadie la llama por ese nombre en su documento dice María Elena y con ese nombre la internaron, María E., pero a la E la ignoraron, le hicieron preguntas, ¿cuánto tiempo tarda en sentirse bien después de que toma la pastilla?, ¿cuánto tiempo tarda en hacer el primer efecto, María?, ¿y el efecto completo?, ¿cuánto dura? Anotaron cada respuesta y cada cosa que vieron, el médico a cargo, uno de los mejores especialistas en Parkinson del país, les había dicho el doctor Benegas, y todo su equipo, porque el especialista no venía solo sino con su séquito orgulloso de pertenecer a ese hospital escuela, un grupo de diez médicos recién recibidos que aprendían con él, y con ella. A veces volvían de a dos o de a tres, a preguntar cosas que ya habían preguntado, a tomarle la presión, o sólo a mirarla. A veces se confundían de paciente y le preguntaban por una enfermedad de la que ella ni siquiera había oído hablar en su vida. O preguntaban por síntomas o dolores que Elena no sentía, entonces se ponía contenta, porque si no los sentía tan mal no estaba, hasta que por alguna pregunta o comentario fortuito, ¿hoy no viene su marido, Zulema?, se daba cuenta de que no hablaban de ella, que habían confundido la habitación, o la historia médica, el piso o el pabellón. Igual ella era amable con todos, si alguien podía ayudarla eran los médicos, y si había muchos mejor. Pero no la ayudaron. Después de los dos días de estudios vino el doctor Benegas a dar su informe, bueno, ustedes saben que el Parkinson y su evolución se estudian clínicamente, no hay un valor en la sangre ni en ninguna parte del cuerpo que diga que uno tiene Parkinson, ni cuánto tiene, ni cuánto avanza, entonces sólo podemos observar la clínica, ¿me entienden?, dijo, pero las mujeres no contestaron entonces Benegas continuó, es en ese contexto que me veo obligado a darles cierta información y transmitirles algunas conclusiones a las que llegamos, díganos, doctor, dijo Rita, no sé si usted, Elena, díganos, doctor, confirmó Elena, su madre tiene un tipo particular de Parkinson, un Parkinson que nosotros llamamos Plus, ¿me entiende?, ¿plus?, preguntó Elena, superior, algo más que un Parkinson común y corriente, aclaró Benegas, hicimos una batería de estudios antes de llegar a esta conclusión, y ya no tenemos dudas, es un Plus, un plus, repitió Rita, sí, confirmó

el médico, ¿plus quiere decir más?, sí, ¿más?, sí, más, ¿hay más, doctor?, insistió Rita, parece que sí, hija, contestó Elena pero a Rita no le alcanzó con la respuesta de su madre y dijo, ¿a usted le parece poco con lo que ya tenemos, doctor?, yo no digo que sea poco, pero digo que hay más, y yo, doctor, me pregunto si usted sabe de lo que habla, ¡Rita!, la retó Elena, ¿más dice usted?, volvió a preguntar su hija ignorándola y luego continuó, más que babear, que hacerse pis encima y aunque se lave oler siempre a orina vieja, más que no poder dar un paso a voluntad, más que arrastrar los pasos que sí puede dar gracias a su levodopa, dígame, doctor. Dijo otra vez, ¡dígame!, y se lo quedó mirando hasta que Benegas pareció dispuesto a cumplir su orden, Rita, me parece que delante de su madre debemos, pero no pudo terminar su frase porque ella lo interrumpió, más que mirar siempre el piso y estar condenada a andar el resto de la vida con la cabeza gacha como si algo la avergonzara, más que ser un espejo desagradable donde los demás evitan mirarse o se miran sin reconocerse, ¿más?, Rita, no es el momento, yo entiendo, no, usted no entiende, lo corrigió, el doctor no tiene la culpa, hija, yo tampoco, mamá, mejor vamos, pidió Elena pero Rita todavía no había acabado, más que sentarse y sólo poder pararse con ayuda, más que no poder cortarse las uñas de los pies, ni atarse los cordones de las zapatillas, ¿más?, ¿hay más que deglutir con dificultad, sentir que el aire no pasa y que uno puede morir ahogado?, más que comer con las manos, que tener que intentar cien veces antes de poder tragar una pastilla, más que sólo poder beber a través de la ridícula circunferencia de una pajita de plástico o el calado de una bombilla, más que no poder bajarse o subirse la bombacha sola, ni limpiarse el traste después de ir al baño, vamos, hija, trató de convencerla Elena pero Rita ya no escuchaba más que a ella misma, ¿hay más doctor?, más que no poder abrocharse una blusa, ni colocarse el reloj pulsera, ni correr el cierre de una cartera, más que no poderse poner ni sacar la dentadura postiza, más que caerse de lado si nadie sostiene su cuerpo, de a poco, casi sin notararlo, hasta quedar acostada en el banco que sea, en el lugar que sea, frente a quien sea, más que firmar con dificultad y apenas entender la propia letra, más que aceptar que la boca se apriete, se resista a modular y no deje entender sino con mucho esfuerzo e imaginación las palabras que pronuncia, ¿más?, ¿usted dice que hay más, doctor?, la invito a que, intentó decir Benegas pero ella lo interrumpió violenta, no me invite a nada. Rita se paró, apoyó las dos manos sobre la mesa y acercó la cara al médico, mire si puede esos ojos vacíos, la cara sin expresión, esa sonrisa hueca, ¿a esta pobre mujer, se le pide más?, su madre es fuerte, tiene que agradecer eso, ¿y a mí?, ¿qué me pide a mí?, eso justamente, Rita, un poco más, lo lamento, pero así será, se le pedirá más, ¿a qué se refiere exactamente?, no me pida que sea más exacto delante de su madre, no se lo pido, se lo exijo, yo también quiero saber, doctor, pidió Elena, dígame qué más me va a pedir, si usted lo prefiere, Elena, me veo en la obligación de decirle todo lo que sé, la enfermedad avanzará más rápido de lo previsto, en poco tiempo tal vez usted no se levante de la cama, no pueda comer sin ayuda, ni levantarse para ir al baño, sólo podrá deglutir papillas o líquidos, no se le entenderá nada cuando hable, no podrá leer, es posible incluso que se presenten síntomas de demencia senil, olvidos, lagunas, usted, Rita, va a tener que pensar en poner alguien que cuide a su madre mientras esté en el colegio, cuanto antes lo haga mejor va a ser para las dos, el tiempo se acorta. Rita se incorporó y sin dejar de mirarlo dijo, ¿usted está hablando de muerte, doctor?, no, no se trata de supervivencia, el asunto en juego no es el plazo sino la calidad de ese tiempo de vida, ¿y qué solución hay, doctor?, ninguna, Rita, es lo que le tocó, lo que me tocó, hija, lo que nos tocó, mamá, ningún remedio, ninguna solución, ninguna. Rita se lo queda mirando y luego dice, sí,

hay una doctor, ¿cuál?, usted sabe, ¿a qué se refiere?, Plus dice usted, y yo digo que si uno no quiere más usted sabe, no la entiendo, uno puede elegir, doctor, no siempre, Rita, mientras uno esté vivo hay esperanza, su madre va a vivir, su madre quiere vivir, yo quiero vivir, hija, no estoy hablando de mi madre, si hay más soy yo la que no sé si voy a poder, me querés meter en un geriátrico, no, mamá, un geriátrico, no, dejame sola, no me atiendas si no querés, pero en mi casa, no entendés nada, mamá, va a poder, claro que sí, por su madre, no, yo quiero en mi casa, Rita, yo puedo, hija, ahora nos toca a nosotros devolverles lo que nos dieron, ella la necesita como usted necesitó a su madre años atrás, va a tener que ser la madre de su madre, Rita, porque la Elena que conocimos va a ser un bebé, ¿un bebé?, qué dice doctor, mi madre no puede ser un bebé, un bebé es lindo, un bebé tiene la piel suave y blanca, y la baba clara, transparente, el cuerpo de un bebé poco a poco se va irguiendo, un día aprende a andar, camina, le salen dientes nuevos, blancos, sanos y a mi madre le pasará exactamente lo contrario, mírela, en lugar de controlar los esfínteres se hará encima, en lugar de hablar se quedará muda, en lugar de erguirse se agachará cada vez más, se doblará, se vencerá, y yo estoy condenada a ver cómo su cuerpo va muriendo sin que ella muera. Rita, por primera vez en mucho tiempo, lloró. No, doctor, mi mamá no va a ser un bebé, y no creo que yo pueda ser esa madre que usted me pide, la vamos a ayudar, Rita, ¿a mí o a ella?, a las dos, mire, dijo Benegas y sacó de su portafolios un sobre lleno de folletos. Eligió algunos y los extendió sobre el escritorio, hacia donde las mujeres estaban. Rita los dejó flamear en el aire, usó sus manos para secarse las lágrimas que le atravesaban la cara, pero no agarró los papeles que el médico le acercaba entonces Elena se estiró, tendió la mano y esperó que el doctor Benegas apoyara en ella los papeles que ofrecía. Gracias, dijo, apretando los folletos tanto como podía, le acercó el brazo a su hija para que la ayudara a pararse, y se fueron.

Caminaron de regreso una detrás de la otra, Rita delante y dos metros más atrás Elena. Como cuando disparaban latigazos. Como si hubieran peleado. Pero no lo habían hecho, ni siquiera se habían dirigido la palabra de camino a casa. Rita avanzaba más lento que de costumbre, pero no tanto como para que la alcanzara su madre a pasos arrastrados. Al llegar a la casa se encerró en su cuarto y Elena fue a la cocina a preparar la cena. Puso a calentar agua para unos fideos, y esperó. Mientras corría el tiempo necesario para que el agua hirviera sacó los folletos de la cartera y llamó a su hija para que los vieran juntas, pero Rita se estaba bañando y no respondió a sus gritos, entonces empezó ella. Elena saltó todo lo que ya sabía. No se detuvo en las generalidades de la enfermedad ni en sus síntomas. Sólo en aquellos que no conocía. Cara de pez o máscara, por falta de expresión en los músculos de la cara. Hizo un esfuerzo para ver su reflejo en el vidrio de la ventana que empezaba a empañarse con el vapor del agua. Si tenía cara de pez ella nunca se había dado cuenta, ni nadie se lo había dicho. Podía ser, juntó los labios como para dar un beso cerrado y los abrió y cerró varias veces como si el pez que escondía su cara estuviera respirando a través de sus branquias. Podía ser, cara de pez. Acatisia, falta de capacidad de estar sentada sin movimiento; ése no era un síntoma suyo, ella podía quedarse quieta. Todavía. Hipocinesia, pensó que ese síntoma tampoco era suyo, pero siguió leyendo y se enteró de que no era suya la palabra, pero sí lo que nombraba: falta de movimientos. Estreñimiento, a veces, los intestinos perezosos del doctor Benegas, pero nada que no se pudiera solucionar cocinando verduras y compotas. Dejó los síntomas y pasó a las causas. No le importó si lo que daña la

sustancia nigra es una toxina o los radicales libres; ignoró el porcentaje de causas genéticas, quince por ciento, en su familia ella no recuerda a nadie que haya tenido Parkinson. Pasó a algunos datos curiosos que le llamaban la atención, como que la enfermedad se llama así porque «la describió el médico inglés, James Parkinson, en 1817, aunque en ese entonces la llamó parálisis agitante». Se quedó pensando en el verbo utilizado. Describir una enfermedad. Observarla, mirarla para luego contársela a otros, con las contradicciones que ello puede provocar, como contradictorio es decir que un cuerpo paralizado se agita. Contarle la enfermedad a ella que ahora la conoce mejor que nadie porque se le metió dentro. Ella podría describirla mejor que el doctor Parkinson, pensó, entonces se llamaría «el mal de Elena». O Elena, simplemente, sin agregados, como Parkinson. Volvió a llamar a Rita antes de pasar a los consejos para vivir mejor, un folleto dedicado a enfermos y a quienes los cuidan. Pero el agua seguía corriendo dentro del único baño de la casa, y Rita no contestó. Otra vez empezó sola, el folleto hablaba de ansiedad, depresión y angustia, tanto del enfermo como de quien lo acompaña, a quien el folleto llamaba «el cuidador». Rita. Aconsejaba al cuidador practicar ejercicios de relajación que terminaran con técnicas de respiración al tiempo que proponía repetir la frase «que la tensión fluya y salga por los pies». O inspirar y espirar durante quince minutos repitiendo la palabra «calma» como si fuera un mantra. Calma. Calma. Pensó que un mantra más adecuado para ella sería, mierda, mierda, mierda. Se levantó a echar los fideos. Le costó rasgar la bolsa de plástico y terminó atravesándola con un cuchillo y jalando. Algunos fideos se cayeron al piso. El resto los metió en la olla. Volvió a la mesa y tomó el último folleto. Consejos para estar mejor, tres categorías: actividades para hacer con otros, actividades que signifiquen logros, actividades placenteras, el folleto sugería que cada paciente y cuidador hiciera su propia lista y luego se propusiera dos actividades por día. Ella obedeció e hizo la lista en su cabeza. Leyó los ejemplos que aparecían impresos para tomarlos como modelo. Hacer deporte con un amigo, ir de compras, ir a la playa, participar en una obra de teatro, cantar en un coro. Descartó todas las enunciadas para ella y para Rita. No había playa cerca, nunca en su vida practicó ningún deporte, odia gastar plata comprando cosas inútiles, subirse a un escenario o cantar. Siguió por las actividades que signifiquen logros. Reparar una lámpara que no funcione, escribir un poema, hacer un muñeco de nieve, resolver un crucigrama. Anotó en su lista mental resolver un crucigrama y se preguntó dónde habrían impreso ese folleto, ella nunca había visto nieve, nunca la había tocado, ¿huele la nieve?, se preguntó, la lluvia huele. Hacer un muñeco de nieve. El agua en el baño dejó de correr, Elena oyó abrir y cerrar con fuerza la puerta del cuarto de Rita. Se acercó a controlar la pasta, los fideos ya habían subido a la superficie entonces bajó el fuego de la hornalla al mínimo. Se quedó junto a ellos unos minutos más hasta que sin probados, sólo por el color y la apariencia, supuso que habrían hervido el tiempo necesario. Coló los fideos en la pileta, unas gotas de agua hervida saltaron para caer sobre su empuje y quemarla. Agregó a su lista mental de logros, colar los fideos sin que salten gotas. Llenó una fuente con trozos de manteca y puso los fideos dentro. Los tapó con un repasador para que no se enfriaran. Volvió a la mesa a leer la lista que le quedaba. Actividades que den placer: dar un paseo por el campo. Ni campo, ni playa, ni nieve. Ver el programa preferido de televisión, eso lo agregó a la lista. Leer un libro de chistes, abrazar a alguien que ama. Abrazar. No se acuerda cuándo fue la última vez que abrazó o la abrazaron. No puede acordarse.

Apareció Rita en el marco de la puerta y dijo sin gritar, dejaste la hornalla prendida, va arder la casa, y avanzó pero no fue a apagar el fuego sino a sentarse delante de su plato vacío. Elena, desde esa posición, no pudo ver sus ojos rojos. Se acercó a su hija y le puso los folletos delante, fijate lo que nos dio Benegas, hija, algunas cosas pueden, no terminó la frase, Rita le sacó los folletos de la mano con violencia, los tuvo delante de ella un instante, sin leerlos, sólo apretando la mano con fuerza y dejando que sobre esos papeles que sabía inútiles se apoyara la mirada de sus ojos rojos y huecos, ya basta, mamá, dijo, basta, se paró y avanzó hacia la hornalla encendida, levantó el fuego a máximo, acercó los papeles y los hizo arder. Cuando la llama estaba a punto de quemar su mano los dejó caer, los papeles abrasados de fuego flamearon en el aire hasta terminar ardiendo sobre el piso de mosaico verde, junto a los fideos crudos que un rato antes se le habían caído a su madre.

Rita, inmóvil, los miró arder, crepitar la llama, bailar ardiendo hasta cambiar de color, derretirse, convertirse en cenizas, y por fin, irse al lugar donde va el fuego cuando se apaga.

Elena toma la pastilla que le toca y espera, sentada en el sillón de la casa que salió a buscar esa mañana, con un gato que acaba de conocer sentado a sus pies y una mujer que sólo vio una tarde hace veinte años esperando con ella. Tiene la pastilla en la boca, la siente a medio camino, con la esperanza de que baje lo que falta. Mientras tanto no puede decir nada porque al abrir la boca para decir, la pastilla subiría el tramo que bajó y tendría que empezar todo el trámite otra vez. Muda, mira las piernas de la mujer que salió a buscar esa mañana y aunque no dice palabra le pide unos minutos más, los necesarios hasta que la levodopa se disuelva y su cuerpo se pueda poner en marcha para desandar el camino que la trajo hasta su casa. Isabel entiende su gesto o su mirada, tómeselo el tiempo que necesite, ya le dije que no tengo apuro. Elena cierra los ojos e intenta pensar las palabras que siempre la acompañan, pero se confunde una vez más, se le mezclan, se pregunta si en caso de que estuviera sola podría contar calles, las que tiene que andar hasta el tren que la llevará de regreso, y también las otras, las que separan la estación de ferrocarril de su casa, de adelante para atrás y de atrás para adelante, una, dos, cien veces, se pregunta si podría decir su rezo incluyendo al rey derrocado y al emperador sin traje, al chasqui y a la puta; el cleidomastoideo, la sustancia nigra, la puta y la levodopa. Pero no cuenta ni reza porque sola no está y todo se le mezcla, además si pierde el orden se pone nerviosa, entonces la medicación tarda más en hacer efecto. Respira, ya casi no tiembla. La mujer le sirve otra taza de té y fabrica una pajita con el resto que queda en la bandeja como la vio hacerla a Elena, la rasga con el cuchillo, la coloca en la taza, luego se acerca, se arrodilla frente a ella y le pone la taza sin plato entre las manos. Elena la toma y aunque no bebe mueve la cabeza como si dijera gracias, y espera que la mujer se vaya, pero Isabel no vuelve a su sitio, permanece allí, sentada en el piso junto al gato, para poder mirar a Elena de frente, a la cara, a los ojos. La pastilla finalmente desanda el camino que le falta y se disuelve, entonces Elena libera su boca y su garganta, bebe té y luego dice, yo la quise y ella me quiso, ¿sabe?, no lo dudo, dice Isabel, a nuestro modo, aclara Elena, pero para la otra no hace falta aclaración por eso dice, siempre es a nuestro modo. El gato maúlla entre las dos mujeres. ¿Habré sido una buena madre?, quién puede saberlo. Isabel acaricia al gato, y el gato se le ofrece, se menea, se curva, ayuda a la caricia, la alarga, impide que termine. Elena los mira y estira la mano para hacer lo mismo pero no llega, su brazo queda colgando, en el aire, vacío. Trae otra vez el brazo junto a ella. Llovía, le dice. Tal vez, le contesta la mujer. Mi hija fue aunque llovía, su hija fue porque llovía y porque había algo que la asustaba más que la lluvia. Yo, se acusa Elena. Isabel la mira, y dice, el cuerpo de los otros, a veces, asusta. Elena estira la mano otra vez en dirección al gato, y esta vez el gato la ayuda alargando la cabeza hacia ella. Las manos de las dos mujeres acarician el mismo animal. ¿Cree que Rita pensaría que iba a heredar mi enfermedad?, le pregunta, no, creo que no podía tolerar que usted la tuviera, nunca me lo dijo, a veces es más fácil gritar que llorar, me habría gustado que Rita estuviera hoy acá, que supiera, dice Elena pero Isabel corrige, debe haber sabido, cuando sintió que no quería vivir más, después del asombro y la decepción, debe haber sabido. El gato va de una a la otra, ellas lo comparten. Yo sí quiero vivir, ¿sabe?, a pesar de este cuerpo, a pesar de mi

hija muerta, dice y llora, sigo eligiendo vivir, ¿será soberbia?, hace un tiempo me dijeron que yo era soberbia, no le crea a la gente que nos pone nombre, Elena. Isabel toma el gato y se lo acerca, se lo pone sobre la falda, Elena lo recibe, lo acaricia y el gato se retuerce sobre su regazo. ¿Le gustan los gatos?, le pregunta Isabel, no sé, le contesta ella y la mujer le dice, al menos sabemos que al gato le gusta usted. Elena se sonríe y llora al mismo tiempo, parece que le gusta, sí. ¿Qué va hacer ahora?, le pregunta la mujer y Elena quisiera responderle, quisiera decir, vaya esperar para después ponerme a andar, pero son tantas las palabras que llegan a su cabeza al mismo tiempo, que se enredan, se mezclan, se estrellan una contra otra, y terminan perdidas o muertas antes de que Elena pueda pronunciarlas, entonces no dice, no responde, no sabe, o porque ahora sí sabe, no dice, no responde, sólo acaricia ese gato. Eso es todo por hoy, acariciar un gato. Tal vez mañana, cuando abra los ojos y tome su primera pastilla del día. O cuando tome la segunda. Tal vez.



CLAUDIA PIÑEIRO. Nació en el Gran Buenos Aires, en 1960. Es escritora, guionista de TV y colaboradora de distintos medios gráficos, y su obra literaria, teatral y periodística ha obtenido diversos premios nacionales e internacionales.

Ha publicado los relatos para chicos *Un ladrón entre nosotros* (2005), Premio Iberoamericano Fundalectura —Norma 2005 de Colombia, y *Serafín, el escritor y la bruja* (2000), que fue traducido a varias lenguas.

Su obra de teatro *Cuánto vale una heladera* fue estrenada en el marco del ciclo Teatro X la Identidad 2004 y publicada por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. Su drama *Un mismo árbol verde* ha sido candidato a los premios Florencio Sánchez y María Guerrero. Es autora también de las novelas *Tuya* (2005) y *Las viudas de los jueves*, que recibió el Premio Clarín de Novela 2005 otorgado por un jurado compuesto por José Saramago, Rosa Montero y Eduardo Belgrano Rawson. Este libro está siendo traducido a varios idiomas y ha sido leído ya por cientos de miles de personas en distintas partes del mundo.